

Leopoldo Brizuela

Ensenada. Una memoria

Narrativa Hispánica

Leopoldo Brizuela

Ensenada. Una memoria

Alfaguara

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleerarg

 @megustaleerarg

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mi madre

Era preto retinto e filho do medo da noite, o herói da nossa gente.

MÁRIO DE ANDRADE

Berisso puso al tirano
y Ensenada lo sacó.

PANFLETO ANÓNIMO, 1956

My only love sprung from my only hate Too early seen unknown, and known too late.

SHAKESPEARE

1

19 de setiembre de 1955, lunes

(El Patano, me dice. Nos asustaban con él. Era famoso en el pueblo. Lo conocí el día del Éxodo). La Marina amenazaba con bombardear la Destilería de YPF si Perón no renunciaba antes del mediodía. ¿Y quién lo iba a dudar? Hacía años que el pueblo olía a petróleo y peligro. Hacía años que todo se castigaba con incendios. Y ya era el cuarto día de combate, y hacía cuatro días que Perón no hablaba. Toda una noche, bajo la lluvia, peronistas y contreras habían velado pensando en aquella destilería, las hectáreas de tanques, las chimeneas por una vez oscuras, mudas, abandonadas. Hasta que a eso de las ocho, en pleno temporal, se supo que ya habían bombardeado Mar del Plata y venían para acá. (Y empezamos a escapar, me dice, en auto, en bicicleta, caminando nomás, a la ciudad que todavía se llamaba Eva Perón). Es lo que llaman el Éxodo. (El Patano, me dice. Terror de nuestra gente. Ahí lo conocí).

*

Viernes 16

Eso fue el lunes. El viernes la tía Beba había llegado diciendo que la noche anterior, al volver de Berisso por el Camino Negro, un retén del ejército había parado el tranvía. Los habían hecho bajar a todos, los habían registrado. A dos tipos se los habían llevado presos. Marinos, apostó la madre. Seguro, dijo la tía Beba. Y solo a ella y a la señora de Zufriategui las habían dejado seguir solas, a pie, por el camino a oscuras. (¡Solas!, se dijo Poliya. ¡Por esa boca de lobo!). ¿Y la señora cómo estaba?, preguntó Ida. Y, preocupada por el hijo… El hijo era

cadete en el Liceo Naval. Y ni el sábado había vuelto a la casa, ni el domingo había vuelto a presentarse en la guardia.

(Ensenada eran cuatro calles paralelas al río, me dice, y entre el pueblo y el río, en medio del monte, estaban la Base Naval, la Escuela Naval). Ahora serían las once de la mañana y ellos estaban en la cocina de la casa de la calle Don Bosco. La tía Beba, Poliya, y su madre, que esperaba para octubre. En el galponcito del fondo el padre trataba de hacer andar una radio de onda corta. Toni, todavía de guardapolvo, iba y venía cruzando el patio, entre los chicotazos de la ropa colgada. Incómodo de quedarse entre mujeres. Ansioso de traerles la primera noticia de alguna radio uruguaya.

¿Lo preparaste vos para entrar al Liceo, tía?, preguntó Poliya. A ese chico Zufriategui. Sí, dijo la tía Beba, como si tuviera la culpa de algo. Con la punta del tenedor pescaba bifes hundidos en un plato con huevo y los sostenía en alto, para que escurrieran. Y ya era un chico bravo. Por él habían sabido que la Marina lo intentaría de nuevo: derrocar a Perón. ¿Lo habrán agarrado los peronistas, vos decís?, preguntó la madre. La tía dejó caer el bife sobre un montón de harina y comenzó a palmearlo como dándole ánimos. O estará trabajando desde afuera, señaló.

(Habíamos llegado a ir a la escuela, esa mañana, me dice. Pero ya en la primera hora la directora había entrado gritando: ¡A casa! Del río llegaba un cañoneo como de fiesta patria. Y entre el desbande de guardapolvos habíamos corrido a casa de la abuela, que vivía a la vuelta, y la tía Beba que esperaba en la puerta a sus alumnos había cerrado la verja y nos había traído hasta aquí). ¡Ahí anda!, gritó Toni, al fondo. Poliya corrió al galponcito. Se oía la voz de un *speaker* de acento raro, ruidos, detonaciones. ¿Es el ruido del mar?, interrumpió Poliya. Pero no, nena…, despreció Toni. ¡Es la *estática*! El padre alzó la cabeza y fue uno más de los campeones que sonreían desde las tapas de la revista *El Gráfico*, clavadas en las paredes. Vos andate de acá, le gritó Toni. Poliya se dio vuelta. Se miró el overol en los vidrios de la puerta. Estaba bien vestirse de overol en este día, aunque fuera de YPF.

Se oían gritos de hombres por las calles; los habían hecho volver, a

ellos también, de Astilleros, del Puerto, de YPF, y no sabían si volver a sus casas, o quedarse a defender lo que hubiera que defender. ¿Y Tota?, preguntaba la madre cuando Poliya volvió a la cocina. Tenía médico en La Plata, dijo. Por eso se ve que mamá todavía no ha podido venir… Retumbaron pasos en los techos de al lado. Rompió a ladrar la perrita de Don López. (En el campo de pato, gritaba un tipo. ¡De ahí salen los micros!). Y la cara de Toni, que venía por el patio, se demudó: ¡Papá! El padre salió del galpón y también miró para arriba y lo trajo alarmado, arreándolo suavemente.

¡Hay un vigilante en el techo!, explicó Toni al entrar. ¡Eh, eh!, se alarmó la madre. ¡El techo está recién embreado! ¿Qué pasa, Gogo?, dijo la tía Beba. Se había enjuagado las manos y se las secaba distraídamente en los faldones del delantal. El padre miraba el cielorraso, trataba de oír a lo lejos. Las ventanas, cierren las ventanas, dijo. Y la madre fue al cuarto de adelante cuerpeando su propia barriga. El padre había escuchado algo más, y trataba de descifrar qué era. Solo la tía Beba parecía adivinar la respuesta.

Un golpe en la puerta de calle; no, no era la abuela, era la tía Tota que entraba despavorida. La habían hecho bajar del tranvía a la entrada del pueblo, frente a la cancha de Defensores, dijo. Había querido llegar caminando a su casa, pero cerca de la plaza ya no dejaban pasar. ¿Y por eso la abuela todavía no había venido? ¿Se habría quedado encerrada, en su barrio, acorralada? ¿Eran peronistas?, preguntó Toni a Tota. La tía lo miró desde su altura. Esos soldados, tía, ¿eran leales?, le aclaró Poliya. Pero ¿qué podía saber ella, mi querido? La tía Tota se sentó. Se había puesto la ropa de salir al mundo, y ahora todo el mundo parecía ahogarla en su ropa.

¡Puta madre!, dijo el padre, que nunca hablaba así. Algo peor había oído entre los ruidos del viento. ¡Pero, doña, ¿usted todavía acá?!, se escuchó que gritaba el vigilante a la madre desde el techo vecino. Ida dejó caer una persiana y volvió a la cocina, jadeando. ¿Nos vamos a la quinta?, preguntó, sin resuello. Ya, dijo el padre. En el rastrojero de Ruggero, indicó, concentrado. Ruggero se había ido de pesca a Pila: era cuestión de correr hasta su casa, al otro lado de la vía.

¿Y mamá?, preguntó Tota. Vayan, Gogo, interrumpió la tía Beba, yo

me ocupo. ¡Viva Perón, carajo!, gritó el vigilante del techo y la carcajada de una metralleta los sacudió. Toni empezó a los gritos. Uh, uh, dijo tía Tota. ¡A la pieza de Poliya!, los apuró el padre. Entraron apurados y comedidos como a una función empezada y se fueron sentando a tientas, allí donde pudieron. ¿Es la guerra civil?, preguntó Poliya a la tía Beba. Tota miró a su hermana con odio: ¡Mirá las cosas que le enseñás! Pero, por favor, ¿se callan?, ordenó Gogo. Quería oír a Ensenada.

*

(No me vas a creer, me dice, pero a las once de la mañana todavía nadie entendía mucho. De abajo de las camas, de mesas de billar y bancos de carpintero, oían el combate sintiendo que algo como una alimaña se les había escapado y se había vuelto un monstruo irreconocible que cuando volviera a casa y le rogaran piedad tampoco los reconocería). Gritos. Metralla. Tiros. Y de pronto silencio. La radio en el galpón soltaba un concierto de piano: los dedos de la tía Tota tamborileaban como por costumbre. Un altavoz a lo lejos empezaba un sermón. Y el bordoneo de una moto que se acerca y frena y se mete por el pasillo. ¡Goguito! Aporrearon la puerta de la cocina. ¡Es el Gordo Padín!, reconoció Poliya. Padín era vecino de la casa de la abuela. Quédense acá, dijo el padre, pero nadie le hizo caso. Corrieron la mesa redonda para que pudiera entrar, sentarse. ¡Se ha levantado la Base!, dijo. Hay que irse de acá, dijo. ¿Y mamá?, preguntó la tía Tota. El Gordo la miró como insinuando algo que no se atrevía a decir. Vayan ustedes, Gogo, repitió Beba, yo me ocupo…

Pero otro golpe en la puerta, y la abuela Hortensia apareció en batón, jadeando, aferrando con las dos manos su monedero negro como una carta funesta que hubiera querido romper. No, no, el tiroteo no la había agarrado en su casa, ¡la había agarrado en la calle! Iba a comprar un poco de hígado para ésta, que salió en ayunas…, dijo, y miró a Tota como acusándola por ir al médico, y Tota bajó la vista. ¡Sí, yo la vi a usted, doña Hortensia!, interrumpió el Gordo que salía a la vereda: un avión se acercaba, todo el cielo cimbraba como ala de

aguacil. Métase adentro, me gritó el Corbacho ése. Nos íbamos a la quinta, doña Hortensia, se impacientó la madre, poniéndose el piloto. ¡Pero claro!, dijo la abuela. Agarren los bolsitos, ordenó la madre a los chicos. (Porque teníamos bolsitos para irnos de la abuela cuando naciera el bebé, varias mudas, y ropita recién hecha para ir a conocerlo al hospital de Berisso).

¡Apuren!, volvió el Gordo Padín. No, yo no, porfiaba la tía Beba. Vayan. Yo voy después. Toni tampoco se movía: el avión ya les pasaba por encima, hacía vibrar la casa. Poliya agarraba su bolso cuando se oyó la explosión.

*

Gritos. Salieron a la calle. ¡Contra la pared, contra la pared!, gritaba el padre. Escaparse era como decir “persíganme.” Iban así: adelante él, que ya cruzaba las vías. Atrás, la madre con Toni, que lloraba a los gritos. Más atrás, la tía Tota ladeada hacia la abuela, que era tanto más petisa. Y al final Poliya, flanqueando a tía Beba. Cada tiro se oía dos, tres veces, muy arriba. Y ellas corrían encorvadas, como a escondidas del cielo. Al llegar a la esquina vieron que una autobomba, sirena y bandera blanca, acudía al lugar del humo. ¿Fue en el puerto?, preguntaba la tía Beba. Nadie le respondía. Asesinos, murmuró un viejo que seguía mirando el cielo de atrás de un alambrado; y un chico se desprendió de entre sus piernas y corrió a meterse en la casa. Poliya también miró. El avión bombardero se volvía dando un rodeo enorme, para el lado del río abierto; balas y bengalas lo seguían.

La gente se escapaba entre un alboroto de bandadas que cuando iban a posarse una bomba, un disparo, un grito las volvía a dispersar. Allá adelante el padre ya había sacado el rastrojero y cerraba la verja. La madre se izaba al asiento alto como un pescante, la abuela le ayudaba empujándola de atrás. El Gordo Padín se subía al estribo del último micro que se iba a los piques, por el Camino Blanco. ¡Vamos, tía!, apuraba Poliya. Un camión lleno de obreros de YPF les pasó por delante cuando iban a cruzar. Llevaban armas. ¡Viva Perón!, gritaron. Bah, dijo la tía Beba y rechazó la mano que tendía tía Tota para

ayudarla a subir, qué elemento. Apenas se habían sentado sobre unas latas de pintura cuando el padre arrancó. Y al repechar la cuesta hasta el Camino Blanco tuvieron que aferrarse a los lados de la caja, como en ese bote que cruzaba a la Isla Paulino cuando el río estaba picado.

Había un camión de Mattina atravesado en el camino, las cuatro ruedas pinchadas. Lo rodearon. Y se vieron entre un tumulto de gente que también había conseguido escapar del pueblo a pie, en auto, en bicicleta, pero ya no sabían dónde ir, qué hacer, cómo arreglarse. En la cabina, el padre y la abuela pedían paso a los gritos. La madre, en el medio, cabeceaba: la ahogaban las aglomeraciones. Pero era su panza de ocho meses lo que apiadaba a la gente y les abría las aguas. Aquí atrás, Toni hipaba entre las piernas de la tía Tota, y ella le acariciaba el pelo, mirándolo sin ver, sin mirar a nadie. La tía Beba de pie —¡era tan petisita!— se aferraba a los tablones de la caja del rastrojero y se estiraba igual que el humo que se veía subir del barrio bombardeado y ya iba colmando el cielo. ¡Pierino!, gritó. Y Poliya sintió que todos los miraban. Pero che, escandalosa…, la retó la tía Tota. Ya bastante vergüenza era ir así, en camión, como negros a Punta Lara. ¡Pierino!, insistió, y solo entonces Poliya vio al dueño del surtidor de la calle Bossinga, huyendo de la mano de su mujer. ¿Fue en el puerto?, Pierino tardó en entender que hablaba de la bomba, pero por fin agitó el brazo tullido como diciendo "no". ¡En Campamento! (Campamento era el barrio del que nunca se hablaba, me dice. Ahí no entraba la policía; ahí convivían prófugos, inmigrantes que la Aduana no dejaba entrar al país, mafiosos que tenían encerradas a las locas para que fueran los hombres a hacerles lo que quisieran. Ahí se metían los hombres solos que venían de noche, en los últimos trenes; y de ahí se decía que salía el Patano, a cazar a sus víctimas). La tía Beba saludó a Pierino y se dio vuelta. Si llega a caer en un petrolero volamos todos, estúpida… Tota ni la miró. Al pasar por La Montonera un relincho animó a Toni a asomarse y mirar: en el campo de pato ya no quedaban ómnibus y solo dos caballos corcoveaban tratando de zafar de unos paisanos que cinchaban por sacarlos del cabestro y la brida.

Circulen, circulen, los apuraba un vigilante, pistola en mano. Ahora el viento corría liberado del pueblo y todo parecía escaparse empujado

por él: las nubes por arriba, el rastrojero por abajo. A espaldas de la tía Tota se veía el campo abierto. A espaldas de la tía Beba el bosque de eucaliptos que ladeaba sus ramas, como marcando el rumbo: “Hacia allá, hacia allá”. La tía Tota se arrancó el pañuelo que llevaba al cuello, se abrigó la cabeza y se lo ató en la nuca. Parecía más que nunca el señor del Quaker, pero no sonreía. La tía Beba dejaba que el viento le azotara los mechones pajizos, pero tampoco hacía otra cosa que escuchar. (Y era como oír los recortes que guardaba mamá de los bombardeos de junio).

¿En Campamento vivió el abuelo Antonio, no, tía Beba?, preguntó Poliya aunque ya lo sabía. Cuando recién llegaron de Lérida. La tía Tota la hizo callar con un gesto: a la abuela la ponía triste que hablaran de los Grimau. (Pero ¿en qué otra cosa podía pensar, ahora? Porque al abuelo Antonio le habían querido dar vuelta el auto por acá nomás, cuando volvía de la quinta, el 17 de octubre. Y aquel cable de la luz ¿no era el que había cortado el tío Pedro Grimau para apoyar la huelga de los portuarios?). ¿Dejó abierto, mamá?, preguntó la tía Beba. Y su hermana hizo un gesto parecido: mejor no hablar de eso ahora. Mañana volvemos y nos llevamos tu casa, le dijo Toni de pronto.

La caravana de autos, de camiones, bicicletas empezaba a apretarse. Y el aire se adensaba en el hedor de la fábrica de jabón y de la quema. La terminal del 13 estaba llena de gente: los micros iban dejando en el playón a los que habían conseguido escaparse, pero ellos todavía no sabían qué hacer. ¡Cachito!, gritó Toni. Un gordito de boina de entre la multitud iba a devolverle el saludo cuando uno de sus padres le cazó la mano al vuelo. Cachito es de Campamento, tía, explicó Toni perplejo. Pero era su compañero de escuela, pareció comprender; había visto mil veces cómo los sacaban, a Poliya y a él, junto a la nena judía, de las clases de religión, a pasear por el patio; y ahora, quién sabe, los creía culpables de aquel bombardeo. Seguí de largo, Gogo, fue lo único que dijo Beba.

¡Se armó!, anunció la tía Beba, que miraba hacia adelante. Por la calle en pendiente bajaban de Eva Perón un camión, dos micros, varios jeeps cargados de soldados. ¡Háganlos mierda!, gritaba un tipo

de entre los pinos de la Quema. ¡La vida por Perón! Un hombre con megáfono trataba de encauzar a la gente por el otro carril. A la estación de trenes, gritaba, allá se da refugio. El aullido de una sirena llegó empujando de atrás, desde Ensenada, y todos se apartaron para dejarla pasar. ¿Venían de Campamento? El padre dobló con otros por 122: la calle que bordeaba Eva Perón, como la marca en tierra de una muralla caída.

*

(¡Ah, las casas de material!, me dice. ¿Cómo pueden vivir en estas casas de chapa?, decía la tía Negra cuando venía de Villegas. Pero a Poliya la angustiaban esas casas de ladrillo donde cada uno vivía como en una celda, en medio de otras celdas, hasta el fin de sus días). Ahora todas las casas estaban cerradas, pero en todas sonaban radios y tras los alambrados había perros frenéticos que venían a torear. ¿Estará hablando Perón?, pregunto la tía Tota. ¿De Ensenada?, se ilusionó Toni. En la esquina de 38 había un almacén donde siempre paraban camino de la quinta. Vieron bajar al padre, y golpear la cortina, pero nadie salió. ¡Pero qué barbaridad!, oyeron a la abuela. ¡Estas criaturas tienen que comer algo! ¿Vamos de Gurguí?, preguntó dudoso el padre. Los Gurguí eran los otros catalanes de Ensenada; tenían almacén frente a la cabecera del canal del Dique y eran comunistas; pero ahí cerca estaban el Batallón de Infantería de Marina, el Hospital Naval. El viento traía tiros, y de fondo el bramido de la Destilería. Ay, sí, rogó la madre. ¡Claro que sí!, dijo la tía Beba…

Arrancaron, volvieron a unirse a la caravana que avanzaba por 122, pero al llegar a 43 doblaron como para regresar al pueblo. A lo lejos, la calle se entubaba en un bosque de eucaliptos; era el Camino Negro, la otra entrada a Ensenada. Se veían caballos nerviosos bajo los árboles altísimos, un cañón con ruedas de auto, militares inquietos. La tía Beba se incorporó: miraba las vallas de frente. ¿Ahí te pararon anoche, tía?, quiso preguntar Poliya pero no se atrevió. Y si venías de Berisso, ¿por qué no cruzaste en bote? Un jeep ya venía a interceptarlos cuando el padre dobló por la 126: otro túnel de árboles

que hacía vibrar el rugido del Cracking Catalítico y los echó de pronto en la plena luz del Dique. La gente estaba toda fuera de sus casas. Desde malecones miraban el cielo de la Destilería y más allá el de Ensenada como si el combate fuera a dibujar un mensaje con humo. ¡Madrina!, gritó Mari Gurguí, asomándose de la veranda del caserón de chapa. Ella también esperaba para octubre, y su marido el médico la guiaba por detrás. ¡Hija!, respondió la abuela y subió los peldaños llorando, con esa libertad que se oculta a la familia.

(Era la antigua casa del constructor del canal, me dice. Mirarlo desde allí era sentirse dueño de la larga avenida de agua que se perdía entre tanques como enormes sombrereras y chimeneas que los chicos llamaban "fósforos" porque largaban un fuego que de noche encendían el cielo de un siniestro resplandor). La tía Tota subió con Toni de la mano, como pescada en falta: ¡Llegar así, en camión, doctor…! ¿Quién nos iba a decir esta mañana, doctor, verdad? Toni miraba al judío como se mira a un fantasma: la tía Beba le había explicado la maldad de Hitler una vez que pasaban por la fábrica de jabón. ¡Boris!, le dijo la tía Beba, subiendo emocionada. Habían estado juntos en la toma de facultades, en el 45. Boris que todavía era estudiante, y Beba que iba con Mari y Cata Gurguí a tirarle comida a través de las verjas del Rectorado, antes de que Perón mandara a sus malones a aplastar la rebelión. ¿No habló el que te dije, todavía?, preguntó Beba con sorna. Boris hizo que no con la cabeza.

También se levantó Córdoba, pasaba diciendo Damián, que había estado en la cárcel; y el padre de Poliya lo siguió adentro del almacén. Sí, y Curuzú Cuatiá, anunció Miguelito, que se había quedado adentro, escuchando la radio. Yo creo que esta vez ganamos, dijo tía Beba al doctor, emocionada. Más nos vale, dijo Boris. ¡Pero por favor, Madrina!, se escandalizó Mari: la abuela quería sacar plata de su monedero negro…

¿Será prudente, hijito, esta reunión, aquí?, interrumpió doña Herminia, que vivía en la cama, y con reojos nerviosos señalaba el muro del Hospital Naval, guardado por centinelas. ¿Vamos, Gogo?, clamó la madre, que había quedado en el rastrojero. Pero cómo, dijo el doctor Boris, ¿no venían a quedarse? Ellos mismos no se volvían

con Mari a su casa del centro porque era una locura atravesar el Bosque… ¡Había tres regimientos acampados entre los árboles! Bah, qué les podía pasar, arengó la tía Beba.

Se saludaron como deseándose victoria. Pero en cuanto llegaron a la esquina y doblaron por 50 para retomar luego la 122 y meterse en la ciudad, una cuadrilla los cercó.

*

Un soldado de casco y capa de goma se había puesto adelante. Y ahora otros dos los rodeaban por detrás. Hicieron caer de un golpe la tapa del rastrojero. ¡Todos abajo! La tía Beba protestaba. Tía Tota obedecía, pero nadie le dio una mano. Toni se descolgó solo, temblando; y por fin bajó Poliya, ayudando a la tía Beba. Pero espere un poco, hombre, reclamó adelante la abuela: porque Ida no bajaba, se negaba a bajar, no podía con su panza. Íbamos para una quinta que tenemos, oficial, explicaba la tía Tota para disipar la impresión de haber llegado en rastrojero: en cualquier momento diría lo de las "tres hectáreas y media". La tía Beba bufó. Dos milicos obligaban al padre a levantar los brazos, le palpaban el pecho, la cintura, la entrepierna. Qué, ¿usted es chapista?, le preguntó un soldado señalando las latas, las manchas de pintura. Mi socio, dijo él. Yo tengo taller mecánico. ¡Pero eso es nafta!, gritó uno que revisaba entre las latas, y miró hacia lo lejos e hizo chiflar el silbato. Allá adelante, por la puerta en el muro del Hospital Naval salía una fila de hombres de guardapolvo blanco, las manos a la nuca, subían a un celular; el jefe que vigilaba venía para acá trotando.

¡La señora!, decía brutal y señalaba a Ida, que apenas si había sacado una de las piernas del rastrojero y boqueaba como pez recién sacado del agua. Afuera del coche, ¡ya!

Pero, ¿qué es esto…?, balbuceó el padre. Toni lloraba otra vez. Ida salió y se plantó, tambaleante, en el empedrado. Las tías discutían con un tipo de arma larga.

¡Es que no queremos atravesar La Plata!, le reclamó tía Beba. El tapado, le ordenaba el jefe a la madre. Ábrase el tapado de una vez.

Alguien gatilló un arma.

¿Ah, sí?, le dijo el tipo a la tía Beba: ¿Qué es lo que no quieren atravesar?

Ida se abrió por fin el tapado. La panza enorme surgió bajo la tela leve.

La Ciudad Eva Perón, concedió Beba con furia. La Ciudad Eva Perón.



2

María estaba doblada sobre la huerta y en cuanto los perros salieron ladrando disparados levantó la vista para ver llegar aquella camioneta que ella no reconocía. Don Emilio salió del rancho y miró haciéndose visera con la mano. ¡Bella! ¡Fido! ¡Furia!, gritó. Pero los perros no pararon hasta llegar junto a las ruedas. ¡Juira!, les gritó Toni, como un gaucho de radioteatro y los perros lo reconocieron y movieron las colas. Y este otro qué hace, dijo la tía Tota: Berto, el hijo de los tanos, los miraba fijo desde la galería de la casa. ¿Se habrá hecho peronista?, preguntó Toni. Bah, dijo la tía Beba, ¡qué se van a enterar estos…! Ni bien el padre frenó y bajó a ayudar a la abuela los caseros también vinieron a ayudarlos. ¿Pero qué hacían acá, un viernes, y en camión? María vio que venía la madre y que aún no había parido y se santiguó. ¡Mierda!, dijo la abuela y se agarró de la puerta: se había confiado en una piedra floja, se había torcido un tobillo. María le ofreció el hombro y la abuela se apoyó, y en lugar de quejarse empezó a anoticiarla. ¡Revolución!, decía, ¡Base Naval! ¡Eh, es la guerra!, dijo la Tana, como quien dice "¡es el destino!". No, doña María, le retrucó la tía Beba, siguiendo hacia la casa, es *el Duce*. Vayan a jugar, chicos, los emplazaba la madre, como hacían cada sábado mientras los grandes se dedicaban a abrir ventanas, palmear los colchones, ventilar frazadas. Pero ¿qué mejor juego?

¡Acá no hay nada!, despreciaba la tía Beba revisando alacenas, abriendo y cerrando cajones. ¡Ay, sí, qué picardía!, coincidía la tía Tota, no haber acaparado acá. (Porque desde el 16 de junio tenían guardados paquetes de harina y arroz y latas de *corned beef* abajo de la mesada de la calle Don Bosco, me dice). ¡Y para peor hace un frío de tumba!, insistía la tía Beba. La abuela entraba en la casa, rengueando, del brazo de María. ¡Adentro, doña Hortensia!, me gritaba el desgraciado de arriba del campanario. ¡¡¡Piiinnn!!! hizo un tiro que

pegó en la campana, se adelantó Toni, ¿no es cierto, abuela? La abuela se sentó en una silla y María se arrodilló a sus pies. La madre salió del baño y se sentó a la mesa, dejó caer en una palma el peso de su frente. Querría borrar de su memoria el ojo de aquel rifle, pensó Poliya, convencer al bebé de que ya no la apuntaban.

Yo quise cruzar de Ahumada, seguía contando la abuela, a buscar a mi amiga Amelia… ¿Se acuerda de ella, María? La italiana asentía solo por obediencia. ¡Pero qué!, Amelia ya tenía todo un regimiento en el patio, la pobre. El viento pasaba como arengando al campo, las chapas vibraban para sacudirse los clavos. ¿Qué horas serán?, preguntó Beba abriendo los postigos a la luz imprecisa, y los volvió a cerrar, para que no se golpearan. El padre había ido afuera a palanquear la bomba y se la oía atorarse y lanzar un vómito de agua que alborotaba el balde pero apenas lo llenaba. ¡Doña Hortensia!, me gritaba la madre de Greta… Greta Kulhau, ¿se acuerda de ella, no, María? La italiana había empezado a sacarle las vendas con unción de devota. Quería que me metiera en una heladera que tienen ahí en el patio, de esas de carnicería. ¡Ya estaban las dos adentro…! El padre entró cargando la pava llena y la llevó a la cocina. ¿Don Emilio va a traer lumbre?, preguntó la tía Tota, anudándose a la espalda el delantal manchado. El padre dijo que sí: se había llevado el brasero. ¡Ni fósforos tenemos!, se quejaba la tía Beba.

¿Y Luisito?, preguntó la madre, como saliendo de un sueño. Luisito era su primo, vivía enfrente de la casa de la abuela, en la calle San Martín. ¡Doña Hortensia!, me gritaba Luisito, improvisó la abuela. Métase adentro. La italiana se echó hacia atrás: la herida de la pierna había quedado al aire y relucía brillante y lúgubre como una condecoración. ¡Pero, qué! ¡Yo quería ver cómo estaban mis nietos! La voz se le quebró y Poliya se apuró a abrazarla. Me fui al trotecito, nomás, ¡de zaguán en zaguán, hasta la casa de ellos!

¿Pero estaba bien, Luisito?, insistió la madre. La abuela hizo como que no había escuchado. ¡Por eso ya nadie me saca de acá, doña María…!

Y se perdió dentro de la casa.

¿Era un avión peronista?, preguntó Beba al padre: desde esta

mañana no habían vuelto a hablar, pero ninguno de los dos había pensado en otra cosa: la bomba que había caído en el barrio Campamento. El padre hizo que sí.

Habrán querido bombardear el ferry…, aventuró la tía Beba…, para que no salieran de la Base.

O la estación Río Santiago, dijo el padre, o las vías del tren.

¡Pero doña Hortensia!, dijo la madre.

¡Qué!, desafió la abuela. Cargaba la escopeta que le había dejado el tío Chana. ¡Mamá!, se asombró el padre. ¡Guardá eso!

Un golpe en la galería. Don Emilio traía una carretilla con leña, y un montón de papas terrosas que la tía Tota se agachó a recoger.

Al primer negro que vea…, proclamó la abuela mirando de reojo a la tía Beba que salió afuera ofendida, con los chicos detrás.

*

Hacía frío, casi no corría viento; los árboles apenas si movían las ramas, tiesas como metrónomos. Los chicos sabían que no podían llegar muy lejos. Poliya se dio vuelta: no los miraba nadie. Con una mano tímida trató de tomar la de la tía Beba, pero ella se desprendió para enfilar por el caminito de escombros apisonados. Era una figura extraña con su saquito de salir, sus tacos altos; un figurín de *El Hogar* pegado en las ilustraciones del *Martín Fierro*. Que miraba cielo y árboles como a otros usurpadores. ¿Qué hacían en lugar de Ensenada, de la Base Naval, de la Casa de Gobierno, de la Plaza de Mayo? ¡Chicos!, dijo Tota, saliendo a la galería, ¡comansé un sanguchito! A Tota era fácil hacer que no la oían. Poliya se adelantó y volvió a mirar a tía Beba. Tenía los ojos en lágrimas.

¿Ya habrá hablado Perón?, pensó preguntarle Poliya. Pero ¿cómo podía saberlo? Doña Herminia estaba postrada por lo que le pasó a Damián, ¿no es cierto? Pero no era cuestión de mentar la picana. ¿No te daba miedo anoche, tía, venir por el Camino, después de lo de Martita? ¡Pero ya solo los chicos recordaban el caso de Martita! ¿Para qué fuiste anoche al puerto de Berisso? Eso, ¡eso era lo único que hubiera querido saber! (Ah, cómo la quería, me dice. Me había dado

miedo que fuera tan valiente; y ahora todo el miedo se volvía admiración. Pero desde que no vivíamos juntos y no me dejaban ir con ella, yo no me sentía digna, ya no estaba a su altura). Allá atrás en la casa los demás se ocupaban de las tareas de siempre. Pero Beba que había estudiado Asistencia en Buenos Aires, que acababa de terminar la Escuela de Periodismo, era como una antena viva, desesperada por sintonizar las ondas invisibles.

¡Mirá, tía!, reclamó Toni señalando hacia atrás. Berto salía a caballo, mandado por sus padres, a buscar mercadería a Villa Garibaldi. ¿Me dejas ir con él?, parecía pedirle. ¿Pero no tenías miedo, vos?, lo expulsó Poliya, como quien dice “La tía Beba es mía”. Toni le sacó la lengua, y dos o tres goterones le dieron en la cara. Poliya forzó una risa y como haciéndole coro tamborilearon todos los parches de las hojas.

Había una tapera del tiempo de los indios, ahí en la esquina de 7. Entraron cuando a esas gotas se sumaban piedras, decididas, sonoras. Había olor a pis, altas plantas de ortigas, corazones y nombres de novios pintados en las paredes. (Villa Cariño, murmuraban los grandes cuando veían pasar a lo lejos una parejita en auto, y desviaban la vista; como si fueran espías de un país que había que ignorar para que no invadieran…). ¿Y esas huellas…?, dijo de pronto la tía, asomándose a la calle. Poliya miró y vio las huellas de un camión, como espigas tatuadas. Bah, son viejas, dijo la tía Beba, casi con piedad. Un árbol había crecido de una grieta en el muro de adobe y salía por un boquete en el techo de paja derrengada. La tía se apoyó en él y Poliya, imitándola, se sentó en sus raíces.

La lluvia crecía e hipnotizaba, inclinaba a ver sin pensar. Por uno de los boquetes se veía a los tanos animársele al granizo para tender una lona sobre la huerta; por otro, el arco de dos pinos anudados por las puntas por donde el padre salía a ver dónde se habían ido. El molino castañeteaba bajo el bombardeo del granizo, el tanque australiano contraatacaba con cortos escupitajos inútiles.

Todo era tan triste. El abuelo había comprado aquel campito para hacerse quintero y dejar el taller en manos de su hijo. Pero había muerto enseguida del ascenso de Perón, y desde entonces la quinta

languidecía por culpa de la Ley de Alquileres: la abuela contrataba arrendatarios que se aprovechaban de ella y que la ley impedía desalojar, policías que en su ausencia se metían en la casa y le robaban todo y hasta habían tenido el tupé de denunciarla por hurto cuando perdida la paciencia les había tirado sus bártulos al medio del campo. Hasta que un día don Antonio Kulhau les había traído a estos tanos, directo desde el muelle. Brutos como arados, decía doña Hortensia, pero hasta ahora no roban.

Un motor rezongaba, unas ruedas se oyeron chapotear por ahí cerca. La tía Beba se incorporó ansiosa. Por la puerta de la tapera vieron el rastrojero que frenaba y una puerta que se abría: era el padre que venía a rescatarlos del chaparrón. La tía salió del refugio y Poliya la siguió.

Ay, Goguito, dijo. Qué hago yo acá, me querés decir.

Beba subió al rastrojero y Poliya detrás. (Y de ahí adentro la tormenta parecía cosa de otros, me dice. Lo nuestro era la revolución).

A Ensenada no podemos volver, Bebita, le sonrió el padre. La tía hizo que no, qué esperanza, ella no quería volver ahí. ¿Querés que te acerque a Villa Garibaldi, entonces? Ahí quizá sepan algo. ¡Claro!, pensó Poliya. ¿O no se habían divertido ahí, el día de su cumpleaños, con sus compañeros de Periodismo?

Bah, dijo Beba, en Garibaldi son iguales a estos.

Hablaba de los tanos que volvían a la casa grande, cargando entre los dos el brasero tapado con un pedazo de chapa.

De casa al trabajo…, completó el padre. Vamos, dale, dijo, y para cuando volvamos mamá ya estará acostada…

Ay, por favor…, dejó caer la tía Beba, a quién se le ocurre tener un arma así.

(Porque después de los bombardeos del 16 de junio habían empezado las razias en Ensenada: decían buscar al piloto de un avión que había caído en el monte. ¡Excusas!, rabiaba la tía Beba, quieren amedrentar. Y un día un Ford V8 de esos de la policía había entrado al taller con cuatro tipos armados… Señor, se olvida de algo, les dijo tía Beba cuando ya se iban de casa: habían dejado un revolver sobre el piano de la tía Tota. Si no les hago acordar teníamos un problema,

¿no?).

¡Papá, papá!, gritó Toni, ¿es el pájaro loco?

Una nube de humo salía de la chimenea de la cocina, y algo negro y alado se debatía en el medio, sin control, sin cordura. El padre le ordenó por señas que viniera para acá.

Yo tenía una cita anoche, confesó la tía Beba. En el puerto, del lado de Berisso. Esperé cuanto pude. Hasta que me echó la Prefectura… Y cuando volví a casa mamá ya no me dejó entrar…

¡Claro!, pensó Poliya. Por eso ellos la habían encontrado en la galería al llegar de la escuela, sentada en el sillón de mimbre y vestida así como estaba ahora, como para salir.

Llevame hasta la Circunvalación aunque sea, Gogo, rogó la tía Beba. De ahí me voy al diario. Y ahí me sabrán decir.

Toni volvía al rastrojero: lo que había creído un pájaro no era más que un papel quemado desprendido de la hoguera.

No, qué esperanza, dijo el padre, y cacheteó la palanca. Te acompañamos todos, Beba. Te acompañamos todos.

*

Volvieron a la casa. El padre bajó apurado y los chicos detrás. Pero la tía Beba se quedó en el rastrojero, sin mirar una vez hacia la casa. ¿Cómo que se van? ¿Adónde?, dijo la abuela saliendo a la galería, secándose las manos en los faldones del delantal. El perfil de la tía Beba era toda una respuesta. Poliya se escurrió a la pieza. ¡Pero cómanse un sanguchito por lo menos!, insistía la tía Tota. O un matecito bebido, rogó. La pieza estaba casi a oscuras. Poliya abrió su bolsito, sacó su vestido nuevo, lo dejó sobre la cama y empezó a sacarse el overol. ¡Una cita!, pensaba. ¡La tía Beba trabaja desde afuera! ¡Pero es una imprudencia, hijo!, aseguraba la abuela. ¡Les van a dar vuelta el auto! Y el padre decía que no, mamá, que solo irían a ver si conseguían una batería de auto y una radio y a preguntar al diario *El Día*… Ah, ¡ya veo!, se replegó la abuela. (Pero cuánto se tardaba en ponerse este vestido: pasar la cabeza por la falda, ensartar los brazos en las mangas y anudarse a la espalda, uno a uno la hilera

de botones…). La madre salió del baño. Ay, sí, vayan, vayan, interrumpió, y ya que están pasen por lo de Jorge y preguntan por mamá… Toni puchereaba. ¡Usted pórtese bien que es el hombre de la casa!, trató de bromear el padre, que ya subía de vuelta al auto… Esperame, papá, iba a gritar Poliya, pero no le salía la voz. Y al fin salió tropezándose, abrochándose los botones, con media espalda desnuda. ¿Pero qué hacés, Poliya?, dijo la madre y la agarró por un hombro. Pero ¡qué barbaridad!, dijo la abuela mirando por primera vez ese vestido que se había hecho hacer para recibir al bebé. ¡Vaya a sacarse eso inmediatamente!, le dijo Toni. Apareció tía Tota, la descubrió y sonrió… No habían querido que se lo hiciera Tota, a ese vestido; y ahora Tota parecía complacida de que fuera tan feo… Uy, si te ve el Patano, dijo. (¡El Patano! ¡El Patano!, había gritado la tía Tota el día que las locas pasaron por la calle por primera vez y sonó el timbre de la casa. ¡El Patano! ¡El Patano!, y los chicos que hacían los deberes en la mesa de la tía Beba corrieron a la cocina a abrigarse en las faldas de la abuela. ¡Dios mío!, gritaba ella, ¡que vuelva a pasar esto!, y como solo la tía Beba se había animado a ir a la puerta, Poliya que ya no era una nena, Poliya que sabía que a la tía Beba "se la tenían jurada", Poliya que tenía prohibido ir con ella había corrido por dentro de la casa para espiar por la ventana, para defenderla si era necesario. Ya te dije que ni aparezcas por acá, le decía Beba a un hombre que Poliya no podía ver. El tipo hizo un silencio, como conteniendo una respuesta. Ya vas a saber de mí, la amenazó y se subió a un escarabajo amarillo, de esos que Perón regalaba a los milicos. Perdé cuidado que vas a saber de mí).

*

Así que ahora corrió a la pieza y abrió de un golpe los postigos. El rastrojero se perdía corcoveando por 7, bajo las casuarinas que le atajaban la lluvia. (¿Y Poliya no vino?, preguntaría la tía Beba al padre. O quizá no, quizá ya la tía Beba no contaba con ella). ¡Fido! ¡Furia! ¡Bella!, gritaba María a la puerta de su rancho, y de pronto miró para acá, como preguntando algo. Poliya le dio la espalda. ¡Ah,

la pieza de las mujeres! La cama de los abuelos, la colcha borravino que había que tender con cuidado porque se desgranaba igual que un bizcochuelo, la cómoda con tapa de mármol que los inquilinos no habían podido robar. Y Poliya en el espejo del ropero como una de esas muñecas que tía Felisa sentaba en su cama camera, vestidas de dama antigua. (¡Pero qué vestido horrible le había hecho esa modista…!). ¡Cosas viejas!, decía la abuela al pasar por la puerta de esta pieza, y se iba a dormir en un catre en la sala, porque no aguantaba nada que le recordara el pasado. ¡Ni hablar del abuelo Antonio se podía! Pero el abuelo Antonio le había explicado a la tía Beba qué era una silla eléctrica, a los siete años, cuando Sacco y Vanzetti, y Beba le había explicado a Poliya cómo a Damián Gurguí le habían pasado corriente en la cárcel de Olmos. El abuelo había llevado a la tía Beba a Buenos Aires, y en una ebanistería cerca del Rosedal habían entrado por la puerta de un ropero y salido a un cuarto donde estaba la tía Anita cocinando en un Primus, y arriba, detrás de una trampilla que había en el cielorraso, el tío Pedro Grimau, que se moría de cáncer prófugo de la policía. La abuela no había querido que Beba hiciera el secundario; pero el abuelo había dicho sí: y Beba, cuatro años seguidos, se había levantado cada día a plancharse el uniforme, y prepararse la leche y a tomar el tranvía. Y después se había anotado en Asistencia Social, y el abuelo Antonio, que era mecánico de los barcos ingleses, la había llevado a hacer las prácticas a los barrios del puerto de Berisso. Y ahora mismo la habría llevado en su Ford T, el abuelo, con Poliya, que era tan Grimau, decía la tía Beba. Que habría sido su nieta preferida.

Poliya se miró en el espejo: ya estaba de nuevo vestida de overol, como un miliciano del poum, como aquella Carmela del frente del Ebro. No, no estaba a su altura. Pero era un homenaje.

*

Salió del cuarto. La lluvia tamborileaba en las chapas del techo, picoteaba el sombrerito de lata de la cocina económica. Corría un aire fresco, de amanecer a deshoras. Y al impulso de ese vientito, imaginó

Poliya, su padre y la tía Beba irían adelante por las calles de Eva Perón, dejarían el rastrojero un poco lejos del centro y avanzarían caminando hacia el diario *El Día,* el frente de mármol negro todo cariado a balazos, la redacción de la planta alta que iluminaban lámparas como de frigorífico y tecleando en sus *Underwood*, los amigos de la tía Beba, que Poliya había conocido el día de su cumpleaños. ¿Documentos?, les exigía un policía en la puerta. Ay, no trajimos, agente, se daba cuenta el padre. ¡Pero si es la señorita Beba!, salía a decirle un ordenanza cuando ya el vigilante los iba a detener; y entonces los hacían entrar y acaso los aplaudían. ¡Vivan, vivan los héroes de Ensenada!

La abuela y la tía Tota estaban en la cocina, lavando y pelando las papas que había traído el tano: tenían que apurarse antes de que la tormenta los dejara sin luz. Hasta ellas sentían ese ánimo de guerra, pero ya no distinguían quién era el enemigo. Vas a ver que termina en Ensenada, esta loca, decía la abuela. Pero no, mamá, persuadía la tía Tota, ¿cómo pensás que Gogo nos va a dejar acá? ¡Pero si hace lo que quiere con los hombres...! ¡Doña Hortensia, por favor...!, se irritó afuera la madre. Con la ayuda de Toni repartía baldes y ollas bajo cada chorrito de agua de lluvia. La abuela se espantó con la mano un bicho inexistente.

(Pero ¿habría ido a eso a Berisso, anoche, la tía Beba? ¿A encontrarse con un hombre y traérselo a casa y esconderlo, como alguien había escondido al aviador caído el 16 de junio?). ¡Mirá, mamá, mirá!, gritaba Toni afuera. Un galope a lo lejos. ¡Ay, mierda!, se quejó Tota: por mirar quién venía se había lastimado y había soltado el cuchillo y se chupaba el pulgar. A ver, traé, asquerosa, le dijo la abuela. Mirá que si tu hermana no vuelve...

*

Fijate en el botiquín del baño, ordenaba la abuela, ahí hay alcohol y gasa. Tía Tota amagó a salir de la cocina y Poliya se arrimó sigilosa a la puerta. ¡Que Tota no la viera de vuelta en overol! (¿Pero negro lo querés al vestido, nena?, decía la modista. Negro, sí, suplicaba Poliya.

Con un cuellito así, y con las dos manitos formaba en el aire una especie de mariposa. ¡Pero vas a parecer una loca!, porfiaba la mujer. Poliya apretó los puños, subieron lágrimas a sus ojos. Hágaselo, Palmira, se rindió la madre, ¡que no estoy para berrinches…!). La tormenta reinaba; cada cosa del campo trabajaba para ella. Toni miraba en cuclillas los chorros que caían del techo de chapa, un renacuajo en un charquito que trataba de salvarse. La madre, de ojos cerrados, se hamacaba en la mecedora. Odiaba estar ahí, de nuevo con su suegra, escuchar sus peleas, las excentricidades que habían echado a perder a Poliya, para siempre. Si sigue así tu hermana ¿quién nos va a respetar, decía la abuela. Si hasta esos se le rieron, los del diario… Tota no contestó. Poliya se apoyó contra la pared y resbaló hasta el piso, se abrazó las rodillas, reclinó la frente sobre los pitucones. Recordó.

(13 de diciembre, cumpleaños de la tía Beba. Feriado en Ensenada por el Día del Petróleo. Habían salido temprano a festejar en la quinta. De arriba del tranvía veían a la gente pesarosa, como aturdida por el discurso que Perón había dicho anoche, proclamando enemiga a la Iglesia Católica; y en los frentes de las casas, pintados con alquitrán, los nombres de los curas a que él mandaba dar caza. En la quinta, el aire se cortaba con cuchillo. Donde hay una luz, hay un fraile que sopla, repetía tía Beba: eso decía el abuelo Antonio. La abuela presagiaba que ahora iban a salir las locas a la luz del día —¡Dios mío, que vuelva a pasar esto!— y que eso sería la ruina de Ensenada. ¿Y por qué te alegra el divorcio a vos?, decía la tía Tota. Y de pronto aquel Opel que aparece a lo lejos, y la tía Beba grita como si bajara un ángel. La abuela corrió a la cocina; odiaba las visitas; y la tía Tota fue a arreglarse a la pieza. Y las sonrisas de un hombre y una mujer se abrieron tras el parabrisas ¡Pero!, gritó la tía Beba, ¿no tendrían que estar en la redacción, ustedes? Dijimos que salíamos a hacer una nota… Tía Beba recibía los regalos con lágrimas (Oh, no había ido a buscar su título por culpa de los peronistas: hablaba de milicos entrando a caballo a la Escuela, revoleando las fustas…). Y la madre recibió de la Gorda una botella de champán y el padre un gran paquete con achuras que Schelotto sacó del baúl del auto y fueron a

agregar a la parrilla. Las mujeres se acomodaron en la galería rodeando a la gorda Viel —¡Ese vestido negro, de cuellito blanco en forma de mariposa!— y Toni iba y venía porque unos y otras hablaban de eso mismo que él no podía entender. No podemos aliarnos al fascismo, dijo Poliya, ¡aunque haga lo que nos convenga! ¡Pero che, Bebita, esta chica es una lumbrera!, aprobó la gorda Viel. ¡Ah, es mi consentida!, dijo la tía Beba, con lágrimas en los ojos, ¡mi malcriada de millones de pesos! Así que cuando el asado estuvo listo hasta la abuela se decidió a aparecer a servir las ensaladas. La tía Tota también salió, demasiado vestida, y a los cinco minutos ya hablaba del Varadero, del establecimiento familiar que habían perdido… Oh, los amigos de Beba no conocían Ensenada, pero sí Cambaceres, dijo la Gorda. ¡Pero, claro!, dijo Schelotto, ¡si habremos visto desde el club de Regatas! ¿Y la nota que íbamos a hacer?, sonrió Schelotto, ya en los postres. A mí ya se me ocurrió, dijo tía Beba, pícara. Y a Poliya, ¿querés venir…?).

Dale, Poliya, dejá pasar, la despertó la voz de Toni. Poliya alzó la cabeza y un enjambre de gotitas le picoteó la cara. ¿Sacaste el vestido de arriba de la cama?, le preguntó la madre: solo quería acostarse. Ay, mamá…, estuvo por rogar Poliya, ¡tenías razón! Quedó un vestido horrible. Pero Tota ya salía con un frasco de lentejas y una cazuela de barro en su mano recién vendada, y Poliya huyó y se sentó en la mecedora.

*

Un chorro de lentejas se estrellaba contra el fondo de la cazuela de barro; después un chorro de agua se zambullía entre lentejas: la tía Tota era otra nena jugando a la cocina. ¡Si te ve el Patano! Como si en aquel vestido horrible hubiera algo que el Patano pudiera aprobar o castigar. Pero para la tía Tota el Patano no sería más que el cuco con que la asustaban de chica para que volviera de la calle cuando empezaba a caer la noche de Ensenada. ¡Ni siquiera habría buscado patano en *Mi Primer Diccionario*, para ver que era la única mala palabra que ni el diccionario podía explicar: al revés que tía Beba, la

tía Tota nunca había sido amiga de leer… ¡Y allí estaba ahora, olvidada de su hermana que estaba en el diario *El Día* y de aquellos periodistas que había pasado a odiar sin entender demasiado, quizá solo por complacer a su madre. (¡Qué vergüenza, por Dios!, había dicho la abuela Hortensia al ver el diario al día siguiente. ¡Nos tomaron el pelo! Y hasta la madre, que guardaba tantos recortes, había arrancado la página en la que se veía a esos dos, a tía Beba y a Poliya al pie del monumento al General, porque "era muy comprometedor"). ¿Y si ahora la tía Beba se volvía sola a Ensenada? La imaginó conmovida, ofreciéndose a colaborar con el diario, recibiendo la misión de volver a Ensenada o incluso a aquel muelle de Berisso donde la noche anterior había tenido la cita. Y claro que se animaría a ir sola por el Camino Negro, aunque estuviera lleno de tropa, quizá internándose por ese bosque donde había desaparecido Martita y donde rondaba el Patano. (16 de junio de 1955. ¡Mataron a Perón! ¡Mataron a Perón!, gritaban los padres que llegaban a la escuela a sacarlos de clase… Y ellos habían venido corriendo por la calle Don Bosco a prenderse a la radio; y en cuanto el *speaker* habla de "comandos civiles" que tomaban las emisoras, Poliya se decía: ¡En esto anda la tía Beba! ¡No se fue a Mar del Plata! Porque la había escuchado pelearse con la abuela; decir que a los treinta y cuatro y con todo lo que había trabajado bien podía tomarse unos días junto al mar… ¿Con este frío?, ironizaba la tía Tota. ¡Schelotto y la gorda Viel tenían una casa…!, decían, cerca de Playa Grande… ¡Por Dios! ¡Después de la vergüenza que nos hicieron pasar, esos amigos tuyos! Pero a eso de las siete apareció la tía Beba, cargada de regalitos y cajas de alfajores y latas de conserva que decían "Mar del Plata". Se había vuelto antes, en el tren del mediodía, tan pronto había escuchado las noticias; y el guarda iba y volvía de la locomotora, bajaba en cada estación porque no se sabía si dejarían seguir al tren, y les traía noticias: la Casa de Gobierno ardía, una bomba había caído sobre un tranvía lleno de chicos; habían cortado la luz de todo Buenos Aires por miedo a que los aviones volvieran del Uruguay y el cielo de la noche empezaba a teñirse del rojo de las iglesias en llamas). Mamá, mamá, gritó la tía Tota que se había quedado mirando para el lado de

los tanos, ¡ahí vuelven!

¡Carajo!, dijo la abuela, como si la molestara. Todos salieron a mirar a lo lejos. Bella Fido y Furia ladraban desde el corral.

*

La tormenta había adelantado la noche. Las sombras zarandeadas de juncos y totoras dejaban ver a rachas los faros del rastrojero, que venía apurado, como huyendo del rayo. Oyeron un chapotear de ruedas en el agua de los charcos, un motor que rezongaba por subir la loma de la tranquera, los faros que guiñaban al pararse el motor. Pero ¿y la tía Beba? ¡Están bien, Ida!, se oyó la voz del padre. ¡Tus padres están bien! La madre soltó un bufido, porque nunca lloraba. ¡Y Poliya que jamás se había preocupado por ellos, por sus otros abuelos!

Gogo, hijo, gritó la abuela, en un ruego. ¡Acá hace un frío tremendo! Sí, sí, ya voy, ya voy, gritó el padre, abrió la puerta y corrió a la leñera; Toni se fue con él, trotando como un perrito. Solo entonces oyeron que se abría la otra puerta del auto. ¡Tía Beba!, quiso decir Poliya, yo quería ir con vos. Pero Beba parecía mirarse para adentro, ocultarse del cielo que la iluminaba a rachas. O quizá lamentaba volver ahí de donde la habían echado.

La madre le preguntó si había sabido algo. La abuela volvió a la casa.

Ya se terminó todo, Ida, dijo Beba: de aquello que más la preocupaba, no podría decir otra cosa.

El cielo se agrietó en un rayo.

Traé diarios, Poliya, andá, le ordenó el padre, como para salvarla del trueno: cargaba un hato de leña y Toni lo seguía con un rollo de falsa vid. Pero Poliya ya no quería dejar sola a la tía Beba. Nunca.

¿Se rindieron?, trató de entender la madre. Beba dijo que no. Pero aviones peronistas habían seguido bombardeando durante toda la tarde.

¿Y el pueblo?, preguntó Ida. ¿Y el puerto?, completó Poliya para que la tía Beba la viera allí, adorándola. La tía Beba la miró.

No se sabe, todavía, dijo. A las seis de la mañana ya podremos ir a

ver…

El viento hizo chasquear un toldo, crujir la veleta del molino, caer al piso una maceta de lata. Ellas entraron en la casa. El padre quebraba ramas a la luz de un farolito de guardabarreras que la abuela sostenía. Si la había visto a la tía Beba, esta vez no volvió a echarla. Le bastaría ese desquite de haberla visto volver.

*

La madre cerró la puerta y la casa fue la bodega de un barco en la tempestad. Y, dale, Poliya vamos, retaba temblando Toni. Había diarios apilados a un costado de la estufa. Poliya empezó a abollarlos y a encastrar cada bollo en los nidos de hiedra que su hermanito acababa de enrollar. Casi sin darse cuenta, las mujeres habían ido arrimando cada una una silla a la fogata.

(Porque no nos daba miedo la tormenta, me dice. Nos daba miedo la noche, lo negro de la noche. Porque ya no había noche de verdad en el pueblo. Podía caer el sol, en Ensenada; pero el cielo seguía encendido por los fuegos de YPF; como si nunca hubiera dejado de incendiarse el San Blas; o como una advertencia: las casas eran nada junto aquella Petrolera, y si había un final, sería por el fuego. Y aun dentro de las casas podías caminar sin encender las lámparas, en la media luz roja que entraba por las rendijas).

¿Y pudieron llegar a *El Día*?, preguntó la madre. No, qué esperanza, dijo el padre. Y derramó un chorrito de querosén sobre uno de los diarios. Toni le acercó un fósforo y una llamita azul subió lamiendo lentamente los renglones: "PERÓN INAUGURA EL TEATRO DISCE…". Pero no, Poliya no vio ninguna foto, y menos aquella que en Villa Garibaldi habían tomado los amigos de tía Beba.

Fuimos a la comisaría de 7 y 76, siguió contando el padre. ¡Un griterío!, interrumpió tía Beba, con llamas en los ojos. ¿Picana?, estuvo por preguntar Poliya. ¿Gente que traían presa? Esta vez se armó en grande, concluyó la tía Beba.

El fuego ya amilanaba: hacía crujir la leña y cada tanto una rama lanzaba una llamarada como un gran suspiro. Poliya se volvió a mirar

al corro de su familia: las rodillas de la tía Tota, los botines de la abuela, los tobillos hinchados de Ida, los piecitos de la tía Beba que ni aun con los zuecos llegaban a tocar el suelo. (¡Por cada uno de los nuestros caerán cinco de ellos!, había jurado Perón, después del bombardeo del 16 de junio. Y ellos, ¿cuánto valían? Dos peronistas caídos y medio).

¿Pero, estás segura, Beba?, se animó la madre. Digo, de volver a Ensenada. Y parecía decir: ¿Vos, tan comprometida?

¡A sacar la valija, aunque sea, voy!, escupió la tía Beba. La abuela, severa, no abrió la boca.

La tía Tota aventuró que no perderían nada con esperar al lunes. ¿Pero no decís que tenés que terminar esa costura, vos?, le dijo Beba. ¡Y, hay que ir a cerrar, Tota!, dijo el padre. Ver si algún bandolero no se ha metido adentro…

Sí, andá vos también, Tota, sorprendió la abuela, gravemente. Pero ¿cómo sabemos la hora?, fue la última intentona de Tota. ¡Por el pájaro loco!, dijo Toni.

Vivía obsesionado con esa estupidez. Desde que un alba de invierno había escuchado un picoteo en la viga de su pieza, y el padre había explicado que era un pájaro carpintero, de la misma especie de ese dibujito que carcajeaba en la pantalla del Cine Social, Toni casi no dormía, en la esperanza de volver a oírlo; de salir y verlo.

Un golpazo en la puerta. La abuela se alzó, asustada, como para agarrar la escopeta. Pero solo eran los perros que los tanos acababan de soltar. Y Poliya pensó, como siempre, en el Patano.



3

Sábado 17

(El Patano, me dice. Apoyabas la cabeza en la almohada, te apagaban la luz, y en vez de dormirte te ponías a escuchar la noche de Ensenada). Y aun aquella noche de tormenta en el campo, Poliya creía poder oír a lo lejos los ruidos del pueblo. Aullaban ambulancias, los perros les aullaban. Graznidos de bandadas cruzaban el cielo huyendo del monte bombardeado. Se oían llantos de gente que había quedado sin casa, y los gritos de Corbacho que arengaba a su patota a perseguir contreras. En las cocinas los padres hacían zumbar las radios buscando emisoras rebeldes —pasaba el lúgubre *speaker* de Radio del Estado, un barullo de descargas de donde salía el oboe de una orquesta uruguaya —. ¿Dónde acabará esto?, decían los mayores, y seguían girando el dial.

(Pero desde sus camas los chicos seguían buscando un ruido que hiciera él, el Patano, adivinar la cara que ya no se atrevían a espiar entre visillos, de miedo de encontrar su ojo del otro lado ¿Un despostador del Armour o del Swift que cruzaba de Berisso y descuartizaba con arte? ¿Un criminal prófugo escondido en Campamento, porque allí no entra la policía? ¿Un marino extranjero que bajaba de los barcos, mataba, y cuando encontraban a la muerta ya había vuelto a zarpar? Te dormías, me dice, y el Patano te acechaba en la noche, en lo negro, en lo mudo de alguna pesadilla).

*

¡Ahí está!, gritó Toni a lo oscuro. El pájaro carpintero picoteaba la viga. La abuela entró a la pieza con su farol de guardabarreras. Arriba, Poliya, dijo y la llevaron a hacer pis y a tomar un mate cocido sobre el

que ella cabeceaba. (Niebla. Frío. A lo lejos la luz del tambo, me dice. Y subirme al rastrojero entre las dos tías y cabecear apoyada en uno u otro hombro mientras cruzábamos Eva Perón. Árboles sin hojas, soldados, bandadas escandalosas en la luz que se aclara: es lo único que recuerdo). Llegaban a la terminal del 13 cuando un colimba con cara de indio les salió al paso: No pueden entrar con vehículo. Pero tenemos que devolverlo, agente, suplicó la tía Tota. Y queremos ver qué pasó con nuestra casa, exigió la tía Beba. En el playón ya vacío un montón de milicos discutían, preocupados. El que parecía el jefe se acercó. El coya quiso explicarle algo pero él descubrió a Poliya y se encogió de hombros —si ellos quieren, que se jodan— parecía decir, y él mismo fue a correr la valla. Por una vez el campo callaba menos que el pueblo. Unos pocos caballos —o quizá fueran vacas— hundían patas y cuello en el espejo de agua. Al final del camino las grúas de Astilleros parecían dinosaurios doblados sobre sus crías. ¿Y dónde estarían los muertos? Poliya nunca había visto un muerto, nunca había olido un muerto —a menos que fuera a muerto este olor de petróleo que cerraba la garganta—.

Y no se veía un alma en el campo de pato de La Montonera, ni por entre los tablones de la cancha de Defensores, ni en las veredas de ladrillo de las primeras cuadras. (Y ni árboles quemados ni paredes volteadas ni casas desventradas como en los documentales de la Guerra Civil, me dice. Solo charcos y ramas quebradas y carteles arrancados, como si el único enemigo hubiera sido la lluvia). Pararon de Ruggero. Y al callarse el motor oyeron ruidos insólitos —como de patio de escuela fuera de hora—. Y un silencio extraño por detrás de los ruidos. Ay, mi pueblo, suspiró la tía Beba.

Bajaron. Habían planeado que el padre fuera a la casa de la calle Don Bosco, recogiera la moto del Gordo Padín y recorriera el pueblo en busca de noticias. Ellas irían en cambio a casa de la abuela, a hacer ver que había gente, a buscar provisiones y después a cerrar. Ya verían más tarde cómo volvían a la quinta: quizá el tío Chana podía llevarlas en camión. Una moto con sidecar venía costeando las vías. Al doblar por Colombia alborotó el agua al cordón de la vereda; los tipos que iban en ella los miraron con desprecio, pero el olor a verdín fue como

un abrazo. Cuidate, dijeron al padre, y él salió al trote. Se agarraron de las manos. Poliya iba en el medio, como la abanderada de un país enemigo.

*

Cruzaron las vías muy rápido, a la altura de Colombia. Bajo el tinglado del surtidor de Pierino un montón de soldados sentados en el piso alzaron la cabeza para verlas pasar. No las miraban como a mujeres, comprendió Poliya: las veían como a intrusas. Ellas siguieron derechitas, mirando para adelante, inquietas por el eco de su propio taconeo, la ropa que decía que venían de un médico o una cita en el puerto. (Y no, ni una casa dañada, me dice, solo ese olor a pólvora que llegaba en el viento). ¡Guarda!, susurró tía Tota. Un siseo de neumáticos se acercaba por detrás. Se apretaron las manos. Un Ford negro V8, de esos de la policía, pasó sin detenerse pero frenó a lo lejos, justo en la fonda de Mazzini, donde también se había parado la moto con sidecar. Apuren, susurró tía Beba. Porque algo se preparaba allá, a pocos metros de la casa de la abuela. Tenían que dejar atrás estas cuadras, las veredas de ladrillo, las zanjas, los baldíos en que se construían casas Eva Perón, hasta que no fuera un riesgo tener que saludar. Por la vereda de enfrente venía la señorita Mecha, apurada, afligida; no las vio o no quiso verlas: se metió en lo de su madre. ¿Le habría pasado algo a doña Visi? Porque también de oír la guerra la gente se moría.

En la terraza del chalet de Parisi un soldado cabeceaba, badajo en la campana de su capa de goma, sobre una metralleta en trípode. Buen día, le dijeron a coro al doctor Rosa que venía por la vereda, sorteando los cartuchos rociados en las baldosas; porque atendería a las locas, el doctor Rosa, decía la madre, pero al menos era judío. Él tampoco las vio, y se metió en el consultorio. De casa de los de Caferatta, que vivían justo enfrente, vieron salir a la perrita, y detrás a la tía Felisa, petisa y en batón. Tota apuró el paso, Beba lo demoró. Se habían peleado mucho, la tía Beba y el Laucha, el hijo menor, el 16 de junio. (Porque el Laucha estaba todavía bajo bandera, me dice, en un

regimiento de Capital. Y la noche del bombardeo lo habían mandado a ayudar a un hospital de Barracas, y había visto heridos, mutilados, muertos. Gente del pueblo nomás, que pasaba por la Plaza. ¿Y a esos apoyás?, le había dicho la tía Beba…). Pero un camión del Swift apareció a lo lejos, por la esquina de la plaza. Ahí vienen, Muñe, gritó Felisa a la perra y volvieron a entrar muy rápido, como a dar la noticia. En la esquina de Gómez el olor a pan caliente borraba el de la pólvora. ¿Horneaban a esta hora? El pedorreo de un caño de escape las hizo mirar para atrás: un jeep con tres soldados llegaba de Cambaceres y paraba de Mazzini, también él: era lugar de reunión ¡Señorita! ¡Señorita! Una voz de mujer llamaba desde enfrente. Era la señora de Zufriategui, y al ver que la tía Beba se paraba a esperarla salió apurada de atrás de su cancel. Tía Tota siguió adelante. Nunca quería trato con alumnos de su hermana; pero, además, la asustaban esos tipos reunidos en la esquina.

¿Y, tuvo noticias?, preguntó la tía Beba, casi sin mover los labios. No, no, dijo la señora, con una sonrisa de loca; ya fui al hospital de acá y a la Clínica Sosa, y mi marido se animó a ir al Hospital Naval. ¡Casi no lo dejan volver!, rio. Pero pensé que usted, que conoce *tanta gente*… ¡Beba!, gritó allá adelante la tía Tota. Había encontrado abierto el portón de la casa y se había vuelto a mirarlas, desesperada. (Un muerto, pensó Poliya). Sin decir ni “disculpe” la dejaron ahí sola, a esa señora loca.

*

(La casa de la abuela era una casa chorizo, de chapa acanalada, igual a las demás salvo por el muro con rejas como claves de sol que el padre había levantado después del 17 de octubre para proteger a la tía Beba). ¿No viste cómo miraban los negros de esquina?, decía la Tota, recibiéndolas. Bah, la empujó Beba por la galería… Como si Ensenada fuera de ellos… Pasaban mirando de reojo los postigos abiertos sobre las piezas en sombras… El traqueteo de un camión sobresaltó a Poliya. ¡Ya entraron en la Base!, decían voces de hombre a uno que venía por la vereda; ¡Viva Perón!, decía el tipo. Poliya

buscó el candado detrás del lazo de amor y lo engarzó en el cerrojo. El Patano, pensó y dio la espalda a la calle.

¿Qué rompés, Tota? ¿Qué es eso? Las tías se disputaban unos papeles rojos que alguien había tirado por debajo de la puerta. Poliya avanzaba por fuera, esquivando pisadas de borceguíes. No, nadie les había entrado. Pero ¡pobre patio! Una cala quebrada tendía su flor en las baldosas como la mano de un muerto. De atrás de la espina de Cristo el gato de Touloupas saltó aterrado y subió tambaleando por una canaleta rota que pendía sobre el patio. ¡Habrían trepado al techo! Un galope. Un caballo cruzaba la plaza del pueblo —un jinete lanzado a avisar o a perseguir—. La casa vibraba de pasos como voces: Tota con sus tacos bajos y su pisar rotundo, Beba con el estruendo de sus talones desnudos, amputados de tacos… En la pieza de adelante, frente a la sonrisa del piano —¡pero cómo no se habían tentado de entrar!— Tota vaciaba una bolsa de marinero como un higo gigante. En la pieza de dormir, Beba había encendido su radio nacarada sobre la mesa de luz, se sentaba en la cama, alzaba un pastillero, comía una pastilla. Poliya pasó el murete que encerraba el jardín. Bajo las hojas flotantes de un zapallo silvestre, entre uno de esos panfletos rojos exigía en mayúsculas RÍNDANSE, por la ventana de la cocina, encima de la mesada, se veía el nido de fideos abandonado por la abuela, y la radio vieja que transmitía el chisporroteo de una emisora saboteada. En el bañito del fondo la luz estaba encendida. Poliya se acercó. Había algo negro y sangriento en la bandeja del inodoro Pescadas. Poliya se tapó la boca y la nariz y se obligó a mirar el tapial, la higuera de los Suárez, el cielo alborotado.

¿Querés un matecito?, le dijo la tía Beba abriendo la puerta de la cocina, y al ver su cara de asco comprendió todo y se enfureció. ¡Estuvieron acá!, dijo. Poliya la apartó entre arcadas y siguió corriendo al baño de adelante. ¡Pero, Beba! ¿Qué hacés?, llamaba la tía Tota desde la pieza de adelante. Ya va, gritó Beba, despectiva. Y Poliya oyó cómo tiraba la cadena —el torrente de agua que lidiaba con el muerto que al fin se zambullía— y entró en el otro baño y se dobló a devolver. ¡Al-to!, ordenaba una voz a lo lejos: ¡Derecha, dré…! Poliya bajó la tabla, se bajó el overol y se sentó en el inodoro. Los

postigos vencidos, tirantes y parantes hinchados de humedad, chapas que retemblaban como si el bombardeo les hubiera aflojado los remaches, fueron como un mensaje que tenía que descifrar. Pero dejá eso, Tota, decía la tía Beba en la pieza de al lado. No, no lo tengo que terminar para el lunes, le respondía Tota. Y de pronto comprendió. (Primavera del 46. Perón había venido a proclamar Generala del Ejército Argentino a la Virgen de La Merced: era su manera, aunque no lo decía, de agradecer a Ensenada y Berisso el 17 de octubre. Por los parlantes de Shepherd, todo a lo largo del pueblo, se lo oía gritar igualito que en la radio, y a cada final de frase la multitud en las calles respondía con una ovación: y dentro en la casa cerrada los Grimau, en silencio, maldecían la victoria del fascismo, y Poliya en la panza de Ida era como la hermana de ese odio secreto, la única certeza de tener un futuro). Llevá un abrigo para Ida, ordenaba Beba a Tota. ¿Y vos? Yo ahí tengo mi valija, dijo Beba vagamente.

Y de pronto el teléfono. ¡Yo voy!, dijo tía Tota. ¡Salí vos!, despreció Beba. Un timbrazo. Silencio. Beba atendió. ¡Hable!, gritó. Nadie le contestaba. ¿No será Gogo?, temió la tía Tota. Es otra cita, pensó Poliya que se apuró a limpiarse y tirar la cadena. El ruido del torrente no la dejó escuchar. Y cuando salió del baño Beba con una mano colgaba el tubo y con la otra descolgaba su piloto del perchero. ¿Pero estás loca?, le decía la tía Tota. ¿Adónde es que vas? Salieron a la galería, detrás la tía Beba.

El tiempo se descomponía. El viento alborotaba las hojas de la hiedra. ¿Y si vuelve Gogo?, preguntaba la tía Tota. Beba llegó a la puerta de rejas y al verla con candado se dio vuelta, furiosa. ¡Fui yo, fui yo!, terció Poliya, sacando la llave de la maceta, y abrió y la dejó salir… (Ojo con la tía Beba, me había dicho mamá, me dice, si te quiere llevar con ella, vos no vas, ¿entendido? ¡Pero cuando pasó al lado mío le veo ese brillo en la solapa!). Beba iba por lo de Gómez cuando Poliya la alcanzó y le tiró de la manga. ¡Ay, pero qué hacés, nena!, se alarmó la tía y Poliya se le colgó del cuello, como para un beso de adiós. Los tipos las miraban de la esquina de Mazzini. ¡El escudito, tía!, susurró, tenés el escudito en la solapa. Y Beba se lo quitó, disimuladamente, y se lo metió en el bolsillo. Ahora volvete,

dale, rogó Beba. Así atendés el teléfono.

Pero Tota había vuelto a poner el candado y se volvía dentro a la casa. Echaron a correr juntas, como en los viejos tiempos. Aunque lo tenía prohibido.

*

Por la esquina de Gómez pasaban los caballos. Saltando humitos de bosta cruzaron la calle Colombia y con ese mismo envión llegaron de tía Felisa: el último lugar adonde esperaba ir Poliya. Aquel camión del Swift estaba parado a su puerta, el chofer al volante, el motor en marcha. Al amparo del alero la tía Felisa preguntaba cosas a unos pocos conscriptos; les había dado masitas y al mismo tiempo esperaba que pudieran contestar. Ellos las vieron tan iguales, a Felisa y tía Beba, que no sospecharon nada. Felisa no saludó a la tía Beba, ni siquiera le sonrió, pero le dio la bandeja como para que la llevara adentro y Beba obedeció. Estaba tan oscuro que allá al fondo, en la cocina, habían encendido la luz. Llegaba un olor a tostadas, a tabaco de pipa, y la música sacra de Radio del Estado. Una voz de mujer creció al acercarse ellas.

¡Está Nélida, tía!, comprendió Poliya parándose y le tiró de la manga. ¡Está Nélida Corbacho! Pero Beba ya había girado el picaporte y empujaba la puerta y entraba en la reunión Y no, tampoco estos parecían victoriosos. ¡Pero ay, si su padre se enteraba que había estado aquí!

¡Luc, llegó mileidi!, anunció el abuelo Francisco desde su sillón de mimbre. El tío José miró a la tía Beba con sus ojos acuosos, y volvió a mirarla a Nélida, sin decir palabra. ¿Y si Corbacho le había contado que la vieja de Grimau en vez de hacerle caso y volverse a su casa, se había escapado entre los tiros? ¿Y si le habían matado a Corbacho en la torre de la iglesia? Felisa llegó de la calle como para evitar un desastre. Bueno, nos vemos en la plaza, compañeros, dijo Nélida. Te acompaño, dijo Felisa. Nélida pasó junto a tía Beba como si no la hubiera visto, pero Poliya estaba en medio del umbral y no tuvo más remedio que mirarla. Epa, qué grande estás, preciosa..., le sonrió con

esfuerzo. ¿A qué grado pasaste?, preguntó como si la escuela fuera de ella. ¡La escuela en que a tía Beba no la dejaban trabajar!

Eh, Felisa, dijo el abuelo, inquieto, hacele *chí* a la rubia…

Nélida sonrió y salió de la cocina. La oyeron llegar a la vereda, saludar a los soldados, y oyeron que los soldados le respondían gravemente. (¡Varonera!, le habría dicho la abuela. ¡Como buena Perona!). Y oyeron que el camión arrancaba y se iba, porque había sido Nélida la que había venido en el camión, la que se movía en él como si fuera un taxi.

Tía Felisa, preguntó la tía Beba, ¿vos llamaste recién?

¿Estaban acá, ustedes?, replicó tía Felisa, exagerando el asombro, y con las cejas fruncidas volvió a repasar lentamente el hule de la mesa. Siguió una discusión entre Felisa, que hacía muy poco que tenía teléfono —¿te das cuenta?, decía la abuela Hortensia, ¡para que alcahuetee se lo han puesto!—, y Beba, que tenía desde siempre… ¿Una sola vez sonó?, interrumpió el tío José. Poliya dijo sí, la tía Beba asintió. Es el ruido que hacen las líneas cuando vuelven a conectarlas, Beba, proclamó como si eso fuera algo que debía saber cualquier maestra, parece que llamaran, pero a vos no te llama nadie. La tía Beba, abochornada, pidió permiso, y fue al baño de adentro. Y la abandonó allí, temblando entre los peronistas.

*

El tío José miró a la tía Felisa y Felisa al abuelo Francisco. Los dos varones se incorporaron con gran dificultad, como si también cargaran panzas de ocho meses. Así se escapan las ratas, Josecito…, dijo el abuelo. Por los cabos de amarre, don Francisco…, aprobó el tío José. ¿Querés unas masitas que hice?, preguntó la tía Felisa a Poliya, como disimulando. *Yú, yú,* Muñe, decía el abuelo, empujando hacia afuera la puerta mosquitera, *guetóf*…, y el tío José pasó muy lento hacia la calle. ¿Y un matecito no querés, también?, insistió tía Felisa. Poliya hizo que sí con la cabeza, solo para quedarse sola. Pero tenía intención de irse tan pronto volviera Beba, antes de que su padre volviera a la casa y descubriera que se había ido. Miró la foto del

naufragio en que había estado el abuelo —W. O'Hare, 1915, Johannesburg— y a cada lado las láminas de Perón y Evita como ventanas abiertas a un tiempo más antiguo que el de los dinosaurios. (¿A vos te parece que es lectura para un segundo grado?, le había dicho la tía Beba al Laucha. ¿Y qué vas a hacer, lo vas a tirar?, la cortó el tío José. Yo jamás tiraría un libro, dijo la tía Beba. Te lo regalo, si querés… Y a fin de año allí estaban, las láminas del libro de lectura de Poliya, envueltas en celofán: Evita con su collar de camafeos y su vestido de dama antigua, y Perón con su uniforme y su caballo-vaca. ¿Y qué habría hecho Evita, en un día como hoy? ¿Habría repartido armas entre los cabecitas, como todos temían? ¿Y qué estaría haciendo Perón? ¿Andaría por las calles vigilando su tropa, disfrazado de pobre como Harún Al Rashid?). Tronó el tanque del baño y la tía Beba volvió con la cara lavada y un gesto a la vez preocupado y distraído. Tiabe, quería rogar Poliya: ¡Te compararon con ratas! Pero la tía Felisa volvía también de la cocina, cargando una bandeja. Sentate un rato, Beba, la sorprendió.

El otro día te llamaron, dijo Felisa. Para que hablaran de *eso*, los varones se habían ido. La tía Beba se apoyó con las dos manos en el respaldo de la silla y preguntó cuándo había sido.

No sé…, vaciló Felisa. Y hundió una cucharita en el montecito de azúcar y la mantuvo en alto como pesando el tiempo. (Era una yerbera-azucarera recamada de caracolitos que le habría traído tía Beba, el 16 de junio, el día —pensó Poliya— de la gran discusión con el Lauchita).

¿El miércoles habrá sido…?

Y le pasó el mate a Poliya que chupó la bombilla solo para no distraerlas. En su casa no se tomaba mate, y los palitos de yerba, las burbujas, el humito, parecían cosas de guerra.

Sí, fue el miércoles, concluyó la tía Felisa. A la noche… porque después ya cortaron los teléfonos…

La tía Beba parecía dispuesta a irse, pero se sentó, como abrumada de alivio. Algo de eso había querido averiguar, ayer, en el diario *El Día*. De algo como eso había venido a enterarse a casa de Felisa. Pero no le alcanzaba.

Y cruzate un ratito hasta lo de Mancino, si querés, nena, aconsejó la tía Felisa, casi con piedad. La señora seguro que sabe algo más…

Sí, vamos tía, casi le dice Poliya. El pedorreo de una moto se había interrumpido a lo lejos. ¿Y si era su padre en la moto de Dadín?

¿Y los chicos?, preguntó Beba de pronto.

El gesto de la tía Felisa se endureció. Poliya devolvió el mate y Felisa lo volvió a llenar.

Por ahí andarán, dijo haciendo una seña en dirección a la calle.

¿Y ustedes?, dijo Felisa, ¿se van a quedar acá?

Sonó el teléfono. La tía Felisa parecía tan pendiente de lo que Beba respondiese que dejó sonar otro timbrazo (ay, sí, ¡alguien *llamaba* verdaderamente!) y solo entonces se levantó y atendió.

La tía Beba recorría con un dedo el borde de las flores coloradas del hule.

Para vos, le dijo Felisa. ¡La cita!, pensó Poliya. Y Beba trató de componerse, temblorosa, para enfrentar lo que fuera.

¿No querés ver a la Muñe, Poliyita?, le ordenó la tía Felisa, corriéndose a abrir la puerta mosquitera. No era cosa de chicos, comprendió Poliya. Pero ¿desde cuándo la tía Felisa era cómplice de la tía Beba? Afuera estaba tan feo que no pasaron del umbral. La perrita dormía arrollada en su cajón de manzanas, pero al oírlas abrió un ojo y se volvió de espaldas ofreciendo la panza, que Poliya se agachó a rascarle suavemente.

Pobre vieja, dijo Felisa. Si se habrá cansado de ladrar bombas… Adentro la tía Beba solo decía “sí”, “no”, y pedía por favor: cada tanto alguien le daba órdenes, se las hacía repetir. Hasta que la tía Felisa dijo: ¿Qué?, y se dio vuelta, indignada.

*

¿Va a venir acá tu tío Chana, nena? La tía Beba intentaba una, dos veces, colgar el tubo. Parecía que todo lo que había oído no la dejaba pensar. ¿Qué te dijo tu hermano?, insistió. (¡Ay, porque era su padre el que había llamado!, comprendió Poliya. ¡Su padre!, que ya sabía que ella había desobedecido).

¿*Acá* va a venir tu tío Chana?, desafió Felisa y le arrebató el tubo y lo colgó de un golpe. Beba negó con la cabeza, como si no recordara haber dicho ese nombre.

¡Ja!, concluyó tía Felisa. Si en cincuenta años no se ha dignado…

Ay, tía Felisa, dijo Beba, como pidiendo piedad. ¡No le entraba un solo problema más en la cabeza! Y casi sin darse cuenta había empezado a volver hacia la calle, y tía Felisa la seguía, como arrinconándola.

¿O me vas a decir que no, Beba?, le exigía. Porque Felisa podía callar lo que pensaba de la política, pero no de sus primos Duval. ¿O no es así, Poliyita?

¡Le había contado tantas veces esa historia que ahora parecía tomarla de testigo! La nena asintió solo para que dejara de ensañarse con la pobre tía Beba.

(La madre de la tía Felisa acababa de morir dejando cinco chicos chiquitos. Y todavía estaban todos alrededor de la tumba cuando María, la hermana de la muerta, dijo al viudo Francisco: Ya mismo me metés en un asilo a estas criaturas. ¿Te das cuenta, Poliya?, preguntaba Felisa. ¡Con ese varadero…! Y el abuelo Francisco había regalado cada hijo a una familia distinta —a Felisa la había colocado de criada en casa de unos griegos— y se había ido a Sudáfrica, donde pedían hombres para trabajar en las minas, reemplazando a los negros que habían mandado al frente de la guerra de los Boers).

Y todos ellos son así, los Duval, dijo la tía Felisa, aunque a la mayoría no los había vuelto a ver desde aquel día del cementerio. La tía Beba, preocupada, había llegado a la puerta. ¡Chana Lola, Pedro, Alberto, la Negra, tu madre…!, apostó, porque Beba parecía a punto de escapar. ¡Todos iguales a tu abuela María!

Uf, si la habré padecido…, concedió Beba, solo para que Felisa la dejara irse. Cada vez que me veía llegar se santiguaba.

Ja. ¡Justito ella!, aprobó Felisa: la armonía con tía Beba se había restablecido.

(Porque habían llegado “como prófugos” al varadero, esa María y su marido Severo, decía la tía Felisa… Y cuando a los pocos días nomás nació su primera hija, ya eran tantos los rumores que el cura de

Cambaceres se negó a bautizarla, y cuando la beba murió y ellos quisieron enterrarla ahí nomás entre los juncos, un vecino los denunció ¡porque hacía rato que el cementerio había dejado de pertenecer a los curas…!).

El Laucha llegó de la calle como traído por la misma ira de su madre desde aquella escena en el cementerio. No vio a su prima Beba —o no quiso mirarla—, y ella aprovechó que Felisa se distrajo para llegar hasta la puerta y espiar por los visillos.

¿Te das cuenta qué hijos de puta, mamá?, se escandalizaba el Laucha a sus espaldas. Qué cobardes, corregía la tía Felisa. Poliya no entendía. Se escuchaban las voces airadas de la gente que pasaba, y el chillar de los parlantes de Shepherd, como si alguien inexperto tratara de conectarlos para hacer un anuncio.

¿Qué está pasando, tía?, se atrevió a susurrar Poliya. La tía Beba al fin se acordó de ella. No están muertos, los marinos. Ni vencidos, dijo: eso le había dicho su hermano, por teléfono. Se escaparon de noche, en barquitos, por el río. (¡Como las ratas!, recordó Poliya. ¡Por las sogas de amarre!). Y ahora acechaban en algún lado del río, listos para contraatacar…

Una explosión sacudió los vidrios, hizo gritar a la gente, ladrar a la perrita. La tía Beba abrió la puerta. ¡No, tía, no!, se aterró Poliya.

*

En el jardincito del frente el tío José y su hijo mayor, el Gordo, miraban ávidamente a través del alambrado, tratando de entender. Un conscripto les explicó: no había nada qué temer, era solo una bomba que habrían hecho detonar,

¡Bebita!, se sorprendió el Gordo al descubrir a Beba a sus espaldas. ¡Te hacía en la quinta, yo!, y se le aguaron los ojos. (Había una foto del Gordo, de chiquito, en la quinta, me dice. El abuelo Antonio había ganado un primer premio en la Fiesta del Tomate, pero lo habían elegido al Gordo para sacarlo en el diario, y parecía el mellizo del tomate campeón).

Y vieron pasar rumbo a la plaza a gente que se había quedado en el

pueblo durante el combate, gente que había aprendido de la batalla ¿qué? Pasaban los Rapallini, y Cachito Baldán; y por la calle San Martín llegaban Fermina y Matilde, las dos tías de Greta…

Y de pronto, detrás de ellas, el padre de Poliya con la tía Tota al lado. Venían cargados de bultos, y tenían que abrirse paso a contramano por culpa de otro domingo siete de Beba y de Poliya.

¡Tía Beba!, iba a avisar Poliya. Pero Beba en cuanto vio un claro se lanzó a cruzar la calle y siguió en dirección contraria, como escapando de su hermano. Por los parlantes de Shepherd se oyeron los clarines, y la voz de Hugo del Carril empezó a cantar la Marcha.

De un zaguán salió una mano y detuvo a la tía Beba. Era la señora de Zufriategui, con sus ojos taimados. ¡La tienen loca, pobre mujer!, sonrió.

Señalaba la otra cuadra: frente a la segunda casa estaba estacionado aquel mismo camión del Swift. Cuatro tipos salían rodeando a Nélida Corbacho y se subían al camión.

Poliya se dio vuelta para mirar a su padre, como pidiendo auxilio. ¡Pero esto es el colmo!, preguntaba él con los ojos. ¡Párense ahí, ya! El camión del Swift retrocedía y daba vuelta para ir a la plaza, y Beba se apuró, como en un paso de baile, al son de la marchita.

Llegaron a aquella casa donde Poliya al pasar siempre veía un Volkswagen amarillo, de esos que Perón regalaba a los militares. Pero el auto no estaba y al final de sus huellas embarradas vieron una mujer sentada en un sillón de mimbre. Sola. Rígida. Distraída.

Entraron. La tía Beba se le acercó casi temerosa. Señora, susurró, me manda doña Felisa.

¡Pero usted también!, se enfureció la mujer, que no conocía a la tía Beba. ¡Yo qué sé dónde está! ¡Pregunten en YPF! ¡Si me habré cansado anoche de llamar a Personal Embarcado!

*

¡Pero, Beba!, se oyó que gritaba el padre en la vereda. Traía en una mano una valija y en la otra esa bolsa como un higo cargada en bandolera. Tía Tota lo flanqueaba con el changuito de los mandados y

una gran fuente de loza calzada entre la mano y las tetas.

Venga para acá, usted, le dijo a Poliya.

La tía Beba salió como hundida en sus pensamientos y por un segundo pareció que se volvía a la casa. El padre largó la bolsa para agarrarla de un codo.

Ay, Goguito, rogó Beba, dejame ir a casa, después voy para la quinta, te juro. ¿Pero no te das cuenta de lo que pasa, vos? Ayudame con esto, ordenó Tota a Poliya. Y Poliya tomó la fuente de loza con aquellos fideos crudos. Oh, me doy cuenta, sí, improvisó la tía Beba. Están formando milicias, pareció que iba a decir.

¡Pasaron por el varadero!, dijo el padre.

Poliya miró a tía Tota, pero ella miraba para abajo, turbada. La marcha peronista había callado y quedaron como expuestos por el silencio. Cruzaron la calle para seguir por Alem.

¿Se van a la quinta?, gritó una voz a sus espaldas cuando ya casi doblaban la esquina para tomar de nuevo por San Martín. Era el Gordo de la tía Felisa.

A Cambaceres, Juan José, corrigió la tía Beba, con cortesía burlona. A Cambaceres, nomás.

¿Están seguros?, dijo el Gordo, alzando la frente. ¿Están seguros?

Ellos no le respondieron. Un ventarrón fue la excusa para seguir adelante. Pero cada tanto Poliya se daba vuelta, a ver si los seguían.

4

El tío Chana los esperaba en la esquina del Club Pettirossi. Su figura de marioneta se estiraba para divisarlos como desde lo alto del mástil de un barco varado. Tan pronto estuvieron cerca y vio la cara de Beba se adelantó a ayudarla con sus bolsas. (La había retado tanto, mi papá a la tía Beba, me dice). Pero Poliya, anclada a la tía Tota y al peso de esa fuente, no había podido escuchar nada. ¿Y el Tatita?, preguntó Tota con esa voz de cura que ponía en Cambaceres. Chana no contestó. ¡Fordcito viejo y peludo!, dijo el padre en cuanto doblaron la esquina. Era el viejo camión del varadero, con su caja entoldada y sus ruedas de rayos.

El tío Chana se acercó al camión a grandes zancadas y empezó a subir las cosas a la parte de atrás. La tía Lola esperaba en el umbral, con su falda llovida y sus canillas de tero. Cayó del cielo, explicó mirando el baldío de enfrente donde una bandada de chicos exploraban algo escondido en el yuyal. ¿No entran a saludarlo al Tata?, preguntó la tía Lola. Ellos obedecieron como quien va a dar el pésame. El viejo estaba solo, en la galería del fondo, mirando al cielo turbio con su mastín al lado. ¿Y usted no viene, abuelo?, se adelantó la tía Tota, inclinándose hasta su oído. El viejo la miró con fastidio, como desheredándola. ¿Y vos, tía?, le preguntó Beba a Lola, y Lola dijo que no, de ninguna manera; parecía ofendida de que la tuviesen en cuenta. (Se decía que no había salido del varadero más que a mudarse aquí, y seguir siendo la esclava). La tía Beba se volvió, lagrimeando de furia. Poliya le fue detrás, como quien lleva una llama por las corrientes de aire.

Nubes de gotitas revolaban en el viento y ellos trataban de espantárselas como si fueran jejenes. Chana y las tías subieron a la cabina del camión. ¿Y Virgilia y Lito?, preguntaba la tía Beba. Uf. Se rajaron enseguida, dijo Chana… Chst, chst, señorita, la frenó el padre

cuando ya iba a subirse con las tías, y le señaló con el dedo la parte de atrás. Pero ¡papá!, hubiera querido decir. ¡Yo no quise irme con tía Beba! ¿No te explicó la tía Tota? Pero se subió a la caja y se abrió paso entre colchones y platos pegados por los bordes como grandes almejas y una trampera que el tío Chana le había prometido a Toni. Por fin cayó sentada en un colchón enrollado. Vinieron como a las seis, decía el tío Chana. El Corbacho ése, con la mujer y otros cuatro matones… ¡Ja!, dijo la tía Beba, ¿en un camión del Swift? Y el camión se puso a trepidar y ya fue imposible hablarse. El padre se subió de un salto. Listooo…, gritó como el botero que cruzaba a Berisso. Y el camión retrocedió entre perros y gallinas y madres alarmadas porque sus chicos no volvían, ¡a ver si es una bomba lo que cayó del avión! Y salieron de nuevo a la calle San Martín, pero tomaron para el lado contrario, para el Arroyo Doña Flora. Era raro ir así, ver achicarse Ensenada a lo lejos, la esquina de Mazzini donde ya no quedaba gente, tratar de entender los gritos del megáfono que el viento traía de la plaza. Pero cuando pasaban por frente al varadero ("pasaron por el varadero", había dicho el padre, y fuera lo que fuese era algo muy grave), y un retén del ejército los detuvo, los cinco se envararon en un único orgullo.

*

(La abuela no volvía jamás al varadero, me dice. ¿Para qué sufrir? La tía Tota "le negaba a los nuevos dueños el regalo de su presencia", se burlaba la tía Beba. Pero en la Fiesta de los Pescadores, Beba los había colado a Poliya y a Toni a bordo de un chinchorro que tripulaba el tío Chana, uno más en la procesión de barcas que iba atrás de la Virgen, solo para que vieran desde el agua aquel establecimiento que Perón les había expropiado. No se veía el portal del varadero. El hangar del Club Náutico, sus pilas de cuchetas donde dormían infinidad de canoas, lo tapaban. Pero por entre las copas de los primeros sauces todavía se veía la casa familiar montada sobre pilotes, la escalinata de madera y, por detrás, los barcos empalados entre los que el Tatita había pasado con su bastón, su chaleco y su bigote

manubrio, dirigiendo a los hijos que doblegaban tablas con agua caliente, calafateaban hendijas con sogas y con brea. Los pescadores cantaban "Venid y vamos todos con flores a María", el cura con un megáfono intercalaba intenciones, y la tía Beba hablaba bajo, como distraídamente, porque mientras menos los distinguieran, mejor. (¿Qué hacían acá esos chicos sin dios, los que toda la escuela veía salir del aula en la hora de religión?, dirían). Y Beba señalaba aquel puente, aquel árbol y contaba una anécdota, y a veces ni siquiera necesitaba hablar, porque ellos reconocían las fotos que guardaban en casa. La abuela María, sorprendida en la puerta de atrás de la cocina, más bajita que la bomba de agua, alzando el hombro derecho para que su cuchilla no tocara el piso, la mirada altiva marcando las distancias. La tía Lola en lo alto del puente de madera y soga que sobrevolaba el juncal, su bigote, sus ojos aterrados: en tiempos de los Cambaceres allí había un matadero, y ahí abajo, bajo los juncos y agua, había cadáveres… La abuela Hortensia posaba entre matas de hortensias, cada una de un color distinto, y allí el abuelo Antonio la habría visto por primera vez cuando llegó como mecánico a ayudarlo al Tatita porque cada vez más barcos empezaban a usar motor. Y, por fin, la tía Beba, a los quince años, en lo alto de un andamio con cara de terror, agarrada a la costilla de una lancha desollada. "…Con flores a porfía / que madre nuestra es…", cantaban las Hijas de María en la lancha de al lado. Y cuando ya estuvieron cerca de la boca del río abierto, a una señal del cura callaron y empezaron a tirar azucenas a babor y estribor como para calmar las olas. Y allá adelante, ¿ven? por donde va la Virgen, ahí… ahí le habían armado su pavillon a la Memé. Y ellos vieron una lancha varada, cubierta de campanillas, con un nido de hornero en la horqueta del mástil. Y ahí en esa playita, insistió la tía Beba, aprendíamos todos a nadar y así, nadando a lo perro llegábamos a la Isla Santiago, a las costas de la Base, a los recreos de Paulino).

Vamos a Punta Lara, jefe, mintió a medias el tío Chana al soldado que lo interrogaba, ahora. No era de Ensenada ese soldado, no imaginaba que Chana tenía el mismo apellido que lucía todavía el portal del varadero. Y siguieron de largo.

*

El padre se había sentado con las piernas para afuera, colgando por sobre el paragolpes. ¿Me trajiste mis libros?, se le ocurrió decir a Poliya, solo para saber si todavía estaba enojado: la señorita Mecha le había encargado el discurso del Día de la Raza, aunque como abanderada que era habría tenido que hablar en el acto del 17 de octubre. Pero el padre miraba el Fuerte Barragán, el descampado donde había desembarcado la segunda invasión inglesa, como si los marinos que se habían fugado por la noche fueran a tomar su ejemplo y a desembarcar ahí. El viento hacía chasquear la lona desprendida en un ángulo del techo del camión y dejaba entrar los gritos de los huérfanos del Palacio Piria, que imitaban tiros, aviones, bombardeos. Buen díiiia, corearon las tías, como si hubieran visto de nuevo al doctor Rosa. Pero eran Virgilia y Lito que salían a recibirlos de una casa rodeada de redes en lugar de alambrados. ¿Cómo que te vas?, reclamaba la negra. Tengo que sacarlos *urgente*, se excusaba el tío Chana, y el alboroto de los negros fue acallándose en una inquieta forma de piedad. Siguieron adelante. Daban vuelta a la rotonda del monumento a Pettirossi para tomar ese camino nuevo que unía Punta Lara con Eva Perón cuando Poliya se volvió a mirar a la tía Beba… (Porque siempre que pasábamos por ahí nos sonreíamos, me dice. Había un cantito verde que las dos conocíamos y que no nos animábamos a repetir, ni hacía falta…). Pero ahora la tía Beba, en medio del asiento, tenía el mismo gesto de la madre ayer, en el rastrojero, y cuando Poliya se dio vuelta vio que el padre la miraba, amargado.

Que sea la última vez, ¿eh?, le dijo, mordiendo las palabras. Y Poliya hubiera querido explicarle, pero apoyó la nuca contra el colchón y cerró los ojos, abrumada por el recuerdo no de esta última vez, sino de la primera. Banfield.

*

Un barquinazo la despertó: llegaban a la quinta. La tía Beba bajaba

apuradísima, como empujada por el viento que azotaba los árboles, y se encerró en el baño. ¿No te trajiste tu casa?, le decía Toni al tío Chana. De su trampera me acordé, caballerito. Toni gritó de alegría y corrió a buscarla al camión. La abuela llegaba del huerto con plantas de remolacha agarradas del cogote. ¡Así me gusta, Chanita!, dijo, y se le quebró la voz. ¡Venga con su hermana vieja! Y Chana se le acercó, pero no se abrazaron. ¿Y el Tata?, preguntó la abuela. ¡Allá quedó: guapo!, dijo, y a ella se le borró la sonrisa. Los pinos anudados se mecían crujiendo como mástiles. ¿Y?, dijo la madre llegando con una mano en la espalda. El padre cabeceó y miró a Poliya. La madre la miró también y ella bajó los ojos, avergonzada. (Ay, pero fue la tía Tota la que cerró la puerta y nos dejó en la calle…). Dame la llave, Tota, ordenó la abuela, y Tota la sacó de su bolsillo y se la entregó. Los caseros vinieron a ayudar a entrar las cosas —una damajuana en su corsé de mimbre, un frasco de conserva con un aceite turbio como río enfrascado—. Los varones pasaban con las cosas más grandes: el colchón, los cajones. Poliya vigilaba la puerta del baño: ¿no le había explicado al padre que llevaba sin saberlo el escudito en la solapa, verdad? No podía decírselo… ¿Y lo había llevado anoche, para acudir a esa cita en los muelles de Berisso…? Vaya a ayudar usted, la retó Toni que pasaba abrazado a su trampera. ¿Voy poniendo la mesa?, preguntó Tota, anudándose el delantal sobre las nalgas enormes. Eso ni se pregunta, dijo la abuela. ¡Y dale, Poliya!, le dijo la madre, y ella avergonzada corrió al camión, abarajó la fuente con aquellos fideos abandonados por la abuela… Y cuando volvió a la casa la tía Beba ya había entrado en la pieza y revisaba protestando lo que Tota le había traído. Al ver que alguien la miraba, cerró la puerta con furia.

*

El tío Chana y Toni se sentaron a la mesa. Poliya vos acá, ordenó la abuela, señalando la silla que estaba al lado suyo y Poliya obedeció: también la silla de al lado estaba sin ocupar. Cuando la tía Beba saliera de la pieza podría sentarse junto a ella.

Pobre hombre, venía diciendo Ida. De un avión le han tirado, decía

su marido. Y Chana dijo que toda la tarde habían estado pasando aviones sobre Ensenada, a ametrallar o bombardear. Las casas de la pobre gente, se lamentó Ida. No, corrigió su marido, ya no habían vuelto a bombardear el pueblo, pero de la Base no queda piedra sobre piedra.

No tienen vergüenza, dijo la abuela, distraídamente. ¡Pobres chicos! Ida, ordenó señalando la otra cabecera, usted acá.

Pero Ida se había apoyado en el alfeizar de la ventana, como agobiada por el peso de aquellas noticias, y dijo que no iba a comer. El padre se acuclilló y empezó a sacar herramientas de un valijín de lata.

No eran ningunos chicos, hermana, corrigió Chanita. Durante todo el miércoles parece que habían estado llegando marinos…

¡Claro!, pensó Poliya. Por eso la milicia había cortado los caminos. Y por eso la habían hecho bajar a la tía Beba de ese tranvía, a medianoche, con la señora de Zufriategui…

¿Y sabe por dónde se colaron al final a la Base, no?, preguntó Chana.

La abuela se puso en guardia. ¿Cómo por dónde se colaron?, parecía preguntarse, atónita. ¡Por el varadero!, comprendió Poliya. ¡Por el varadero!, apostó Ida. Chana dijo que sí. Habían robado canoas del club náutico, y saliendo del varadero, de la caleta ésa donde vivía la Memé, habían llegado a la Base.

Suerte que ya no tenemos nada que ver, dejó escapar la abuela, y siguió recontando platos, con el ceño fruncido.

Pero ¿se daba cuenta del peligro que le había hecho correr a la tía Beba al obligarla a pasar la noche en la galería, a la vista de cualquiera? ¿Y qué hacía ahora la tía Beba en la pieza, que no venía? ¿Por qué que no se oía nada?

A casa cayeron como a las seis, retomó Chana. Venían de lo de Toto, que por suerte se ha ido a Villegas. Yo les mostré una liebre que había cazado en Oliden. Me creyeron. Y del Tata y de Lola no podían sospechar…

¡Pero de tía Beba sí!, pensó Poliya. ¡La tía Beba conocía cada recodo del río! Podría haber guiado a los marinos a oscuras hasta la Base…

¿Y por eso en Cambaceres, hacía nomás un rato, los vecinos la habían mirado pasar como se mira a un condenado a muerte?

Ese ha sido algún vecino, despreció la madre, abriendo la bolsa de arpillera en la que tenía el tejido. Algún alcahuete.

La abuela la miró severa. Qué tenía que decir Ida de la gente de Cambaceres.

Alguno que nos la tendrá jurada, precisó Ida. Yo no me creo lo del varadero… ¡Otra excusa para meterse en casa de la gente, como cuando buscaban al aviador…!

Tota, gritó la abuela como descargándose, ¿para cuándo? Ahí voy, mamá, protestó ella en la cocina, entre un barullo de cubiertos.

*

El viento hacía redoblar las chapas; y en el viento se oyeron los gritos de María que llamaba a los perros. ¡Fido! ¡Furia! ¡Bella! Pero acá adentro la abuela seguía mirando con gravedad el mantel de hule. Porque en Eva Perón, cuando llevaba de paseo a sus nietos, la abuela les decía que no dijeran que venían de Ensenada, sino de Cambaceres —que era el nombre del barrio que rodeaba al varadero y de la familia bien que lo había fundado, amigos del Tatita—. Decía que por algo a la Base Naval los marinos le habían puesto de nombre “Río Santiago”. Que había sido un dislate ponerle “Ensenada” al Club Náutico… que por cosas como esa, le confió una vez a la señora de Ahumada sus dos hijas mujeres se habían quedado solteras.

¡Bueno bueno!, anunció la tía Tota. ¡Hacemos de cuenta que es el pícnic del 21!, y apareció animosa, cargando la bandeja.

Traía un pingüino de loza, una panera con galletas, y ese frasco en el que el río parecía haberse aquietado y dejaba ver trozos blancos de pescado entre hojas de laurel, tiritas de morrón, piedritas negras de pimienta.

¡Bonito!, reconoció la abuela, conmovida.

Así es nomás, se enorgulleció el tío Chana y se apuró a tomar del asa el pingüino de loza. ¡Receta de la Memé!

En YPF nos regalaron un frasquito así, con las *capas geológicas*,

fanfarroneó Toni. Fuimos con la escuela.

La tía Tota había pescado con tenedor los trozos de bonito y los había tendido sobre una galleta marinera. Sonriendo se la dio a Toni, como si lo premiara.

¿Y Lola, Chanita?, intervino la madre. (Porque era la tía Lola la que hacía esas conservas, me dice. Mientras la negra Virgilia salía a hacer los mandados, y barría la vereda, y daba la impresión de que los Duval aún tenían sirvientas).

En cuanto empezaron a pasar los aviones se metió bajo la cama, como el Batuque en carnaval.

Toni largó la risa y Poliya lo odió. ¡Cómo se aprovechaban de que la tía Beba no escuchaba!

Pero hoy a la mañana estaba como loca, relojeando a los chicos que hurgaban en el baldío ¡Como si hubiera caído el Cometa…!

¡Pero qué locura!, dijo la madre, ¡miren si era una bomba…!

Un cacho de fuselaje, nomás, sería, dijo el padre.

¡Lo que es *a mí!*, cortó la abuela, ¡a mí me agarró en la calle…!

¡Piiiiin!, se adelantó Toni imitando el ruido del tiro contra la campana, escupiendo una lluvia de miguitas. Toni, che, le advirtió el padre, ya te estás pasando…

¿Y Virgilia?, se preocupó la madre. La abuela torció la boca, como Ida no dejara de invitar gente a la mesa…

Allá se fue, con la tribu, contestó Chana y Toni largó una risa cómplice.

Porque un día de Navidad Toni le había preguntado a Virgilia si ella había nacido donde pasaba *Tarzán*. El padre le había ordenado levantarse de la mesa y él había obedecido; pero Beba le había traído el *Tesoro de la Juventud* y le había mostrado las islas Cabo Verde, y la ruta de los galeones portugueses que traían esclavos a Ensenada. ¡Los abuelos del Patano!, le había dicho Toni: esa era la versión que se contaba en la escuela.

Y quizá la abuela estaba pensando en lo mismo porque apoyó una mano en la mano de la tía Tota. ¿Qué hace tu hermana?, le preguntó sin voz, solo moviendo los labios. Tota miró a Poliya; y le hizo un gesto a su madre como diciendo “después te explico”.

*

¡Pajarito!, dijo el tío Chana mirando por sobre el hombro al padre que empezaba a desenvolver sus cosas. ¡Con eso sí que no te puedo acompañar!

Era la radio nacarada de la tía Beba que el padre sacaba de la bolsa de los mandados. (¡Tiabe!, estuvo por gritar, Poliya. ¿Cómo se la habían traído así, sin su permiso…?).

Yo tampoco tengo mucha idea de radio, admitió el padre. Pero tengo un cliente Mancino, radiotelegrafista de a bordo, no sé si lo conoce…

¡Mancino!, se alarmó Poliya. ¡El del escarabajo amarillo!, dijo Toni: el padre asintió.

El tío Chana lo miró con la pregunta habitual en los ojos: ¿Hijo de quién es? Ida dijo que no, que no era de Ensenada, que al pobre le desconfiaban porque había llegado al pueblo hacía muy poco, como si nadie pudiera elegir Ensenada para vivir…

Y porque es comunista, dijo el padre. Poliya recordó. Lo había visto llegar al taller, un día de verano con su cascarudo amarillo: los chicos de varias cuadras habían venido corriendo como cuando los hermanos Gálvez paraban en el taller para cargar nafta en el surtidor. Y sabía que después Mancino se había aficionado a venir a tomar mate con Gogo porque era un tuerca de alma, y un “antiperonista rabioso”, había dicho tía Beba.

También a él lo allanaron por ese asunto “del aviador”, ironizó Ida.

Un trueno explotó justo encima de la casa y se derramó a los lados. Bah, es una nube pasajera, despreció la abuela… ¡Shhhhh!, los hizo callar Toni: del trueno se desprendía el ruido de un motor. ¡Un avión!, dijo el chico. Y en el cuarto tía Beba abrió la ventana de vidrios. Salieron a la galería.

Una avioneta venía a lo lejos, oscilando como mano que dice “más o menos”.

Qué raro, acá en el campo…, dijo el tío Chana. Puf, retrucó Ida, desde la mañana ha estado llegando tropa, dijo la madre. Camiones,

un jeep, soldados.

Tendrán miedo que se les solivianten los de allá al fondo, dijo la abuela, que despreciaba Villa Garibaldi desde aquella bufonada de la tía Beba y sus amigos… O irán a la pista de la estancia, dedujo el padre, más calmo. Han de traer algún herido.

*

La avioneta ahora desaparecía entre los álamos de un seto. ¡Qué coraje, dijo tía Tota. Bah, ya pasa el mal tiempo, te digo, desestimó la abuela. El padre volvió a la radio y la madre a su tejido, y también en la pieza la tía Beba abría por fin las puertas del ropero, las cerraba a golpes, se sentaba en la cama, como preparándose para integrarse a la familia.

¿A las cinco es el informativo de Radio Provincia, doña Hortensia?, preguntó Ida.

La abuela no contestó. Miraba con sorna las maniobras del padre con la radio de Beba.

¿Cuándo habrá llegado la corriente al varadero Chanita?, preguntó, como para que Beba la oyese.

Chana tardó en entender que hablaba de la electricidad y no del río, de la inundación del 40.

No sé, ¿hará tres, cuatro años?

Por eso, dijo la abuela. Yo no entiendo qué se gana con tanto noticiero. Yo hasta que me casé no supe lo que eran noticias.

¡Pero eso fue en el año 12, doña Hortensia!, comentó la madre. ¡Antes del peronismo!

¡Y había que ver las caras de los clientes del Tata!, tronó la abuela, cuando nos veían salir a las hijas, ¡recién jabonaditas, todas hablando en francés! ¡Después de lo que habrían visto en Ensenada…!

La madre hizo a un lado el tejido y dijo que se iba a acostar. Poliya se paró de un salto. ¿A la pieza de las mujeres, con la tía Beba? ¿Te sentís mal, Ida?, preguntó el padre. No, no, dijo quejándose. Pero mentía: ella sí era de Ensenada y las indirectas de la abuela la habían ofendido.

O quizá ya no tenía nada más que preguntar, pensó Poliya y había llegado el momento de arreglar cuentas con la tía Beba. ¡Mamá, mamá, yo te voy a explicar!, hubiera querido decir. Y cuando Ida empuñó el picaporte, Poliya ya estaba atrás, ansiosa. ¡Momentito!, rogó la tía Beba. Y la madre abrió solo lo necesario para poder colar su barriga.

¡Pero Beba!, dijo de pronto y se detuvo, y Poliya la empujó sin querer. ¡Ay…, bruta!, dijo Ida volviéndose. ¡Casi me hacés caer!, y le cerró la puerta en la cara.

El padre, la abuela, Toni, el tío Chana, la miraban intrigados, y Poliya bajó la vista. Quería disimular, pero vibraba como una flor en la que acaba de entrar una abeja.

Porque había visto a la tía Beba como no había esperado verla… ¡Y con ese perfume!

*

Tota andá recogiendo querés, trató de desconcentrar la abuela. Y traé la fruta, andá. (Estaba sentada en la cama, vestida igual que anoche, me dice, con piloto, zapatos, ¡y con ese perfume! Como si tuviera que irse. Y lloraba).

La tía Beba dice que en Mar del Plata vio un barco que hiciste vos, dijo Toni al tío Chana.

¡Ah!, ¿estuvo en Mar del Plata la Beba?, se asombró Chanita.

Shhh, les habría dicho Poliya. En la pieza su madre y su tía Beba empezaban a discutir. (¡Te llevaste otra vez a la nena!, quizá le decía Ida. ¡Y a lo de esos peronistas! Hasta que no terminen en cana no van a parar. Y Beba ¿qué podía decir en su defensa?).

Dice que era una lancha de esas que llevan turistas del Puerto a la Rambla, ida y vuelta, dijo el padre a Chana, y que en una placa decía “Varadero Duval, Cambaceres”.

¿Sería la de los Villar…?, apostó Chana. ¡Qué pingazo ese barquito! ¡En mi época llevaba gente desde el Puerto hasta el Palacio Piria, ida y vuelta…! Y después mi padre lo puso cero kilómetro…

¡Y ahora Beba y su madre discutían más fuerte! Como nunca habían

discutido; o como si por primera vez discutieran… (Te aprovechás de ella porque es una nena…, le diría la madre, como decía la abuela, y se cree todos tus disparates. Y la tía Beba, ¿qué podría decir? Solo llorar, como hace un rato, por todo lo que la habían retado).

La misma abuela, que era un poco sorda, volvía a la cocina con un oído atento a la pieza. (¿No te bastó con lo que pasó en Banfield?, diría la madre…).

¡Qué viajecito nos hicimos, hermana, ¿eh?!, la interrumpió Chana.

La abuela tardó en entender de qué le hablaba.

Altri tempi, Chanita, lo cortó la abuela. ¿Usted sabe quién va ahora a Mar del Plata?

Tío Chana miró extrañado. Poliya bajó la vista. La tía Tota dijo "hm".

¡La hija de la Portuguesa!

Sí, todos sabían de Poliya más que ella misma, y que al oír aquella discusión todos pensaban en Banfield. El tío Chana dudó un momento y cuando comprendió de quién hablaba su cara se demudó.

¿Pero la conocería a la Portuguesa? ¿O hasta a él le habrían contado de la locura de Greta, esa "primera vez"?

(¡Tooooonio!, llamaba la hija de la Portuguesa prendida al alambrado de la pensión. Era chica, Greta, unos cuatro, cinco años. Tenía rulos rojos y ojos verdes que miraban fijo; pero la mandíbula parecía dislocársele en cada grito. ¡Tonio…! Y el abuelo salía del taller limpiándose las manos grasosas y la alzaba en brazos, y la abuela le lavaba las manos con alcohol y le pasaba un peine fino y la sentaba en la cocina a tomar su mate cocido y Greta después solita se colaba entre los alumnos que ya había empezado a tener la tía Beba. Nadie de la familia le preguntaba nada; pero los chicos se codeaban, se burlaban de su apellido que la tía Tota pronunciaba a la francesa, y del acento del padre que los sacaba carpiendo si los descubría espiando por las celosías de su pieza. Pero no se escapaba de su padre, Greta, decía la abuela, que era un alemán alto y educado que solo venía a las siestas de su trabajo en el puerto y era artista aficionado y hasta había pintado un faisán en la pared de la pieza y en lugar de un ojo le había pegado un rubí. Escapaba de su madre la Portuguesa que

en las nochecitas del sábado salía a pasear del bracete con la enfermera del fondo, o ponía la mesa en la vereda y tomaba una copita con algún amigo. Y quizá no los quisiera, a los Grimau, la Portuguesa; pero su casa era la única en que Greta se calmaba. ¡Porque era rebelde!, recordaba tía Beba, disculpándola. Un día en que la madre la había vestido de punta en blanco para que una tía de Campamento se la llevara a pasear, ¡Greta se había tirado a la zanja!).

Se abrió la puerta del cuarto y la madre, colorada, siguió de largo hacia afuera. Parecía haberse hartado de la discusión con la tía Beba. El padre alzó la vista, pero no se animó a preguntar. La abuela había repasado el hule y volvía a la cocina. Y de pronto también la tía Beba salió de la pieza y siguió a la galería, como para alcanzar a la madre y seguir discutiendo. ¡Vestida para salir! ¡Y con ese perfume! (*Avant la fête*, le había enseñado a pronunciar la tía Beba mientras les ponía gotitas detrás de las orejas. Era un sábado… Los padres le habían dicho que tenían que irse a Villegas; alguien de la familia se había muerto de golpe, y Poliya se quedó sola con la tía Beba que, a escondidas, propuso "una salida de chicas". Y Poliya, tan poca cosa con su vestidito y sus zapatos guillermina, toda una mañana le había mirado rizarse el pelo con una tijera gorda calentada en la hornalla, y ponerse la blusa blanca y la pollera plato y los zuecos altísimos a lo Carmen Miranda, y una pulsera gorda llena de balangandanes. ¡Pero che, qué pinta!, aprobó la Portuguesa cuando pasaron a buscarla a Greta. ¿Pero a qué hora volvemos, Bebita?, preguntaba Greta, asustada. Porque sería rebelde, decía la tía Beba, pero solo porque aquella madre, pobre, la hacía vivir en vilo…).

¡Si cae Perón se lo pueden devolver, al varadero!, gritó Poliya apostando a que aquel tema la hiciera volverse, quedarse aquí.

¡Cóooomo!, gritó la abuela que volvía por el corredor. ¿Qué dice usted, mocosa?

Y hablaba para que la oyeran desde la pieza, porque creía que Beba y su nuera todavía estaban ahí adentro.

¡Para hablar hay que saber!, sentenció y Poliya bajó la vista, acongojada. ¿Quién lo ha echado a mi padre alguna vez de algún lado?, indagó.

Bueno, Hortensia, trató de atajarla Chana, que cabeceaba de sueño. La abuela no cejó: No, es que a esta chica le han dado aires…, le dijo. ¡Se le acabó la concesión nomás…! ¡Mire que iba a deslomarse para engordar el fisco, para que paseen las locas…!

Pero ahí algún diablo metió la cola, le dijo Chana. Si no fijesé quién lo tiene ahora al varadero…

Ah, de eso pierda cuidado, Chanita, dijo la abuela y gritó como para que Beba escuchara. ¡Alguna *delegada censista*!

Hablaba de la tía Felisa a quien esa Nélida Corbacho le había ofrecido ser "delegada censista", "o alcahueta de manzana", explicaba la tía Beba. Felisa que sin embargo, como la abuela, criticaba a "las mujeres de ahora", y decía que la madre de Greta era la vergüenza del barrio… y se habría horrorizado de las chicas que aquel día alborotaban el andén de la estación Río Santiago, esperando a los cadetes que salían de franco; chicas también perfumadas y paquetas pero la tía Beba que era mucho más linda, apenas si las miraba, fingía estar atenta a la llegada del tren cuando al reconocer a Greta ellas se acercaron a preguntarle por su madre.

¿Entendido, mocosa?, preguntó la abuela pero antes de que su nieta respondiera recogió el mantel negro de hule, lo apretó contra su pecho y salió a la galería. Cuando quisieron acordar ya estaba de vuelta adentro.

¡Hijo!, gritó en voz baja, como para que no oyera Chana que parecía dormido en su silla, vencido por la mamúa. ¡*Tu hermana*!

La tía Tota alzó la vista de su bolso de costura pero no, claro que no hablaba de ella.

¡La Beba!, dijo. ¡Se va!

¿Cómo que se va?, se alarmó el padre. Salieron a la galería. La abuela señaló el camino. Poliya vio una bandada temblorosa como manos de viejo, y abajo una palmera que cabeceaba más lenta y abatida que el resto de los árboles; y al pie, sí, por la calle 7, ¡la figura de tía Beba, que se iba solita para el lado de Garibaldi! ¡Pero miren un poco, comentó la abuela, *La loca de amor*…!

El padre buscó a Ida con la mirada. La madre estaba a un costado de la galería, sentada en la mecedora, con los ojos cerrados, una mano en

la sien y la otra aferrada con fuerza a la bolsa del tejido. ¿La echaste, mamá?, pensó Poliya, ¿echaste a la tía Beba, como ayer la abuela Hortensia?

Dejá mamá, concluyó el padre, como si hubiera entendido. Ya vuelve Beba… ¿no es cierto Ida?

La madre abrió unos ojos tristes y enrojecidos, que parecían decir que sí, pero que se arrepentía.

¡Ja, eso ya lo sé!, resopló la abuela y se metió a la casa. ¡Mirá que se va a privar de hacerme pasar vergüenza!

Poliya apoyó la espalda en la pared y se dejó resbalar hasta quedar en cuclillas. ¿Vergüenza? ¿Y si la habían echado para siempre, por su culpa?

Un ruido de resortes y patas de fierro les anunció que la abuela armaba su catre para tirarse a dormir la siesta, o para hacer como que dormía. Y desde ahora habría un hilo invisible entre ella que dormía y Beba que se perdía, sola, sin el escudo de un chico.

*

(Estación Río Santiago. El silbato del tren. Las bandadas explotan en los eucaliptos, el tirón hace temblar las tulipas del vagón y caer morrales sobre las gorras de los cadetes. El tren arranca lento como las aguas del canal que corren en sentido contrario. ¡Chau!, decían aquellas chicas ruidosas a los cadetes, ¿volverían a la noche? ¿O al otro día, a la tarde? Greta hablaba de un barco que había visto caer por un tobogán al río en el cine Social, ¿ustedes no estaban?, cuando pasaron *La mejor del colegio*, y ahora el aire era picante y festivo como el champán que Perón había estrellado contra la proa, entre letras tan blancas como sus dientes: “17 de octubre”. Poliya y su tía, en el mismo asiento, miraban para afuera los botes y canoas que pasaban hacia el río. Y los sauces llorones, y los puentes, y las casas de chapa de Ensenada parecían barcos varados, parte de un mundo que ellas ya dejaban atrás. Los cadetes las molestaron al principio —envidiosos, dijo la tía Beba, de esa salida de chicas—, pero pronto vino un guarda bajando ventanillas: Señores por favor es zona militar. (¡Zas, nos vio

cara de espías éste!, bromeó Greta). ¡Estación Dock Central! Las sombras de las hojas moteaban las celosías, y un escándalo de zorras y changadores y adioses en los muelles les apretó el corazón. Subían marinos rudos, de licencia y las miraban asombrados. ¿Qué mujeres eran éstas que se iban de Ensenada? ¿Quién se murió en Villegas, Bebita?, preguntó Greta. Un pariente lejano, sonrió Beba admitiendo que ahí había gato encerrado, desafiándolas a adivinar… no por qué se habían ido, sino adónde era que iban… ¡Estación Eva Perón!, anunció el guarda. ¡Ya sé, vamos a la París!, apostó Greta. ¡No! se ilusionó Poliya. ¡Vamos al diario *El Día*! Pero la tía no se movió del asiento, y el tren volvió a pitar y a salir de nuevo al sol. A la altura de Tolosa empezó a pegar el sol y ellas se sacaron las medias y empezaron a tocarse los tobillos con la punta de los pies: porque tía Beba nunca, ni en pleno invierno, precisaba usar medias. ¡Ya sé! ¿Vamos a la República de los Niños?, apostó Greta cuando llegaban a Gonnet; a lo lejos se veían las cúpulas, los minaretes, las almenas del castillo. ¡Ni loca!, dijo tía Beba… ¿a que nos adoctrinen? Y cuando el tren arrancó de nuevo ya discutían de política, Beba y Greta, y así discutiendo cruzaron el Parque de la Ancianidad (¡Recuperado para el pueblo!, dijo Beba, ¡expropiado como el varadero!, se adelantó Poliya), hasta que el silencio del parque y del campo a lo lejos se les contagió. Más allá de su linde (Estación Hudson, gritó el guarda) ni Greta ni Poliya habían llegado nunca; y avanzar por los rieles fue como seguir una huella que Beba había abierto a solas… Pero adónde nos traés, Bebita, preguntó una vez más Greta. Ya sé… ¡a Banfield!, dijo Poliya. Tibio, tibio. Y un terremoto tartamudo hizo vibrar el vagón y por las ventanillas vieron el puente sobre el Riachuelo igual al almanaque pintado por Quinquela. ¡Buenos Aires!, pensó Poliya al mismo tiempo que el guarda proclamaba: Constitución. ¿Y a qué hora vamos a volver a Ensenada?).

*

Vamos, oyó que le decía el padre, arriba Poliya, y Poliya abrió los ojos. El padre traía en brazos la hamaca paraguaya para que ella se

acostara y uniera al resto de la familia. Y Poliya se alzó del suelo igual que la mendiga que habían visto sentada nomás al bajar del tren, bajo la cúpula de la Estación Constitución, aunque ¿de qué valía una familia sin tía Beba? (La voluntad, pedía la mendiga… La voluntad, pensó Poliya, que era lo que Beba más tenía).

¿Ya arreglaste la radio?, susurró Poliya, mientras el padre colgaba la hamaca de uno a otro gancho.

Uf, ¡sonamos…!, bromeó Toni. Porque hoy era sábado, y por Radio Belgrano se oían "Suspiros de España"…

La madre alzó la vista del tejido y sonrió apenas: a ella tampoco la llenaba la música española, era más del tango, de la orquesta de Tanturi, con la que iban a bailar al club Estudiantes, de novios, en carnaval. La música española era otro berretín que había traído la tía Beba…

El padre dijo que no, no había podido hacer andar la radio: esa batería de auto que se había traído del taller estaba casi descargada. Pero en cuanto escampara un poco iba a ver si le resultaba otra receta que le había dado Mancino.

Poliya se sentó en la hamaca de espaldas a la familia, mirando el largo camino por el que la tía Beba no volvía. Una torcaza avanzaba por una rama sin hojas, esponjando sus alas, mirando para abajo.

¿Y ya podremos tender?, se oyó la voz de la tía Tota que había aparecido en el umbral. Ya parece que escampa… Pero era solo la excusa para que la miraran. Porque ella también traía, como se lleva la bandera, de uno a otro antebrazo, un paquete de papel de estraza.

¿Lolita Torres canta *do-o-o-ó,* la interrumpió Toni, y tía Tota sonrió, enternecida. ¿Pero cómo? ¿Se acordaba Toni de las clases de solfeo que torturaban al barrio? ¡Hacía tanto que había dejado de tener alumnos de música! Tota avanzó hacia la mesa, como si fuera a ponerse trabajar. Y no, tampoco dijo nada de Lolita, porque quizá a ella sí le gustaba la música española, pero no quería hacer menos perfecta la ausencia de su hermana.

*

(Y como se encrespó el río cuando salió la Virgen a proa de aquella nave guía, me dice, y las olas recularon para el lado de Colonia (¡milagro!, decían los pescadores), así los edificios de la Avenida de Mayo parecieron retroceder cuando Beba, Greta y Poliya salieron del subte en la estación Sáenz Peña. Allá velaron a Evita, dijo Greta señalando a lo lejos la cúpula del Congreso, tanto más imponente que las de la República. ¡Y allá sale a hablar Perón!, se adelantó la tía Beba, y en la otra punta de la Avenida vieron el cucurucho blanco de la Pirámide de Mayo y la Casa Rosada detrás. La tía Beba sonreía satisfecha como si le elogiasen una comida que había preparado en secreto. Echaron a andar por las terrazas de los cafés, donde ceceaba la charla de cientos de españoles, y la tía Beba recordaba la Guerra Civil, los rojos y fascistas que se gritaban insultos de una a otra vereda. ¡Entonces yo me cruzo!, bromeó Greta, y un mozo del Tortoni, que las invitaba a entrar le puso mala cara. ¿Nos tomamos el chocolate y volvemos?, preguntó Greta, que ya no pudo dejar de mirarlo de reojo, ¿no es cierto Bebita? Pero Beba dijo que se iba a ausentar un momento y tomó su cartera y les repartió lápices y les propuso: Dibujen el Cabildo. Después cuando pasemos por ahí comparamos: la que haga el dibujo parecido tiene premio. Una orquesta de señoritas tocaba “La loca de amor…”. Poliya dijo que así la llamaba la abuela Hortensia a la tía Beba… Y terminaron el chocolate con churros y salieron a la calle. Se pusieron a hacer cola detrás de otras familias; y solo cuando la fila empezó a avanzar y dos mellizas se lanzaron a berrear “Los churumbeles” se dieron cuenta de que no bajaban al subte sino a otro café. Había mesitas en torno de un tablado pequeño. Y apenas se habían sentado cuando apagaron las luces y un piano invisible empezó a martillar una melodía que Poliya reconoció. Un reflector pintó una luna en el telón de fondo y una mujer en bata de cola chorreando como espuma roja apareció por un costado: peinetón, sonrisa y castañuelas… El Tronío se vino abajo. ¿Lolita?, preguntó Greta inútilmente, con lágrimas en los ojos. ¡Los piconeros!, dijo Poliya. Beba decía que sí con la mirada. “Para Mirta Liliana Grimau, ¡tan españolita!”, rubricó Lolita Torres en la tapa del disco; y Poliya sintió que la reconocían como parte de otra familia, no

por el gusto de la música, sino por la alegría. Españolita, pero muy patriota, comentó Greta después en Plaza de Mayo; el Cabildo era idéntico a como lo habían dibujado las dos: ¡Se merecían ahora el mayor premio!, anunció Beba. Y cruzaron la Plaza hasta la parada del tranvía. ¿Pero no se hace tarde Bebita?, le suplicaba Greta. Oh, la regañó la tía Beba, pícara, sonrojándose: ¡No me vas a decir que extrañás Ensenada…? Solo entonces les dijo que pasarían la noche en Banfield).

*

¿Quién gusta un cimarrón?, gritó Chana en el umbral. Alzaba en una mano la pava enorme y en la otra la calabacita ésa en la que la abuela se ponía a zurcir medias. Toni rio y la madre hizo a un lado las agujas y volvió a sonreír, socarrona. ¡Caramba que le ha dado al pingüino, amigazo!, dijo el padre. ¡Pero Chanita!, lo regañó Tota levantando la mirada de aquel paquete que había empezado a abrir: ¡Que mamá duerme! Paaaa…jarito, dijo el tío al verla y avanzó lentamente, como hipnotizado.

Porque entre los pliegues del papel de estraza Tota había sacado un corte deslumbrante de tela carmesí. ¡Pero qué preciosidad!, admitió Ida, incorporándose trabajosamente de la mecedora. ¡Mirá, papi!, avisó Toni. Y Tota, los cachetes rosados de orgullo, esperó a que también su hermano se acercase para empezar el número, comprendió Poliya, que su hermana Beba no le habría dejado hacer.

Era una tela que la señora de Touloupas había mandado traer directamente de Grecia, dijo Tota. ¡Caramba!, se admiró Chanita. ¿Touloupas? ¿La del caserón del puerto…? La tía Tota hizo que sí: Hace poco se mudaron al lado de casa.

El hijo se casa en diciembre, por la iglesia Ortodoxa…., dijo, y Toni largó una carcajada que Tota secundó: estaba demasiado orgullosa para retarlo por nada.

¿Y el piano, Tota?, preguntó inopinadamente el tío Chana. Tota, que ya casi no tocaba el piano, había ido especialmente a Eva Perón a comprarse la partitura facilitada de “Las ruinas de Atenas”. Y una

tardecita de verano en que había venido el Patriarca a tomar un té con la señora de Touloupas, ella, como quien no quiere la cosa, se había puesto a tocarla. ¿Y esa música?, había preguntado el Patriarca. Y así la habían mandado llamar a tomar el té con ellos, y la señora había empezado a llamarla Dorita.

*

(¿Y en Ensenada no podés, Beba?, le preguntó la tía Anita. Habían llegado de noche a su casa de Banfield, y ella las esperaba con la mesa tendida y una cena que Poliya comía como si quisiera aprender. ¿Y estos mismos buñuelos le había hecho la tía Anita al tío Pedro cuando estaban escondidos en aquella carpintería y él se moría de cáncer? De día, contaba tía Beba, el chillido de las sierras tapaba sus alaridos; pero de noche los vecinos creían oír las torturas de la comisaría de la vuelta, y no hacían más que santiguarse y tapar los oídos de los chicos… Greta no comía, rabiosa, en un rincón.

¿En el pueblo no podés?, insistió Anita y la tía Beba hizo que no, como avergonzada o sorprendida. Quizá fuera de anarquista esa franqueza para preguntar lo que en casa era un secreto.

Me la tienen jurada, a mí, en el pueblo, balbuceó Beba al fin, pudorosa. Desde el cincuenta y uno… Desde el día del comicio.

¡Dejó sin votar a veinte!, abogó Poliya. La tía Anita no entendía.

¿Y esto qué representa?, interrumpió Greta. Señalaba un bargueño que la tía Anita había hecho con sus manos; había hojas labradas en las puertas de madera roja, y entre las hojas flores delicadas, finísimas. Son madreselvas, dijo Anita, enternecida por un recuerdo. De las que había en la estación de Río Santiago…

¿Y usted vivía por ahí?, preguntó Greta, feroz.

La tía Beba la miró fastidiada y Poliya, casi para salvarla, contó que en aquel comicio la tía Beba había sido llamada a servir de presidenta de mesa. ¡En el mismo colegio en que no le dejaban dar clases…! Y una peronista provocadora se había presentado a votar con una estampita de Evita colada en la libreta cívica, y Beba le había ordenado que la quitara “porque era voto cantado”… y que eso le

había valido… La tía Anita miró para otro lado, amarga: ¿votar, un anarquista?

¿Y se llama Irosky, su hija?, interrumpió Greta, otra vez.

Porque había leído un diploma de las Academias Pitman colgado en la pared, y había descubierto sola ese secreto que la tía Beba le había revelado y prohibido decir: que esa chica no era hija de Anita y el tío Pedro, que era hija de una compañera que había parido en la clandestinidad; y como también al tío Pedro lo buscaba la policía, la tía Anita había debido anotarla con su apellido, como madre soltera.

¡Greta, por favor!, la retó la tía Beba.

¿Y ella no va a venir, no?, insistió Greta. No, la cortó la tía Anita, severa, como reparando por primera vez en el monstruo que su Beba le había traído. ¡Se ha quedado en el centro para que ustedes puedan quedarse en su camita!

Greta tuvo que callarse. Se hizo un largo silencio en que Beba comía temblando y Poliya pensaba en el destino de su tía; en la cárcel de Ensenada que la había confundido al punto de defender la democracia burguesa y confundir a Greta con alguien que podía recuperar…

La tía Beba era débil, la tía Beba estaba sola: y para que entendiera eso la había llevado a Buenos Aires y la había traído hasta aquí.

¿Y por qué no te vas de Ensenada…?, preguntó la tía Anita. Beba la miró como si no tuviera palabras para eso. ¿Por ella?, trató de alentarla la tía Anita señalando a Poliya. Y ella se levantó de su silla, se acercó a la tía Beba y la abrazó. Beba pareció obligada a decir que sí.

Ah, un chico es un escudo, ¿eh?, dijo la tía Anita, mirando aquel diploma. ¡Un chico es un escudo…!).

*

Algo la despertó en la hamaca paraguaya. El padre la tapaba con un quillango. Como un mozo que empieza a dar vuelta las sillas para que los últimos parroquianos se vayan, el viento había arreado a todos adentro de la casa, a hacer la siesta; salvo Ida que salía a tender y el padre que querría que Poliya la esperara allí, a la tía Beba, que fuera

la primera en recibirla a su regreso, que pudieran hablar tranquilas cuando todos estuvieran todavía en los cuartos. Y que por fin le explicara lo de hoy, lo de Banfield… (Y en aquella cama de la hija de la tía Anita se habían acostado las dos, cada una con la cabeza apuntando para un lado, Poliya abrazada a los pies de Greta que no dejaba de moverlos, Greta cosquilleándole los pies con el aliento entrecortado de terror, mirando la llama del candil como si con la oscuridad un pájaro pintado en la pared fuera a caerles encima. Y de pronto, en la noche, la locura, el Patano).



5

(El Patano, me dice. ¡Despertate, Poliya!, rogaba Greta, en voz baja. ¡Tu tía Beba no está! La llama del candil se sacudía y chisporroteaba en los ojos de la chica, alargaba las sombras como garras de bruja. Poliya solo podía pensar que estaba a solas con Greta, y que era ese el peligro del que las mujeres del barrio alejaban a sus hijos cuando veían pasar a Greta con su madre, la locura que la tía Beba se negaba a tomar en serio. ¿Qué es este lugar?, rogaba Greta. ¿Qué familia es ésta? ¿Por qué nos trajeron acá? Poliya no se animaba a decir "no sé". ¿Y por qué no está Beba? Y cuando quiso acordar ya iban caminando por el pasillo en sombras, Poliya sosteniendo el candil que se acababa mientras Greta en susurros le hablaba de Campamento, de mujeres que los judíos tenían encerradas para que fueran los hombres a hacerles lo que quisieran. ¿Te acordás de la rusa que apareció flotando en el Canal Oeste? ¿Y la descuartizada que alguien todas las noches iba tirando a los perros de la perrera, hasta que un gato trajo una mano tatuada y la dejó en medio del Camino Negro? ¡Todas castigadas por quererse escapar…! Pararon junto al teléfono y Poliya temblaba oyendo a la operadora que pedía más detalles y Greta que no se animaba a subir la voz. ¡Se la llevaron, señorita!, explicó, y una gota ardiente de vela se le pegó en la mano y el candil cayó escandalosamente al piso. ¿Pero quién anda ahí?, se alarmó la tía Anita en su cuarto y encendió la luz en el mismo momento en que Greta colgaba el tubo y Beba entraba de la calle, vestida de punta en blanco, ¡y con ese perfume! ¡Mi mamá, Bebita!, suplicó Greta, lloriqueando. ¡Mi mamá está sola, en Ensenada! (Pero ¿mentía?, se asombró Poliya. ¿O la luz había aventado sus delirios?). La tía Beba y Anita se miraron alarmadas: oh, claro que entendían qué le pasaba a Greta, pero era de esas cosas que había que ocultar hasta de quien las vivía. ¡Pero qué grandulona!, rio la tía Anita y la empujó a la cocina, a

lavarse la cara y a tomarse un té. ¿Le parece bonito, a su edad, creer en el Patano?).

*

¡Berto!, gritaba Toni en algún lugar del viento. Poliya saltó del coy y lo dejó pendulando. ¿Y la tía Beba? (No le vas a contar a nadie, ¿no?, le había pedido Beba aquella noche. Poliya había hecho que no con la cabeza: no se animaba a decir que no había entendido mucho de lo que acababa de pasar; y hubiera sido una vergüenza obligarla a explicar). El viento sacudía ramas, hacía rozarse hojas. La estrella del molino giraba y rechinaba como la hélice de un gran motor enterrado, y al pie del molino el padre trajinaba con sus herramientas. ¿Y Perón? Poliya se escurrió a la casa y al baño —"ocupado", advirtió la madre —. Sobre la mesa la tía Tota recogía sus tijeras, sus tizas, sus alfileres. Los postigos se abrían y cerraban a golpes. De espaldas a la puerta la abuela se clavaba horquillas en la nuca. ¿Tantos repasadores había cortado mientras Poliya dormía?

¡Bueh, apareció la perdida!, dijo la tía Tota y la abuela, que no podía verla, congeló sus dedos sobre su pelo blanco. Traele la leche querés, castigó a la tía Tota cuando al fin entendió que no era Beba. Y Poliya culposa —por qué culposa— se sentó ante un trozo de papel de estraza sucio de leche y migas sobre el que Toni acababa de tomar la leche. ¡Eh, Berto!, se lo oía gritar ahora, afuera, para el lado del corral. ¡Dale! ¡Me toca a mí! De los seres pequeños, Toni era el único sin miedo a la tormenta.

¿Así que fueron de Felisa esta mañana?, dejó caer la abuela. Poliya la miró sorprendida y eso bastó como respuesta. Aj, se lamentó la abuela, y con un pañuelito se secó la nariz y fue a cerrar la ventana como para ocultar lágrimas. ¡Ay, pobre abuela!

(¡Beba!, gritaba la abuela desesperada en el andén de la estación Río Santiago. El tren volvía reptando a su punto de partida. Uno de los cadetes que regresaban a la Escuela se burló de esa vieja que buscaba a una beba entre el mar de chaquetas blancas, de gorras y birretes y martingalas. La tía no respondía, desconcertada. ¿Y tu madre,

Margarete?, preguntó don Kulhau cuando vio a Greta en el estribo y Greta arrancó a llorar como si él le confirmara lo que más había temido. Pero ¿cómo se te ocurre llevarlos con aquella mujer?, dijo la abuela a Beba cuando la divisaron. ¡Nos avisó la policía! Y entonces los padres de Poliya aparecieron de atrás de un alambrado todo cubierto de madreselvas y la arrancaron del andén y sin siquiera despedirse de la abuela y la tía Beba empezaron a volver por calles que nunca tomaban. Estaban cansados y sucios, ¿por el viaje de vuelta de Villegas? No, le confesó la madre, como quien castiga. No nos fuimos a Villegas, tonta… ¡nos mudamos a la casa nueva! Por suerte ya no vamos a vivir con esas locas).

La tía Tota volvió con un jarro de mate cocido y un pan de esos que hacían los tanos en su horno de barro. El techo retemblaba a cada embestida del viento. ¡Toni!, gritó la madre que salía del baño con gesto de terror. Poliya aprovechó y fue a encerrarse en el baño. ¿Y Toni?, oyó que preguntaba la madre. (Toni que el día de la mudanza iba y venía de la casa al camión, acribillando de preguntas a los grandes, burlándose de Poliya a la que la tía Beba había tenido que llevar engañada quién sabía dónde para que no los molestara con sus berrinches…). Con los hombres estará Toni, se desentendió la abuela. ¿Con qué hombres?, se espantó la madre. La abuela no contestó. Si los demás no le decían adónde había ido la tía Beba ¿ella por qué le iba a responder? Pero la Ida, ¿sabría?

¡Toni!, gritó la madre, ¡vení a ayudar querés, que tengo que sacar la ropa! Y salió a buscarlo.

¡Voy yo!, anunció Poliya saliendo del baño. Y tomó el canastón de la Panadería Gómez que el chico no podía abarcar con sus bracitos. ¡Pero nena!, protestó la tía Tota, tenés el mate servido… ¡Son locas, dejá!, le confió la abuela. ¡A quién se le ocurre tender con este tiempo!

*

El viento era tremendo; y la ropa colgada daba brazadas locas, como pidiendo auxilio. Ida avanzaba renegando, con una mano en la cintura y la otra haciéndole visera. Buscando con la vista a su hijo

perdido. (Toni que había adorado aquella casa nueva, a los chicos de la cuadra que habían venido a verlos descargar los muebles y ahí nomás lo habían invitado a jugar. Pero Poliya había odiado las paredes de ladrillos, el piso de baldosas que no era necesario pisar en puntas de pie cuando los otros dormían cada uno en una pieza, como vacas que van en vagón al frigorífico, su camita camera de la que no podía pasarse a la de la tía Tota para que le quitara el frío, ni la de la tía Beba para que le explicara ¿Qué había pasado en Banfield, verdaderamente, aquella noche?).

¡Se viene el agua de nuevo, don Emilio!, gritó la madre, cautelosamente.

¡Se viene!, repitió el tano y señaló el corral: por atrás de unos álamos, en lo alto del tordillo que Berto llevaba de la brida, Toni apareció cimbrando de felicidad.

La madre iba a gritar pero temió distraerlo y se volvió a sacar una bombacha de la soga, ponderó su humedad contra un cachete y la metió discreta en un bolsillo del delantal. (¿La tía Beba te dijo dónde fue?, hubiera querido preguntarle Poliya). Y la madre arrancó un camisolín de Beba y lo estrelló contra el fondo de la canasta, como indignada de guardar un secreto que no fuera la cara del bebé.

¡Ave María Purísima! Chana había aparecido allá en la galería abombado por la siesta, el pelo recién peinado, lamido y pegado al cráneo. La abuela apareció tras él a mirar a lo lejos, para el lado de Garibaldi. ¡Acá sí que se respira *l aria frisca*!

¡Chanita! ¡Mirá!, gritó Toni en la montura del tordillo que trotaba solo, en círculos. Por hacerle señas con la mano el chico se desmoronó y Berto lo atajó en el aire. ¡Toni!, gritó la madre.

¡Epa, amigazo!, se asustó el tío Chana y se apuró a venir a ayudarlos. La abuela vino detrás como sin darse cuenta, hundida en su preocupación.

Qué cuenta esa madre, dijo Chana cuando llegó al lado de Ida y le arrancó la canasta a Poliya.

¡Acá, Chanita!, dijo Ida, furiosa. ¡Rogando que no nazca!

La franqueza los dispersó. Poliya se escabulló detrás de la letrina. La abuela se deslizó detrás de una frazada que habían colgado a orear, y

empezó a pegarle con un palo, para sacarle los bichos. Vagamente el tío empezó a hablar de Lito, que había pateado en la panza…

Será un varoncito nomás, dijo el tío Chana. ¿No le parece, hermana?

Bah, despreció la abuela, descorriendo un extremo de la manta, y ordenándole con un gesto que tomara el otro extremo para ayudar a doblarla. Chana dejó la canasta en el piso e Ida protestó.

Eso ya viene en la sangre, sentenció la abuela, y empezaron a doblar la manta a dúo, con ademanes de danza criolla. En diciembre del 13, la Tota. Dos años después, el casalito… Y en el veinte, dijo tras una pausa… como si hablar de la tía Beba le doliera, ¡la sorpresa!

Ida, entre un alboroto de ramas y palomas, había alzado la canasta y se volvía hacia la casa, ladeándose como una moto con sidecar.

¡Patrona!, se arrepintió el tío Chana. ¡Si precisa algo…!

Ida se dio vuelta y con la cabeza señaló a su marido, que estaba al pie del molino.

Sí, sí, admitió la madre, acá Gogo le va a decir… ¡Toni!, gritó por última vez.

Pero el chico había desmontado y se metía contento en el rancho de los tanos.

¿Y adónde va a tener familia, la Ida?, preguntó Chana a la abuela.

En Berisso, dijo, mirándolo fijo, apretando la manta ya doblada contra el pecho. ¿Se da cuenta? ¡En *Berisso*!

¡Pero en el Policlínico de Berisso atiende el doctor Ingratta!, hubiera querido decir Poliya.

Y además ¿qué sabían ellos de Berisso, de lo que la tía Beba le había revelado de Berisso, de aquello que Berisso podía hacer a un corazón para volverlo parte de otra familia, encontrarle otra fraternidad? La pobreza, la enfermedad, la violencia, todo eso que la abuela y el tío Chana detestaban, en Berisso eran sagradas.

¿Y por acá no habrá ninguna comadrona…?

¡Pero claro!, protestó la abuela. ¡Qué tanto escombro! ¿Cómo nacimos todos nosotros, me quiere decir, allá en el varadero?

Todos, pensó Poliya, menos la finadita Paz, la hermana mayor que ninguno de ellos había conocido porque había muerto a los días de nacer… Esa hija que el cura de Ensenada no había querido bautizar y

a la que sus padres habían querido sepultar ahí, entre los juncos del varadero, donde los Cambaceres tiraban huesos de vacas. ¿Y por eso la tía Lola tenía esa cara de horror en la foto, sobre el puente de soga que cruzaba el juncal?

*

Brazadas de viento barrían las ramas y el roce de sus hojas era ya un sonido de agua. Apretando la frazada contra el pecho la abuela volvía a la casa. El tío Chana la siguió por el caminito de escombros pero a la altura del molino se desvió para ir a donde estaba el padre. Poliya apenas se movió: de ahí podía escucharlos y ver si por el camino volvía la tía Beba, apurada antes de que se largara a llover. Una vez más, tía Beba, dale, rogó, una vez sola explicame. (¿Por qué había caído la policía a casa de la tía Anita, justo cuando ellas tres tomaban por fin el tren de vuelta a Ensenada? ¿Fue por culpa de Greta, de esa llamada extraña que al fin la telefonista había logrado descifrar y denunciar a la comisaría? ¿Y por qué desde aquel día los saludaban apenas, Greta y su madre, y hasta la tía Beba venía mucho menos a la casa? Y era verla llegar a la calle Don Bosco y sentir que el secreto crecía entre las dos como el cáncer en el pecho de la tía Celia, que a todos ensombrecía pero del que nadie hablaba. Y que esa herida secreta, esa fragilidad de la tía Beba que la tía Anita le había obligado a mostrar, seguía ahondándose ahora que ya no tenía el escudo de un chico. Eran los días del petardo en el acto peronista de la Plaza de Mayo, y de Perón que en venganza mandaba a incendiar el Jockey Club, la Casa del Pueblo —¡con esa biblioteca!— ¡la próxima vez, el Barrio Norte! Y Beba parecía traer su resplandor en los amargos ojos negros, con el brillo de incendio del cielo de Ensenada).

¡Ah, bueno!, improvisó Chanita. El padre, apurado por la ventolera, tapaba con una chapa aquello que había estado haciendo, y le ponía ladrillos encima. Chana recorría con la vista un cable que salía entre los volados del zinc y trepaba por el molino hasta perderse entre las aspas. Este ventarrón ayuda ¿no?

El padre dijo que Mancino le había dicho “veinticuatro horas, por lo

menos"… así que hasta mañana… ¡Mañana!, parecieron pensar todos. ¡Cuántas cosas podían pasarle a la tía Beba!

Bueno, me decía la patrona que usted…, dijo Chana.

Sí, sí, ya voy, contestó el padre, y empezó a recoger las herramientas y a tirarlas en su valijín de lata. El tío parecía desvalido por no entender qué se planeaba.

¿Ya habrá hablado el que te dije?, se aventuró Chana: pero hablaba de política con la misma aprensión que de los partos.

Qué esperanza, Chanita, despreció el padre y cerró el valijín de un golpe. Está haciendo como el 17 de octubre… se borra para que el rebaño ruegue por su vuelta. Y entonces vuelve y nos la da con todo.

¡Compadrón…!, comentó Chana, como culposo. Pero quién sabe si a nosotros nos puede hacer algo, ¿no?

El padre le echó a Chanita una mirada amarga. (Quién sabe si no se ha vuelto medio peronista, él también, decía la abuela. Por algo la negra Virgilia nunca opinaba en la mesa).

¡A *nosotros* seguro que no nos va hacer nada…!, desafió amargamente el padre.

Pero a la Beba…, completó el tío. Y el padre, como si tampoco él pudiera resistir nombrarla, empezó a volver hacia la casa.

Algo cimbró a lo lejos como una llamarada: una chapa desprendida de algún techo que venía revolando, leve como una estampilla. ¡Pero eso te degüella a alguno!, salió a gritar la abuela, y cada tanto miraba el camino por donde se había ido su hija. ¡Toni!, salió a gritar la madre.

¡Mirá, Chanita, mirá…!, gritaba Toni que venía corriendo con una jaula hecha de ramitas de parra. ¡Me la hizo Berto! ¡Toni!, gritó la madre, ¡métase adentro, ya!

Gogo, hijo, ¿entonces vas?, gritó la abuela. El padre no contestó pero fue a descolgar de un clavo las llaves del camión.

¡Le voy a robar el bólido, tío!, anunció el padre a Chanita que iba escoltando a Toni hacia la casa. Poliya corrió a escondidas y se subió al asiento de adelante.

¿De veras no quiere que lo acompañe?, insistió Chana.

El padre subió al camión y si se sorprendió al verla allí a su hija, ya

no tuvo fuerzas para echarla. Después de todo, ¿qué tenía de malo guarecerse allí de la tormenta, ir con su padre a buscar una comadrona por el campo?

Arriba reventó un trueno y se derrumbó largamente a los costados.

¡Gogo, hijo!, reclamó de nuevo la abuela desde la galería. Miraba el cielo con horror, como temiendo que de las nubes salieran más bombarderos.

Hasta que las primeras gotas empezaron a caer y como quien dice ahora o nunca la abuela se largó a venir a saltitos. Poliya se apretó contra el respaldo. ¡Ay, que no la viera! La abuela llegó al camión y metió la cabeza por la ventanilla, como para que nadie más la oyese.

Hijo, te fijás si la ves, ¿no?, rogó. Y solo entonces reparó en Poliya y dio un respingo de dolor: ¡Ah, esa nena traidora!

El padre dijo que sí, claro mamá. Pero sonaba descreído. La lluvia empezaba a caer toda junta.

Dios mío, qué locura, dijo la abuela, volviéndose adentro. Y esta loca es capaz de haberse ido a Mar del Plata.

*

La lluvia caía en masa, maciza, masivamente; la tormenta era como un duelo entre el cielo y el campo, en el que daba miedo o pudor interferir. El padre asomaba la cabeza para enfilar las ruedas por los caminos de escombro que él mismo había ido dejando a lo largo de los años, y hacía girar el manubrio con gestos de timonel. Pero ¿a Mar del Plata? ¿Se habría ido a Mar del Plata, la tía Beba? Cuando llegaron a calle 7 y el túnel de casuarinas los acogió, el padre tomó para el lado de Garibaldi y por fin subió el vidrio. Desde ahora avanzar sería un asunto horizontal: el camión coleaba a derecha e izquierda lo mismo que un cedazo que quisiera escurrirlos al camino.

¡Ay si la tía Beba hubiera podido ir con su papá! Aunque qué poco puede un padre, en estos tiempos, había dicho Ida, cuando lo de Martita… (Por Dios, qué irresponsable ese hombre, le había replicado la abuela. Dejar sola a una nena, en su auto y en una noche así… Se ha sentido descompuesto, doña Hortensia, lo disculpaba Ida. Es un

hombre muy enfermo, confirmó la tía Beba, que había escrito varios artículos para el diario de Katz; y tendría las tripas revueltas después de lo que venía de ver. Porque el PC había organizado un “velorio simbólico” del Dr. Ingalinella, muerto por la tortura en una comisaría de Rosario: toda una noche en vela, en la plaza San Martín; y el señor Ambrosio Katz, dueño de *El heraldo de Ensenada* después de tomar sus notas y hacer alguna entrevista había pasado a buscar a su hijita por una guardería de la colectividad; y mientras volvía a Ensenada por el Camino Negro —ah, lo había contado tantas veces— había debido bajar del auto, no sin antes hacerle a Martita mil recomendaciones… que no habían servido de nada: al volver, minutos, segundos después, la nena había desaparecido…). De un rancho salió un paisano a vaciar la calabacita del mate: habría oído llegar el camión entre los mil ruidos de lluvia, y los miraba fijo, desafiante. ¿Y no la tendría allí, encerrada, a Martita? (Durante varios días la cara de la nena judía había aparecido en la tapa de los diarios; el país entero seguía los pasos de aquel viudo enloquecido que buscaba a su nena por el bosque de eucaliptos, por las aguas del dique, y hasta en los andurriales del barrio Campamento… Pero después la furia de Perón —¡por cada uno de los nuestros caerán cinco de ellos!—; y de la suerte de Martita solo se acordaron los chicos, de día en los recreos, de noche en sus camitas. Que Martita de miedo se había bajado del auto y se había perdido en el bosque y por buscar a su padre había dado con la perrera y que esos perros cebados de mujer habrían devorado; o que el Patano, al ver frenar el auto entre los árboles, se la había llevado y ahora la tenía guardada en Campamento, junto a las otras locas, pensaba Poliya, para que fueran los hombres a hacerles lo que quisieran…). Porque Greta estaría loca; pero Poliya solita se había dado cuenta de que mucho de lo que había dicho era la pura verdad. ¿O por qué se sonreían los varones cuando pasaba la tía Beba? ¿O por qué se miraban cómplices cuando veían a la Portuguesa salir muy del bracete de la enfermera del fondo? Y hasta Poliya los descubría mirándole el pecho, por mucho que aflojara la pechera del overol… (¡Cualquiera de estas noches nos las caza el Patano, parecían pensar los hombres… Cualquiera de estas noches las vemos en Campamento!).

El padre miraba el final del túnel de árboles y cada tanto daba un respingo, como si divisara a alguien que venía… Sí. Todavía confiaba en volver a ver a la tía Beba. Y Poliya, por eso, también creía verla salir cada tanto de entre totoras y penachos tan altos como ella, pero eran juegos de una luz que ya tenía el mismo color de su impermeable. ¡Qué infames!, dijo el padre de pronto, y frenó tan bruscamente que el camión se ladeó y patinó unos metros. Poliya no podía ver lo que él veía, al otro lado de la calle, pero comprendió que habían quedado justo frente la ermita. Y cómo ¿no la había visto nunca el padre, con su Virgencita en lo alto y su poyo de piedra maciza y su alerito para descanso de caminantes? ¿No había leído esa placa de bronce que recordaba al muchacho que había caído allí? Ah, tenía el mismo apellido que nombraba a estos confines y una fecha reciente, pero que ya se sabía los tanos no olvidarían jamás, como si solo entonces hubieran llegado a América. (Un *ubriacco*, había pensado don Emilio al verlo venir a lo lejos, tambaleándose, por la calle 7; y Fido, Bella y Furia habían corrido a chumbarlo y él, como dándose por vencido, cayó por fin al barro. Cianuro, explicó la tía Beba a Ida como quien recurre a otro idioma para que los chicos no entiendan. Pero Poliya había corrido a buscar "cianuro" en *Mi primer diccionario*. Y un sábado en que ella y tía Beba salieron a juntar hojas para hacer un herbario pedido por la maestra vieron llegar una señora comandando una cuadrilla de albañiles que bajaban una Virgen de un camión. Comprendieron. Y para no molestarlos se habían desviado por un atajo entre árboles que iba hasta la pista; y cuando volvieron más tarde, cargadas de hojas rarísimas, la tía le había hecho arrancar una hoja de la ofrenda floral. En medio del compendio de las hojas del mundo, la maestra había visto esa hoja tan rara, y le había puesto un diez). Poliya miró aquel atajo que terminaba en la pista, donde ya habían crecido cardos tan altos como ella. No, la tía no habría podido pasar por allí, hoy… Poliya empezó a arrepentirse de haber venido con su padre.

El túnel de casuarinas los echó a un campo raso, como fondo de río, completamente desierto salvo por aquella avioneta rodeada de soldados. El padre avanzó unos metros como desentendido; pero en

cuanto oyó un silbato frenó y se volvió hacia Poliya y la agarró por los hombros y la obligó a mirar ella por la ventanilla. ¿Y? ¿La ves, a tu tía?, le exigió, como si él solo no hubiera podido distinguir a Beba a lo lejos, como si ella tuviera una capacidad de verla parecida a una culpa. ¿La ves a tu tía Beba? Pero ella solo veía soldados que agitaban los brazos, unos para ordenarles que siguieran camino; otros para exigirles que se quedaran allí. Cómo miente tu tía Beba, ¿eh?, dijo el padre por fin, retomando la marcha… Cómo miente. Y entendió que Beba le había dicho que vendría hasta allí, hacía ya cuatro horas, y que por eso estaban tan preocupados por ella. ¿Se habrá ido a Mar del Plata?, preguntó Poliya. Nah, apostó el padre. ¡Esta se volvió a Berisso!

*

(A Berisso, había dicho la tía Beba, me dice. ¿Te parece?, había dicho mi mamá. Vamos el sábado. Ahí quién nos conoce. Decimos que soy maestra y que vamos a preparar el trabajo de Educación Moral). ¿O es mentira? Y habían salido temprano, Poliya, Toni y Lindita Rosa, con un frío tan grande que parecían escondidos entre gorros y bufandas. Los obreros del Swift que cruzaban de Ensenada los ayudaban a subir a la lancha como artistas al exilio. Quién sabe si sus hijos no les habrían contado. El sol salía por detrás de la mole del Swift, la lancha viraba y avanzaba apuntando al vacío entre dos buques en el muelle de enfrente. Toni en la popa bajó la vista y dejó caer una mano al agua: un ala de mariposa pareció abrirse del bote. ¡Toni!, hubiera gritado la tía Beba, ¡asqueroso! ¡No toque esa inmundicia! Pero la pena por él cerraba la garganta. (¡Esa señora de Mercadante!, me dice, ¡Inspectora General de Escuelas!). La inspectora había entrado al patio cuando ellos caminaban de la mano de la portera. ¿Y esos tres que deambulan?, preguntó muy gallita. No tienen religión, le dijo Julia Mora, que sería peronista, pero los conocía de chicos. A ver usted: ¿qué va a pasar en marzo?, gritó viniendo hacia ellos; y la portera les soltó la mano. ¡Hay elecciones a vicepresidente!, recitó Poliya, y Toni y Lindita Rosa se apretaron contra las tablas de

su delantal. ¿Y quién es el candidato del partido justicialista? A ver usted, y miró a Lindita antes de que Poliya pudiera responder. ¿El General Perón?, improvisó la nena. ¿Ah sí?, ironizó la señora. ¿Y entonces quién es nuestro presidente? Ahora usted, caballerito, dijo mirando a Toni. Desde las ventanas de las aulas los chicos católicos lo miraban dudar, mirar al piso, compungirse, era el *auto de fe* que esperaban hacía tanto. ¿A quién votaría usted, diga, al menos? ¿A quién vota su padre? (Pero eso no se pregunta, se espantó Poliya, eso es voto cantado). Y Toni se largó a llorar y la inspectora, enfurecida, había jurado volver a tomarles examen porque "¡el pueblo no paga para que estos tomen fresco!".

La sombra del petrolero engulló a Toni y después a la lancha toda y el botero gritó y los pasajeros se pararon; y mientras acostaban el muelle de Berisso esperaron que la tía Beba agarrara de la mano a Lindita, y Poliya a su hermano, y se apartaron de nuevo, para dejarlos pasar y subir la escalinata… La tía Beba les calaba los gorros, apretaba sus bufandas, les subía las medias, mirando cada tanto para atrás, para el lado de Río Santiago y la boca del río abierto. ¡Mirá Toni!, dijo Lindita Rosa sobre las piedras del muelle, señalando la chimenea del Swift; ¿lo viste en el cine? Toni dijo que sí, el día que la abuela Hortensia los había llevado a ver *El pájaro loco*. El dueño del Cine Social había pasado tres veces aquel número atrasado del noticiero que le traía más público que Lolita Torres. (*Sucesos argentinos*, decían las letras blancas sobre aquella chimenea como un alto pincel que pintaba con humo). Y los espectadores tardaron en entender que aquel tren que cruzaba viboreando la pantalla era el mismo que oían traquetear sobre durmientes, cada noche, y que en él venían las vacas que inquietaban de lamentos las noches de Ensenada. (¡Mirá, el tío Manlio!, se le escapó a Nydia Suescún y la madre le hizo "shhh" cuando el resto del cine ya empezaba a aplaudir. (Porque nunca veíamos por dentro los establecimientos en que se perdían los hombres, me dice). Y una vaca subía por una rampa empinada y el tío Manlio le daba un mazazo en la nuca que la volvía un guiñapo que caía y resbalaba por otro tobogán. Y al pie del tobogán cuatro hombres de guardapolvo blanco esperaban como cuervos. Y en el

plano siguiente el tío de Betty Pallanza colgaba de un riel alto una res desollada que dos hombres de espaldas —¿los hermanos Dalmónico?— llevaban empujando a una heladera alta como una catedral. Todo el cine gritaba, aplaudía festejaba. Pero ahí en la pantalla nadie se reía; no tenían la alegría insana del ocio, decía el *speaker,* sino esa felicidad del trabajo, de haber encontrado una función en la colmena que les había dado Perón).

Caminaban hacia la salida del puerto, se cruzaban con obreros iguales a los de esa película. Pero en colores la vida se veía y el marrón de los pastos, y esas manchas de sangre en el delantal de una mujer que llegaba retrasada y que pasó sin mirarlos, hacían que se sintieran en una película tan larga que todos la habían dejado antes de terminar. "¡Berisso!", decía un pasacalle sobre el puente que los dejó al comienzo de la calle Montevideo "¡aquí nació el 17 de octubre!". ¿Y acá te traía el abuelo?, quería preguntar Poliya, solo para que Beba se sintiera menos sola con sus recuerdos. Porque el abuelo había venido durante años a Berisso, a arreglar los motores de los barcos ingleses (en el taller colgaba enmarcada una carta del rey George agradeciéndole por haber sacado de un brete al Plymouth) y Beba aprovechaba para hacer en Berisso sus prácticas de Asistencia Social. Ahí le pusieron Rosa a mi abuelo, dijo Lindita a Toni, señalando el cartel "Migraciones", y Toni se rio. Nuestro apellido es Rosen, dijo ella ofendida, somos alemanes del Volga. Y todos los días esos barcos que se habían ido llenos de vacas muertas, volvían cargados de gente. (La resaca social de cien naciones, recitaba Ruggero en todos los cumpleaños). Desde acá los veías, dijo la tía Beba, sobre el horizonte del río, amontonándose en cubierta. Y Poliya creyó ver a los abuelos de Lindita mirando hacia la costa, los barracones lúgubres de los dos frigoríficos, los costurones de sangre que les llegaban en las olas como advertencias en un idioma bárbaro que no sabían leer. ¿Y sería el fin del mundo aquella tierra argentina, o era el centro secreto en que habitaba Dios, y eran ellos los que habían vivido siempre en un confín de ignorancia? Si pasaban la aduana se refugiaban ahí, en aquellas conejeras, en aquellos conventillos, señaló Beba: la calle Nueva York. (Y habló de hileras de ratas que iban y venían por las sogas de amarre;

de filas de mujeres que esperaban con baldes tras una única bomba de agua; de fondas y tugurios donde todas las noches mataban a alguno). Y ya al día siguiente de bajar del barco se presentaban a pedir trabajo en las puertas del Armour o del Swift. Había muchos que ya nunca más salían de ahí, dijo tía Beba, de las dos o tres cuadras que rodeaban el puerto. Quizá porque tantos idiomas se oían en el barrio les hacían creer que aún seguían en viaje; quizá porque tenían miedo de ese dios sanguinario que acechaba tierra adentro, que noche tras noche subía vacas a trenes y las mandaba al matadero; o tendrían miedo del pueblo que adoraba a ese dios. Y solo los domingos salían a los templos que pespunteaban la calle Montevideo, (el antiguo "camino de la muerte" por donde carretones llevaban a la balandra los restos incomibles) a rogar fuerza o valor para el día que ese Dios criollo apareciese. Solo que una noche no vino Dios, oh, no sino un disfrazado. ¿Pero cómo hubieran podido distinguirlo?

A dos cuadras del puerto, por esa misma calle Montevideo, la tía y los tres chicos llegaron a una esquina de chapa con una puerta en la ochava y en lo alto ese escudo que la tía Beba se negaba a ponerse en la solapa. (¡Qué valiente!, pensaba yo, porque a nosotros los chicos era verdad que no nos conocían. Pero a mi tía Beba, después del 17 de octubre, ¿quién la olvidaba?). Tres tipos que tomaban mate sobre un largo mantel con los colores de la bandera argentina, los vieron entrar y se cuadraron. La tía Beba dijo que era maestra en Ensenada y quería que les explicaran la plataforma electoral. Y cargados de folletos salieron a la vereda, a esa Montevideo que ya empezaba a agitar el griterío de los potreros, la letanía de los pregones, el parloteo de los viejos que salían a hacer mandados. Al llegar a otra esquina Poliya miró atrás y vio que en la Unidad Básica seguían los matones, intrigados. Ja, dijo tía Beba, a casa de alguno de estos habrá venido esa noche, aquel Disfrazado. En alguno de esos mismos trenes de ganado vendría, imaginó Poliya, como Harún Al Rashid vestido de linyera. Alguno de esos matones lo habrá visto lanzarse del vagón en un sitio combinado y lo habrá guiado por las calles iluminadas a fuego hasta colarlo en una casilla donde ya lo esperaban los obreros. Y de pronto se quitó su capa de arpillera y a la luz de las velas centellearon

los birretes y botones de su Uniforme de Gala, y su sable famoso, y esa sonrisa de rufián que copiaba de Gardel. Y los más pobres del mundo se sacaban las gorras, bajaban la cabeza, daban un paso atrás. (¿Y Evita venía también?, preguntó Poliya. Bah, despreció la tía Beba. A ésa todavía la tenían guardada, y Poliya pensó en el barrio Campamento: había oído decir que Evita era una loca, y quizá Perón la había rescatado de ahí). Y el Coronel se sentaba en una calavera de toro, tomaba con gusto el mate que le ofrecía Cipriano —un compadrito que fue su mano derecha hasta que empezó a hacerle sombra y Perón lo mandó capar como a ternero con ínfulas— y pedía que de a uno empezaran a contar sus males. A ver, dijo Cipriano, quejesé nomás amigo. Denuncée a esos judíos. Que lo sepa el Coronel.

A menos de media cuadra divisaron con alivio el cartel discreto del Comité Irigoyenista: la tía Beba había dado clases en "La hora del deber" en la Casa Radical de Ensenada. Y era cierto que los detestaba, a los radicales —a ese doctor Seabra que quería rapar a los niños antes de dejarlos entrar, y hacía esperar a los padres en la vereda de enfrente, y echó a Tota Bischoff cuando descubrió que era comunista —, pero los radicales de Berisso sabrían todo aquello que Beba contaba, y de cómo los peronistas habrían desarmado a punta de pistola a todo otro partido que quisiera ayudar al pueblo, sin engaños. Hable, compañero, repetía Cipriano, cuéntele al Coronel Perón. Y al principio los pobres no entendían tanto honor, si Perón quería usarlos de bufones, o pedirles cuentas por algo. Hace treinta años que salgo de noche del frigorífico, señor, se atrevió por fin uno, y una lituana se santiguó, porque casi no entendía español pero reconocía el tono y la facilidad de una plegaria ya rezada mil veces, y no sé si al día siguiente me van a tomar, si el día de mañana ha de ser el último y empezará una vejez sin sostén ni cobijo… Y el Coronel Perón ordenaba a Cipriano que apuntase en un cuaderno, a la luz de un candil, y decía: "Siguiente". Mi Coronel, se animó una mujer, no vengo a pedir por mí, sino por nuestros niños, y era una mujer criolla y exaltada, esa Nélida Corbacho, trabajamos de sol a sol, como decía el compañero, y de sol a sol nuestros hijos quedan solos, en casa. ¡Una vez que se salió el río veíamos pasar flotando las cunitas… la

desesperación! Y Cipriano volvía a anotar, y ordenaba: “Siguiente”. Y al otro día Perón les respondía, no con palabras, no, como responden los hombres, sino con leyes, como responde Dios, desde el despacho que tenía en el Ministerio de Trabajo. ¡Pero esas leyes que eran todas nuestras!, dijeron en el comité del Partido Socialista. ¡Claro que sí!, se le escapó a la tía Beba, dejando caer su máscara neutral por primera vez en ese día: porque estos socialistas, decía la tía Beba, serían unos traidores… ¡pero bien que conocían los sueños de don Alfredo Palacios…! ¿Y cómo hemos de pagarle, mi Coronel?, preguntaban los pobres, al fin de cada reunión. Sean mis predicadores, respondía el Coronel. Que mañana seamos aquí, en esta casa, muchos más. Y si alguna noche no vengo, si caigo en el combate… (¡No! ¡No!, decían ellos, horrorizados). Salgan de este confín, anímense, conquisten… ¡hagan por mí la América…!

Era casi mediodía cuando Poliya, Toni y Lindita Rosa, cargados de tesoros que refregarle por la cara a la inspectora, pegaron al fin la vuelta para el puerto de Berisso. La sirena del Armour tocó a sábado inglés y entre las voces de los obreros que volvían a sus casas se oyó vibrar el silbato de un petrolero que iba entrando en la rada. ¡Al fin!, suspiró tía Beba, como si ahora fueran a fugarse a Europa. Pero al llegar al puerto entraron en un bar, se acomodaron los cuatro en un cubículo del “Reservado para familias” desde donde se veía el muelle y los trajines navales. Toni y Lindita desplegaron su cosecha —boletas electorales, afiches, estampitas— con la alegría de quien arma el mejor de los herbarios (¡ah, qué podría preguntarles la inspectora que no estuviera allí!), y Beba miraba la lenta aparición de los remolcadores, la tensión de los cabos y allá arriba, por fin, la quilla portentosa del nuevo petrolero. Y Poliya la miraba, porque sabía que aún faltaba la última lección… ¿Es el Islas Orcadas?, preguntó Beba ansiosa volviéndose hacia el mozo, y el mozo sonrió enigmático. Campanas daban la una cuando ellos también salieron a tomar la lancha de vuelta a Ensenada; tía Beba se apuraba como si quisiera decir algo a los marinos del petrolero que ya bajaban contentos, con la paga en la mano y un bolso en bandolera… ¡y cómo los miraba al pasar hacia la lancha, y cómo la miraban los marinos, también!

Subieron, y la tía se ensombreció. Durante años, dijo mirando la otra orilla, Ensenada había sido para ellos el comienzo de América, dijo la tía Beba, la orilla de una tierra que habían conseguido evitar quedándose en Berisso. Pero una noche faltó Perón, como él había anunciado; sus enemigos lo habían hecho renunciar y se lo habían llevado preso con rumbo desconocido… Y Poliya los imaginó cruzando en esta misma barca, el 16 de octubre de 1945, a evitar que lo mataran… ¡Beba, Beba!, llamó alguien desde atrás, desde los muelles: un marino de gorra saludaba desde la proa del petrolero. ¿Te quedaste de guardia?, preguntó ella inútilmente, y Poliya sintió que había perdido la lección más importante de aquella mañana. Porque ya era muy tarde; tocaban la otra orilla, la orilla de Ensenada.

*

Un resplandor rosado inundó el parabrisas, y Poliya y su padre miraron para arriba. El cielo se había abierto en agujeros concéntricos por donde bajaban unos pocos rayos gruesos, como pajas de una inmensa escoba dispuesta a barrer el campo. La calle 7, pocos metros más allá, como para esconderse del sol se metía bajo la alfombra de yuyos. No, la tía Beba no habría podido llegar sola caminando hasta aquí. Pero quizá alguien que venía por calle 7 la había traído. ¿Y para qué? A la derecha una tranquera se abría sobre un camino que iba serpenteando hasta un montecito de álamos: la casa del suicida, donde su madre aún vivía. No, la tía Beba jamás habría ido a pedir refugio a un rico. La tía Beba se había ido a Berisso, al lugar de la cita, de la lucha… Quizá con el hombre aquel que la había saludado desde la proa, o con un desconocido que la reconocería por el escudito en la solapa… Y junto a aquel cobertizo de tronco y paja ¿no paraba ese camión que recogía verduras de los quinteros italianos y las llevaba al Mercado de Eva Perón…? Por el camino de barro que doblaba a Villa Garibaldi un paisano venía custodiado por tres perros trotones, alertas los tres hocicos, en guardia ante los olores que había revuelto la lluvia. Buenas y santas, le gritó teatralmente el padre y el tipo se llevó la mano a la boina. El padre bajó con las manos en alto, dejando que

las tres bestias le husmearan frenéticas las perneras y el tipo aprovechó para mirar a Poliya como reconociéndola. (¡Y ahora con qué cara vamos a volver a Garibaldi, me querés decir, había dicho la abuela con un ejemplar de *El Día* abierto sobre la mesa: en la foto se veía a Poliya y a tía Beba con aquellos dos periodistas y detrás, curiosos y aterrados, los pobladores de Garibaldi. ¡Nos tomaron el pelo!, despreciaba la tía Tota. Y hasta la madre de Poliya que guardaba todo tipo de recortes había dicho "es muy comprometido"). Con una sonrisa tímida el padre le preguntó al paisano algo que Poliya no pudo oír —una comadrona, supuso ella— y el tipo, incómodo como el tío Chana, hizo que no con la cabeza y acaso por cansancio señaló la aldea, y el padre subió al camión y puso proa al confín donde por última vez habían sido felices. (Pero adónde nos traés Bebita, reía la gorda Viel Montero, mirando pasar estas mismas casas humildes. ¿Y de acá qué primicia nos podemos llevar?, bromeó intrigado Schelotto. ¿Aldea italiana conoce el automóvil? La tía Beba sonreía y Poliya que había aprendido a seguirla en sus travesuras, tampoco preguntaba; y con admiración la veía entrar al almacén de ramos generales y salir con trapos de piso, franelas, plumeros: y golpear las manos a la puerta de las casas con una frescura que a aquellos campesinos les resultaba incomprensible. ¿Me presta la guadaña, don Bartolo?, le gritaba a un tano que solo entendía gestos. Y no tendrá una escalerita, doña Marieta. Decime, Chacho, le preguntó a Schelotto, en el baúl de esta preciosura ¿no tendrás algún producto para lustrar? Y cuando a una indicación suya, Poliya y los periodistas se pusieron a limpiar el monumento a Garibaldi, ya eran muchos los que habían venido a mirarlos, y más de uno les ayudó a arrancar los pastos, a destruir un nido de un hornero que había en la clavícula del héroe; y hasta una mujer corrió a tener la escalerita para que tía Beba se encaramase para lustrar los bigotes del héroe. "SENTIDO HOMENAJE DEL PERIODISMO AL GENERAL", decía el titular de la foto, al día siguiente, y solo quien miraba con cuidado se daba cuenta de que no hablaba de Perón. ¡Quién sabe qué han querido decir con esa foto!, había dicho la madre).

La luz había mermado: el cielo cerraba de nuevo sus compuertas. La

puerta del almacén estaba cerrada pero a través de sus vidrios se distinguía una vela que alumbraba una primera plana de diario enmarcado, apoyado en el mostrador. No, no era aquel recorte: era la noticia de la muerte de Evita. El padre golpeó y esperó. Una barriga enfundada en un delantal se recortó en la penumbra y por encima apareció una cara gorda como hogaza de campo que Poliya reconoció y que, sin duda, también la reconocería. La mujer apenas si entornó la puerta y se quedó ahí, despectiva. No, no, no, hacía con la cabeza, arrugando el mentón. El padre pareció rogar hasta que la italiana consintió en ir para adentro y volvió con un paquete y exigió dura unas monedas. Y el padre volvió al camión, tiró aquel paquetito al piso, pisó los pedales y giró la llave; pero el temblor del motor pareció desarmarlo: y derrumbado contra el volante miró al cielo, que de nuevo era una muralla entre la tierra y Dios.

Porque ya no les quedaba más que volver a casa. Volver a casa, pensó, a dar la noticia, y a sugerir otra. Que no, no había en este páramo una sola mujer que quisiera ayudar a nacer a un hijo de los Grimau. Y que tampoco se habían cruzado con la tía Beba, que los había engañado y se había ido a Berisso. Volver a casa, y tiritando sentir caer la noche sobre aquel país en guerra, y como niños tratar de ahuyentar su oscuridad encendiendo un fogón; y mirando las llamas, imaginar a la tía Beba batirse bajo el cielo rojo hasta ser una más en la fila de los presos, los desaparecidos, los muertos: una más en una lista que aparece en el diario y al día siguiente un chico abolla para quemar entre ramas. Y un bebé que al fin nace y ocupa su lugar.

*

Sin árboles que flanquearan este lado del camino, aquellos soldados que guardaban la pista los habían visto volver y estaban esperándolos. ¿A qué hora empieza el toque de queda?, preguntó Poliya al padre, con una voz tan frágil que él no la escuchó. La partida los cercó. Una venia seca bastó para que el padre empezara a explicarse ante un tal “sargento Soria” mientras los otros revisaban la caja del camión. Mi señora, en cualquier momento…, dijo y Poliya desvió la vista,

asqueada o entristecida, para ver a lo lejos el perfil de la ciudad, que cada tanto se recortaba contra el fondo de luz de un refucilo. Acá en el campo todo era tristeza y silencio. Pero allá en Eva Perón, como en Berisso, en Banfield, en Mar del Plata y dondequiera los hombres habían conseguido domeñar ese dios magnífico de la electricidad, la gente echada de las calles estaría sintonizando *Suspiros de España*, y la tía Beba, estuviera donde estuviese, se acercaría emocionada a la radio. (Y seguro que Lolita era peronista… Por algo nació en Avellaneda, decía la tía Tota. Pero se ve que es muy gente, interrumpía la tía Beba. Y ahora mismo, si Poliya se lo hubiera pedido, ¿no le habría mandado un mensaje cifrado a la tía Beba, para decirle que volviese, que Poliya quería ir con ella…? O quizá ni un mensaje fuera necesario, quizá a Lolita le bastaría cantar "La niña de fuego" para hacerla volver…). ¿Una petisa…?, dijo de pronto un conscripto. Poliya prestó atención. Sí, admitió el padre perplejo. ¿Una de piloto, que preguntaba por Mar del Plata?, insistió un jefe.

Uf, hace rato que estuvo, intervino otro conscripto, y con la punta del arma señaló aquel atajo que se abría entre árboles y terminaba en la ermita. Pero no dijo nada de ninguna parturienta…, desconfió el jefe. Bueno, improvisó el padre, es que a esa hora, todavía, mi señora… Y tenemos familia en Mar del Plata…, mintió Poliya. ¿Pero dónde viven ustedes?, se impacientó el jefe, confundido. En la casa de los pinos, acotó un tercero, como si ya los tuvieran en la mira.

Los dejaron seguir, y el padre entró apurado en aquel tubo de árboles que los faros del camión alumbraban a los tumbos, como acomodadores que buscan una butaca vacía. (Habían vuelto a bajar la luz en el Tronío, la gente amortiguaba risas y canturreos y el haz del reflector volvió a estampar la luna en el telón de fondo. Una guitarra invisible fileteó una melodía que Poliya reconoció. ¡La niña de fuego!, le susurró a la tía Beba y la tía Beba sonrió, complacida, y sin dejar de mirar el escenario fue a sentarse en su falda. ¿Es Miguel de Molina?, preguntó Greta, desvalida; y todos la chistaron, y la pobre pareció a punto de llorar. Un bailarín de espaldas entraba al escenario con lentos pasos al costado, sombrero orlado de borlas y el culito apretado por el pantalón torero. La luna te besa/ tus lágrimas puras, empezó a

cantar la voz de Lolita, igualito que en el disco, y de pronto el bailarín se dio vuelta y no, no, no era un muchachito, ¡era la misma Lolita vestida de varón, y miraba a la tía Beba con ojos acusadores! Ah, caracho, se quejó ella y se abrazó un poco a su sobrina como si fuera un escudo. …Mujer que lloras y pasas/ te ofrezco la salvación/ y el cariño ciego, cantó. ¡Soy un hombre bueno que te compadece!).

¡Señorita, señorita!, gritó el padre, frenando de golpe y girando atropelladamente la manivela que hacía bajar la ventanilla. ¿Se le perdió el barco? Porque ahí estaba la tía Beba, sentada en el poyo de la ermita, a lo oscuro. Sola.

*

No se movía. El padre tuvo que acercar un poco el camión y tocar bocina para que ella alzara la cabeza al tiempo que un alboroto de graznidos y aletazos se levantaba de las copas de los árboles. Los faros la encandilaban y al principio le costó reconocerlos. Pero tan pronto el padre abrió la puerta y entendió quiénes eran Beba se arregazó el piloto y empezó a mover los piecitos para alcanzar los zuecos que se había descalzado. (Y no, no sonrió, pero no parecía triste, me dice. Ninguna de las desgracias que habíamos temido que le ocurrieran parecía haberle pasado siquiera por la cabeza. ¡Mientras nosotros íbamos a la deriva por el campo, Beba solo se había preocupado por la Revolución!).

Esperá, esperá que te ayudo, decía el padre bajándose del camión y Poliya también abrió la puerta y saltó al suelo. Hubiera sido indecente esperarla allí sentada; pero en aquella oscuridad apenas daba un paso pisaba un charco y se resbalaba y caía contra el chasis.

¡Tía!, hubiera querido gritar, para que la voz le llegara como el abrazo imposible. *Soy un hombre bueno que te compadece.*

Poliya llegó a la trompa y se volvió a mirar a la tía Beba. Todavía iluminada por los faros, vacilaba ante una zanja llena de agua. Desde el otro lado el padre le tendió las manos. Pero parecía tan ansiosa que se apuró y saltó y trastabilló y su hermano debió atajarla en brazos y llevarla hacia el camión. Pero Beba hablaba segura, urgente,

torrentosa. Decía algo que Poliya ya no podía atender.

Porque había visto algo. ¡Infames!, había dicho el padre. Y ella ahora comprendía porqué.

(La Virgencita, me dice. Que no era Nuestra Señora de Luján, con su mirada alzada al cielo y las dos manos unidas bajo el mentón, sino una virgen como ésa que los pescadores llevaban en la barca capitana y que te miraba de arriba, con infinita dulzura, abriéndote los brazos, tendiéndote sus manos…).

Pero ya no tenía manos, la Virgencita. Se las habían roto y de los muñones le salían dos alambres como garfios inútiles. Y abajo, contra el respaldo del poyo en que había estado sentada la tía Beba, habían pintado una leyenda que Poliya al principio no entendió. Y cuando la entendió, se murió de miedo.

¿Y había visto eso, la tía Beba? ¿Lo había leído? ¿Había visto a quienes rompían y pintaban? ¿Y todavía andarían por ahí?

¡Pero dale Poliya!, le gritó el padre. Un trueno vibró por toda la extensión del campo. Se oían aletazos de gallinas que volvían a refugiarse entre las ramas, gotas rotundas que venían persiguiéndolas. Poliya volvió al camión como ensordecida por el recuerdo de aquella pintada.

Pero es Tota la que tiene la llave, estaba diciendo el padre a la tía Beba cuando ella al fin subió…

No, tía Tota no tenía la llave, pensó Poliya, se la había dado a la abuela. Pero estaba demasiado asustada como para interrumpirla.

¡Pero estás temblando, Bebita!, la interrumpió el padre. ¡Tomaste frío!

Ay Dios, Gogo, dijo Beba. ¡Yo me tengo que ir de acá!

¿A Mar del Plata?, preguntó Poliya. Y la tía Beba giró la cabeza, alarmada.

Eso nos dijeron recién, la disculpó el padre. Los soldados, ahí en la pista.

Bah, se avergonzó Beba, inventé cualquier excusa para que me dieran noticias. A Ensenada nomás tengo que ir, confesó, y dijo, como para sí. *Por ahora.*

Un refucilo hizo brillar el espejito retrovisor: eran los faros de un

jeep del ejército que venía por el camino. El padre preguntó a Beba si ya habría hablado Perón.

No, dijo Beba. No se sabe siquiera si está vivo. Y eso, dijo, eso es lo peor.

El jeep les pasaba por al lado. No podían ver a quienes iban en él, uno llevaba una linterna, e hizo pasear su haz, lentamente, por las caras de los tres.

Vamos, dijo la tía Beba. Lo que tenía que decir de la revolución, lo diría ahora en la quinta.

¿Y de ellas dos? ¿Y todo aquello que Poliya había pensado preguntarle? De pronto no importaba. Tener al lado a la tía Beba era como saberlo todo.

6

Beba entró apurada y se paró ante el fuego: un pájaro escapado a ciegas de la tormenta. ¿Qué supiste?, le preguntaba Ida en cada gesto. Pero Beba no hablaba. Y era como la fogata, que apenas iluminaba y contagiaba el temblor.

¿Averiguaste *algo*?, insistió Ida. Y por el fondo de los ojos parecía pasarle la película que le habían contado tantas veces a Poliya. (16 de octubre de 1945. Ida cosía su vestido de novia al pie de la ventana cuando oyó desplomarse la cortina del negocio. ¡La escopeta! ¡La escopeta!, gritaba su padre. ¡Cada uno a su casa!, ordenaba un vigilante. Y la gente corría. ¡Que se vienen!).

¿Te *pasó* algo?, precisó Ida. Y Poliya creyó entender que le preguntaban por los "infames".

Esperá un poco, Ida, decía el padre por señas.

(¿Pero quiénes son?, preguntaba Ida. Nadie contestaba. La gente de la noche, supuso. Alguna mafia del barrio Campamento). Ahí vuelven, gritaba Toni, que había quedado en la galería, señalando la calle 7. El padre salió a ver. Son los que cuidan la pista, trató de tranquilizarlo. Pero solo se veían los faros de aquel jeep del ejército que pasaba sacudiéndose, avanzando a tumbos entre el enjambre de gotas: como tratando de descubrir dónde se habían metido.

Tota llegó de la cocina con un manojo de cucharas. Los vio a todos junto al fuego y entre ellos a la tía Beba y empezó a repartirlas por la mesa tendida. Pero olía el peligro, podía recordarlo. (Se viene la indiada, Dorita, le había gritado don Kulhau que llegaba del puerto y Greta y su madre lo recibieron rogándole: ¡Vayamonós…! Y Tota había despedido a Irene Merayo que practicaba escalas y a su hermano Antoñito que estudiaba solfeo… ¡Pero ellos no querían irse! Vivían en una fonda justo a la entrada del puerto. Y tuvo que venir don Fausto a buscarlos, y fue el primero que habló del matadero).

Ya empezaron a tomar rehenes, dijo Beba, por fin: eso le habían dicho en la pista, hacía unas horas. Las familias de los marinos.

¿Qué son rehenes?, preguntó Toni. Nadie le dijo nada. (¡La señora de Zufriategui!, pensó Poliya. ¡El chico que "trabajaba desde afuera"!). Pero la tía Beba lo miró como diciendo: Yo.

(Las siete hermanas de Ida habían subido a la terraza. Entre la ropa colgada vieron desierta la calle que acababa en el puerto, la gente que corría, los negocios que se cerraban, el zumbido de las radios. Y allá pasando el puente (¡pero por Dios, ¿por qué no lo levantan?), por primera vez, los vieron, recién subidos desde el agua al muelle. Y el padre en la terraza coló el caño de la escopeta entre dos macetas, y les apuntó).

Los truenos recorrían el cielo con un retumbar de bochas sobre las tablas de un *bowling*.

¿Y nos vamos a quedar acá?, dijo espantado Toni.

Pero claro que no, dijo la madre.

Poliya ya iba a contarles de esa Virgen sin manos, de la barbaridad que habían escrito en la ermita. ¡Pero qué podía contarles que no hubieran vivido en aquel día de octubre! (¡Perón, Perón!, gritaba al pasar la gente del matadero; y golpeaban con los puños las fachadas de chapa y hacían temblar lámparas, caireles, jesuses en altares, aritos en los lóbulos de las dueñas de casa. ¡Perón, Perón!, con esa voz baguala de quien nunca ha gritado, ni sabe el español. Y algunos se animaban a espiar por las hendijas y verlos por pedazos: un ojo enrojecido, una cuchilla, una mirada torva de toro condenado que ha escapado del tren…).

*

La puerta se abrió de una patada y entraron el tío Chana y la abuela, él con un hato de leña, ella con su farolito de guardabarreras y la tormenta detrás, como un halo. ¡A ver, hijo!, llamó la abuela ansiosa y Gogo se acercó a ayudar. ¡Acá está, abuela!, quiso decir Poliya. Y se apartó para que viese a la tía Beba, temblando contra un fondo de fuego. Pero en cuanto vio a su hija la abuela se restregó las

manos en el delantal y se perdió hacia adentro, con Tota en los talones. ¡Esperate un poco, mamá!, le rogaba Tota como quien dice: ¡Se nos viene la indiada!

Grandes vaharadas de agua y viento chasqueaban contra el techo. El padre y el tío Chana habían dejado la leña a un costado de tía Beba, como una ofrenda bárbara.

¿Ah sí?, oyeron que se burlaba la voz de la abuela. ¿A Mar del Plata nos tenemos que escapar? ¡Pero mirá vos, qué justo…!

Y se puso a maltratar ollas y cubiertos. Quizá quería tapar los gritos de su propia memoria.

(Dígale a Goguito que se esconda, señora, vino a avisar Ruggero en una camioneta, con otros camaradas. ¡Que vienen buscando rojos! Y Gogo que estaba en la cocina salió y se fue con ellos. De La Merced llegaban gritos en el viento, ¡Perón, Perón!, y bombos, y petardos, y las órdenes de un megáfono. ¿Pero quiénes son, mamá?, preguntaba la tía Tota, aterrada. Unos piojos resucitados, despreció la abuela. Ayer bajaron del barco y ya quieren hacer la América).

Qué se van a rendir, Chanita, explicaba el padre cuando Poliya volvió a escuchar. Hablaban de los marinos rebeldes, de lo que había sabido Beba. Y habían bajado la voz, para que la abuela no los escuchara. ¿Para que los fusilen?

Se van a la Patagonia, dijo la madre: ese era el plan que les había confiado la señora de Zufriategui. Como Franco, aclaró. Y después, lentamente, tratarán de subir a Buenos Aires.

Poliya lagrimeó. ¡La Guerra Española! El abuelo Antonio y don Pepe Gómez iban pinchando con alfileres de colores el mapa de España que había en la panadería, hasta que solo Madrid quedó marcado en rojo. Y la tía Beba decía que esa había sido “su escuela política”.

Claro que si les hacen *algo* a las familias…, intercedió la madre. De los marinos, digo.

¿Vos qué pensás, Bebita?, se animó a urgir el padre.

La tía Beba alzó la cabeza y miró rápidamente a todos. Quería que comprendieran algo que no podía decir. Pero no la entendían.

Ay, no sé, dijo dejándose caer en el borde de uno de los sillones, como un fruto volteado por el viento. Yo me tengo que ir de acá…

¿A Ensenada?, pensó Poliya, ¿a esta hora? Arriba explotaron truenos. Uno dos, cinco, seis, cada uno salía de adentro del anterior.

¿A Ensenada?, se alarmó la madre, ¿con este tiempo?

En fin, dijo el padre, ya veremos qué dice la radio…

La tía Beba lo miró esperanzada. Pero cómo, ¿la había arreglado? El padre señaló hacia afuera. En el viento la hélice del molino giraba loca, como a punto de soltarse, la tía Beba volvió a mirar el fuego donde unas pocas gotas se inmolaban chirriando. Ah la receta de Mancino. Hasta mañana no funcionaría.

*

(El abuelo Antonio se había ido a la quinta, ese 16 de octubre, y no se enteró de nada. Pero la tía Beba se había ido a Buenos Aires, tempranísimo, a tomar clases de Asistencia. Y las monjas le cerraron en la cara las puertas del Instituto de Cultura Religiosa Superior, y la gente por la calle corría a encerrarse en sus casas, los canillitas gritaban: ¡Ya avanzan las columnas!, y Beba alcanzó a tomarse el último tren que dejaron salir de la ciudad. Y al pasar sobre el Riachuelo de pronto los vio a lo lejos, amontonándose contra el puente de la Boca que sí les habían levado para impedir su entrada a la ciudad. ¡Qué malón! ¡Qué indiada!, decían los pasajeros. Pero partían el corazón, decía tía Beba, como una fila de alumnos que dejan fuera de la escuela. ¿Por qué no se baja en La Plata, señorita?, le aconsejó el guarda a la altura de Pereyra. Ensenada está que arde… Pero ella tenía a toda su familia en Ensenada, y decidió bajarse sola en la estación Campamento, y vino hasta su casa por callecitas secretas). ¡Epa, compañeras!, gritó Chanita, mirando hacia la cocina. Entre la abuela y la tía Tota traían la olla grande, cada una de una manija, como se trae a un herido. Tota miraba desesperadamente a uno y otro lado buscando en la penumbra un lugar donde apoyarla.

¡Pero!, gritó al ver a su hermana. ¡Salí de ahí!, y casi suelta la olla y Chana se apuró a agarrar la manija (¡La pucha!, dijo Chana. ¡Está que pela!), y la abuela se tambaleó y protestó también. ¡Pero, loca!, gritó Beba. Tota la había sacado del sillón de un empujón terrible.

Ay, perdón, decía Beba perpleja. La abuela y el tío Chana pusieron la olla sobre la mesa. Tota alzaba en brazos el paquete de papel de estraza. ¡Beba se le había sentado encima! Sirvasé nomás, Chanita, ordenó la abuela señalando el pingüino junto su silla vacía.

Pero dónde te revolcaste, me querés decir, increpó la tía Tota, tratando de ver la tela a la luz de la estufa. ¡Ay Tota, por favor!, protestó Ida. Beba llevó la mano hacia atrás, a los faldones del piloto, y la mano volvió negra.

¡OLIGARCAS!, intercedió Poliya. LA VIRGEN NO DA LA MANO A LOS SUISIDAS. ¡Esto estaba escrito allá, en el poyo de la ermita!

¡Entonces es alquitrán!, dijo tía Tota, ¿no ves?

¿No ves?, reclamó Ida, espantada. ¡Están por acá!

La tía Beba, vacilante, asintió: no había querido hablar de eso, para no asustar… ¡Tenemos que irnos!

("Haga patria mate a un estudiante", decía en las paredes, pintado con alquitrán; y la tía Beba seguía taconeando ligerito porque se oían grescas en la calle La Merced, y si empezaban los tiros aquellos exaltados iban a dispersarse por las callecitas del pueblo. "¡Mueran los de título!", escribían dos tipos en el frente de la casa de Greta cuando Beba pasó corriendo hacia su casa y entró haciendo como que no los veía y ellos se sonrieron como quien piensa un piropo… ¡Bendito sea Dios!, la recibió la abuela. ¡Pero tu padre no llega…).

La tía Tota había enfrentado dos sillas por los respaldos y ahora tendía la tela roja de un respaldo a otro. Bueno, Tota, el lunes te compramos una igual, dijo Gogo.

Ja, qué esperanza, dijo Tota, la señora de Touloupas lo ha mandado traer de Atenas…

No te gastés, querido, sonrió amarga la tía Beba. ¡Ya se creía que yo no volvía, ésta!

¡Sí, justo!, bramó la tía Tota porque desde aquel día de octubre le echaba la culpa a Beba de todo peligro que corrían. ¡Si tan solo se hubiera quedado en el molde, en su casa, como todo el mundo, esperando que se fueran…!

¡Tota!, estalló la abuela. Había destapado la olla y a la luz de las velas su cara parecía una luna sobre la boca de un volcán. ¿Me

alcanzás los platos de una vez? ¡Por Dios!

Y Tota dejó su tela como a un muerto querido y vino mirando de reojo a su hermana. ¿Y por qué no le decían a ella también que ayudara? ¡Así cualquiera se hacía la Pasionaria!

*

La lluvia era tan fuerte que ya nadie intentaba hablar. Uno a uno iban recibiendo sus platos de lentejas y se aplicaban a comer como si una madrastra les hubiera prometido dejarlos ir al baile cuando hubieran separado la piedra de la lenteja.

Está fenómeno, abuela, dijo Toni.

El siseo de un rayo cruzó el cielo. Un resplandor dibujó marcos de puertas y ventanas.

Bah, contestó la abuela a Toni, como apurándose antes de que explotara el trueno. Quién sabe cómo me habrá quedado. Acá había un pedazo de chorizo colorado, las lentejas me las dieron los Gurguí. Estos de acá tenían papa, pero así, nomás… sin queso… El trueno explotó y se derramó por el campo. La abuela calló, educada, como cediendo el paso a un desconocido.

Con la escuela nos llevaron a ver *La Cenicienta*, acotó Toni. (Porque eso es un hermano, me dice, uno que piensa lo mismo que uno, al mismo tiempo, pero mal). ¡Con la compañía de *Alma Bambú*!

Poliya miró a la tía Beba: le hacía acordar a Adrianita en medio del escenario, mirando el fuego que había sido su destino. ¿Pero en qué pensaría, la tía Beba? Para adivinar Poliya no tenía más que historias del pasado.

(Galopes, silbidos de fustas revoleadas como hélices, silbatos de la policía. Los cantitos se desarman en gritos, puteadas, quejidos, pedradas que golpean chapas y destrozan vidrieras, relinchos de caballos que intentan recular. En las casas del pueblo las vecinas corren a los fondos a comentarse chismes a través del alambrado. Tienen hoces, guadañas, picos palas… ¡Saquearon la ferretería! Con pintura van marcando los frentes de las casas en donde van a entrar… ¡Si serán animales! ¿Se creen que lo tenemos acá adentro, a Perón? Y

Tota miró a Beba, ensimismada sobre la radio, Beba parecía saber en dónde lo tenían).

Contra un fondo de tormenta se oían los cubiertos, los sorbidos del tío Chana y una silla que cae. Beba se ha puesto de pie. Y después de levantarla se acerca a la mesa, y a medida que ellos la veían quedaban sus cucharas flotando en el aire, sus manos esforzadas dejaban de partir el pan, sus ojos le buscaban una silla y los platos y los cubiertos que la abuela —¡y solo ahora lo entendían!— no había querido ponerle en la mesa. Pero Beba no veía; nada de la familia le importaba.

¿Usted a qué hora se va, Chanita?, dijo arropándose en el temblor de sus propios brazos.

¡Cuando me digan, nomás!, fanfarroneó el otro. Pero también le había dicho "vuelvo enseguida" a la negra Virgilia, pensó Poliya.

El padre dijo que serían como las ocho de la noche. Y que hasta las seis de la mañana regía el toque de queda.

Para más de dos personas, replicó la tía Beba.

¿Y los chicos somos personas?, interrumpió Toni.

Mejor esperamos y aprovechamos todos ¿no?, reclamó la madre. Nosotros también tenemos cosas que hacer.

¿Usted qué dice, hermana?, le preguntó Chana a la abuela que como siempre se había servido la última y condimentaba sus lentejas seria, sin mirarlos una vez.

Yo ya cerré mi casa, sentenció. La tía Tota la miró dolida. ¡Había sido ella quien había puesto llave!

Pero tampoco es cuestión que piensen que tenemos algo que esconder…, dijo Ida.

Ja ¡claro!, explotó la abuela… ¡Como si en Ensenada no tuvieran secretos!

¡La escopeta!, dijo Poliya, ¡hay que esconder la escopeta, Chanita!

¡Nuestra prima Felisa!, la corrigió la abuela. ¡Por qué se creen que hace meses que me niega el saludo…!

Poliya miró a la tía Beba que miraba a la tía Tota. Ya le tuviste que contar, decían sus ojos llenos de odio. Jodete, parecía responder Tota. Toda venganza era poca.

(Y para la medianoche del 16 de octubre Ensenada estaba sitiada: la policía había huido hacia La Plata, partidas de forajidos cortaban los caminos para impedir que volviesen, y las tías y la abuela no se movían de atrás de los visillos, porque inquietaba el silencio y el abuelo Antonio no volvía, y la radio advertía que en todo el país había levantamientos y mucha gente de Ensenada había empezado a unírsele a los rebeldes. ¿Pero esa no es Felisa?, se escandalizó la abuela —porque una mujer bajita, muy parecida a la tía Beba, pasaba por la esquina de Colombia, con dos chicos a los lados, cada uno con una vianda— y fue por verla a lo lejos que Beba salió también, con un pañuelo en la cabeza. ¡Pero estás loca, Beba!, trataron de retenerla te van a conocer… Habían acampado en la plaza: si Beba los reconocía, ellos ni la miraron… Allá en Berisso había plaza, nunca habían estado en ninguna; y volvían las espaldas a la iglesia, a la escuela, a la Delegación; como si el fuego fuera su único aliado, el que iba a decirles cómo actuar hasta encontrar a Perón… Pero no hay peligro, dijo tía Beba, cuando volvió a casa. Están esperando que los llamen para ir a Plaza de Mayo, a clamar por Perón… Si antes algún loco no comienza a los tiros…, adivinó la abuela. ¡Y tu padre que no llega!).

Vos te peleaste con el Laucha, ¿no?, iba a decir Poliya a la tía Beba que se volvía lentamente junto al fuego, como abstraída.

*

¡Shh!, la hizo callar Toni. ¡Viene gente!, decía Chana. ¿Oís, Gogo?, apuraba la madre. ¿Pero será posible?, clamaba Ida. Y Beba, atrás, se había puesto de pie, aterrada. Dios, pensó Poliya, ¡de esto tenía miedo! ¿Por esto se quería ir? ¿Serían los “infames”, los que habían atacado la ermita? El padre se arrancó la servilleta del cuello pero fue lentamente hasta la puerta. Quitó la tranca. Una avalancha de viento y agua lo hizo dar un paso atrás y casi apaga la vela que la madre apartó hacia un costado. Sí. Un patinar de motores. Gritos. Quejas. Los perros ladraban locos, presos en su corral. El padre avisó preocupado que era un camión lleno de gente. ¿Son de la CGT?, preguntaba Toni. La tía Beba seguía atrás, inmóvil, parada junto al sillón, con los ojos

enormes. ¿O serán del Swift?

¡Ay!, se quejó adentro la tía Tota; Beba, desesperada quería quitarle el bolso. Pero soltá, loca, ¡no la tengo, te digo! Uh, pero miren esas mujeres, se horrorizó la abuela en la galería. ¡Tomá las llaves, tía!, hubiera querido gritar Poliya: había agarrado el monedero de la abuela y se lo tendía a la tía Beba, pero cuando las tías peleaban no oían nada más. ¡Dale! ¡Antes de que entre la abuela!

Así son ahora, hermana, venía diciendo Chana.

¿Pero qué mujeres eran?

¡No tienen vergüenza!, acordaba la abuela cuando pasó el umbral y de pronto vio ahí a su nieta, y ella sí que entendió enseguida.

¡Locas!, bramó y se abalanzó sobre Poliya, le arrancó el monedero de un manotazo, y se perdió en la oscuridad de la casa. Las tías dejaron de pelear pero seguían ahí quietas, jadeando, avergonzadas. Chana parecía perplejo, como si hubiera irrumpido por error en el vestuario de mujeres.

Los padres volvieron adentro con Toni entre las piernas. Y ahora les bastó ver a Poliya inmóvil, temblando, culposa; a la tía Tota que cerraba su bolso; y a la tía Beba que había vuelto al sillón para entender qué había pasado. Ida tomó su plato de lentejas, que apenas si había tocado.

Tomá, Beba, le pidió. Beba alzó la vista hacia ella, desolada. Tomá que hace frío.

Ya han soltado los perros, dijo. Bella, Fido, Furia ladraban las ruedas del camión que al fin seguía su marcha. Ya estamos presos acá.

*

Ida dejó el plato sobre el manto de la estufa, tomó una de las velas y dijo que iba a acostarse. ¿Te sentís mal?, se alarmó el padre y como ella no respondía tomó la vela y empezó a seguirla. Los chicos miraron el panorama y se colaron tras ellos. (Pero acabala querés, empezaba a decir Beba. ¡Se te ríen en la cara esos griegos!). Adentro de la pieza a oscuras hacía frío, la tormenta era reina; la madre se había sentado en la cama, la panza enorme parecía una bolsa de piedras cayendo entre

los muslos. El padre le tomó delicadamente los talones y los alzó y ella empezó a retroceder por el colchón, reptando con los codos. (¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mirá lo que me dice!, lloraba la tía Tota: pero la abuela se había ido de nuevo a la cocina). Por Dios, Gogo, dijo la madre. Tiene razón la Beba, y apoyó la nuca en un almohadón que el padre le había acomodado. Tenemos que irnos de una vez. (Pero si hacés el ridículo, Tota, decía la tía Beba, a ver, ¿cuánto te van a pagar por ese vestido?). Por lo menos a los de Ensenada ya los conocemos, rogó la madre. El padre no escuchaba: quería ver si tenía que separar a sus hermanas. Y con una mujer de compras no se van a animar. Ni siquiera en Berisso… ¡No!, dijeron Toni y Poliya a coro, aunque se habían prometido quedarse ahí escondidos. ¡A Berisso no! ¡Pero qué hacen acá ustedes dos!, dijo el padre. Vamos, ¡fuera! Y los chicos volvieron a la sala como quien sale a la tempestad.

*

¿Y de qué vas a vivir en Mar del Plata, a ver?, decía la tía Tota. ¿De maestrita de los obreros? Tota, vení a ayudar, emplazó grave la abuela desde la cocina. Dejá nomás que a ésa le voy a dar yo.

El tío Chana, como chico al que han retado había vuelto a su silla, y se servía tristísimo un vaso más de vino. Quizá sentía que estorbaba; que solo si se volvía allí donde debía estar, junto a Virgilia y a Lito, las peleas podrían llegar a algún final.

¿Nos vamos a ir a Mar del Plata, Chanita?, le dijo Toni, compadecido, colándose en su falda.

Uf, Mar del Plata es distinta ahora, repitió el tío como para estar a tono con su hermana, ¡se llenó de negritos…!

Tota pasaba por detrás y al oír la palabra negritos se paró y sonrió malvadamente.

¡Sí! ¡Y tu tía Beba casi se trae uno!, completó, y era la misma sonrisa con que hablaba del Patano.

¡Pero Tota!, estalló la abuela y vino furiosa a buscarla. El padre salió de la pieza. ¡Pero che!

¿Y qué tenía malo? Habían visto en *Mundo infantil* la foto de unos

huerfanitos que la Fundación Eva Perón había llevado a veranear en Mar del Plata, y habían fantaseado, ella y la tía Beba, con ir a buscarse uno para adoptarlo y criarlo libre, sin huellas de peronismo.

Pero Beba solo miraba herida a la tía Tota que la miraba fijo.

Y a vos te gustaría más un tanito, ¿no?, dijo por fin.

¡Bueno, se acabó!, rugió el padre y arrancó a Toni del piso y lo llevó a la pieza de los varones. ¡Cada cual a su cama!

Y la tía Tota corrió a la cocina mientras Beba se acomodaba de nuevo frente al fuego. Estamos presos acá, parecía pensar, moviendo las rodillas como quien pedalea una Singer. Y Poliya avanzó a tientas a la pieza de las mujeres, se deslizó junto a su madre cuidando de no tocarla y se encogió copiando la posición del bebé

*

La lluvia trabajaba ensimismada, como si ya no precisara ocuparse de la gente. Solo a lo lejos se oían truenos aislados, ¿o serían focos de un combate? La madre suspiró: no dormía, pero trataba de calmarse para calmar al bebé; y en esta casa arrasada por la pelea Poliya era la única que quedaba pensando en el futuro, aunque para imaginarlo solo tuviera historias del pasado… (En la mañana del 17 de octubre todo parecía en calma… Y ya estaban esperando los camiones que vendrían a llevarlos a Plaza de Mayo, cuando aquel Cipriano quiso entrar a pedir comida a la fonda de Mazzini y Mazzini, que no había alzado la cortina, sacó por la banderola la escopeta y disparó. Reducirlo y robarle les llevó cinco minutos; pero quedaron decididos a tomar venganza, ahora que Ensenada se había sacado la careta… ¡Que salgan los de título!, coreaban por las calles, y venían para acá. Y la tía Tota por las dudas descolgó su título de Profesora de Teoría y Solfeo, y la abuela que nunca iba a misa empezó a rezarle al Sagrado Corazón porque de solo ver a la tía Beba, que estaba tensa y enfurecida, se daba cuenta de que algo terrible pasaría. Y cuando la horda paró frente a la casa de al lado y entre visillos Beba pudo verles la cara, antes de que las otras pudieran detenerla ya había salido sola a enfrentar a esa gente. Con su sola presencia hacía callar a todos.

¿Qué buscás Ceferino?, la oyeron preguntar. ¿Te olvidaste de firmar…? ¡Porque era uno de esos salvajes a los que Beba había enseñado a dibujar su nombre, para que pudiera entrar en YPF! ¿Vamos, muchachos, vamos?, retrocedió aquel Ceferino. Pero hija, dijo el abuelo cuando volvió de la quinta… ¿Qué pasa si Perón aparece? ¡Esos ya te conocen y van a volver…!). ¡Mamá!, chillaba la tía Tota. ¡Dame eso Tota!“, gritaba la tía Beba. ¡Bueno, se terminó!, dijo la abuela y pasó por el pasillo. ¡Paren!, les gritaba el padre en la pieza de los varones. ¿Se han vuelto locas?

¡Pum! Tronó la casa entera.

¡La escopeta!, dijo Ida en la cama. Toni en su cama había empezado a gritar: ¡Pero hermana!, dijo Chana espantado. ¡Pero mamá!, decía el padre. ¡Poliya, venga para acá!, le ordenó la madre. Pero ¿cómo no salir?

La tía Beba, junto a la estufa, todavía tenía aquella tela roja entre las manos: había amenazado con tirarla al fuego si Tota no le daba las llaves. La tía Tota, histérica, fue y se la arrebató.

Y afuera en la galería la abuela todavía empuñaba la escopeta humeante. Y qué, desafiaba la abuela. ¿No estoy en mi casa yo? ¿Pero desde cuándo ha sabido tirar, mujer?, le preguntaba el tío Chana. ¡Me enseñó nuestro padre! ¿O usted tampoco se acuerda?

Ida salió de la pieza y Toni se abrazó a su panza. Porque de pronto se oía un motor que venía por 7. Sí, otra vez. Los perros volaban como flechas a chumbarlo.

¡Metete adentro, Beba!, dijo el padre.

Era ese jeep del ejército cargado de soldados que habrían oído el tiro disparado a la noche. Frenaron ante la tranquera y bajaron, alertas.

¡Estos perros!, dijo el padre de Fido, Bella y Furia, que los chumbaban enloquecidos. Son de nuestros caseros…

Al jefe de la partida no parecía importarle lo que pudieran decir. Lentamente los miraba a las caras, como tratando de entender un secreto que no sabían disimular. Poliya vio cómo a sus espaldas asomaba el milagro de una luna, porque ya escampaba.

¿Y, consiguió lo que quería, maestro?, preguntó por fin. No, no

habían encontrado comadrona, dijo el padre, pero había sido falsa alarma.

La madre dio un paso al frente para que vieran su panza. Si también esta vez sospecharon, no les dijeron nada. A cualquiera lo impresionaba que alguien pudiera nacer de una noche como esta. Poliya ya había vuelto a la pieza, desesperada por ver dónde estaba la tía Beba, cuando oyó que el jeep empezaba a replegarse, a volverse hacia la pista.

Ahora sí que tenemos que irnos, dijo la tía Beba, de pronto, tendida en la oscuridad, en su camita celeste. Hablaba de la abuela Hortensia, como vengándose. Y dijo que el tiro le había salido por la culata.

Poliya no podía dormirse. Cada tanto levantaba la cabeza para ver si Beba estaba allí. Estaba. Y ya dormía. Pero había vuelto a ser libre, a tener un rumbo… Y podía perderla nuevamente, si no estaba atenta.

Un ruido en el techo. ¡La trampera, Chanita!, gritó Toni, a lo oscuro, ¡la trampera! Ojalá hubiera caído el pájaro de la locura.

7

Domingo 18

(El Patano, me dice. ¿Cómo no iba a ser peronista? Perón había aparecido en el balcón de la Casa de Gobierno, el 17 de octubre; y después en los carteles y en la tapa de los diarios, y en los billetes y estampillas y los libros de lectura y en todo aquello que alumbrara el día. Pero de noche, ¿no seguiría saliendo, como Harún Al Rashid, a escuchar a los hombres que le pedían mujeres para "hacer lo que quisieran"?, ¿el único deseo que no podía satisfacer por ley? ¿No saldría él mismo a cazar mujeres solas, para conformar a sus hombres? O quizá sería otro el que lo haría por él, aquel Cipriano que había sido su ladero hasta que quiso hacerle sombra y Perón lo mandó capar, como a ternero alzado; o quizá ese Corbacho que había tomado su relevo y ahora era el Delegado Municipal de Ensenada… ¡O ese mismo Ceferino al que la tía Beba había humillado en público y que ahora esperaría el momento de vengarse de ella. ¡E iría por las calles espiando mujeres, eligiendo aquellas que el pueblo no quería, y no tenían siquiera un niño por escudo! Habría vuelto a pasar muchas veces por la calle San Martín, y mirado con sorna la cerca que había forjado el padre de Poliya, y detrás la tía Beba al mando de una mesa rodeada de chicos como una tabla de náufrago en un mar encajonado. ¿Y por qué no se casaba, esa Beba Grimau?, oiría que las vecinas decían por las calles. ¿Quién se creerá que es?, preguntarían las chicas del Club Náutico, porque Beba no había querido hacerse socia. ¡Dejó sin votar a veinte!, la acusarían algunas. Y una noche, hacía poco, un tipo la había abordado de atrás, al bajar del tranvía: ¿No te acordás de mí? Pero ella había corrido y refugiado en lo de Gómez. Y cuando Perón por fin sacó la ley y soltaron a las locas para que fueran a atenderse a lo del doctor Rosa, el Patano —¡y Poliya estaba ahí!— le

había tocado el timbre. Te dije que no vuelvas nunca más por acá, había dicho la tía Beba. Pero él le había prometido volver, el Patano. Y ¿qué día más propicio que el de hoy, se decía entre sueños aquel domingo, tercer día de combate?).

*

¿Y ese sol en los postigos? Se había dormido vestida y ahora el overol le olía a vinagre tibio. Saltó de la cama, quiso meterse al baño. ¡Momentito!, se oyó a la madre adentro. Algo chisporroteaba en la sala, algo zumbaba. ¡La radio! Salió a la galería a buscar noticias. El resplandor del sol la hacía parpadear. ¡Se levantó la marmota!, gritó Toni que pasaba corriendo con su jaula de ramitas. El tío Chana se hundía en la trompa del camión como entre las alas abiertas de una cucaracha. A lo lejos la tía Beba y María arrancaban verduras de la huerta. Poliya avanzó entre el cielo roto de los charcos, entró en la letrina mirando para arriba —el olor a caca de toda la familia daba ganas de llorar—. Dámela, dámela, oyó que decía en algún lado la tía Tota. Poliya corrió un espejo y miró por una hendija: los rulos de Berto vibraban nerviosamente. (Cualquier día estos también se soliviantan, ¡vas a ver!, había anunciado la abuela). ¡Tía!, gritó Poliya, asustada. Pero salió del baño y ya Tota volvía a la casa con sus toallitas en los brazos y Berto se escabullía, taimado, hacia su rancho.

¿Tomaste el mate cocido?, le preguntó la madre que salía del baño. Una columna se movió; era la abuela Hortensia. ¿Por qué no nos fuimos todavía?, quería preguntar Poliya, pero aquella presencia de la abuela imponía silencio. La madre dijo que se irían en dos tandas: que estaba por salirse el río, eso había dicho Radio Provincia, y Chana tenía que pasar a buscar a Virgilia y Lito por Punta Lara. Y vos querrás irte con las tías, ¿no? Poliya bajó la cabeza, avergonzada. El padre se descolgó del techo con la trampera y el pájaro loco dentro, pecho contra barrotes, alas abiertas, pico resollante, como crucificado en su propio terror. Se olvidan de algo, dijo la abuela de pronto, con desprecio. Tardaron en entender que hablaba de la radio. Pero Ida también quiere saber noticias, mamá.

Así que le lavaron la cara, la peinaron apenas mientras ella tomaba su mate bebido, le alcanzaron un saquito y la hicieron subir al asiento al lado de la tía Tota, que todavía tenía colorados los cachetes. ¿Te quería robar la ropa?, susurró Poliya. Tota se sorprendió, sonrió extrañamente y negó con la cabeza… Tío Chana puso en marcha el motor y el trepidar del chasis pareció llenar el mundo de una promesa estremecedora. La madre y Toni se acercaron vadeando la bruma del escape. ¿Estás segura, Ida?, le preguntó el padre. Ella hizo que sí, se quedaba. Pero no tardes mucho, ¿eh? En eso llegó tía Beba, decidida, liberada. De su bolsa asomaban las melenas de tres plantas de hinojo. Subió y se sentó junto a Poliya; y ella se sintió más débil que su determinación, y que el rencor feroz que flotaba entre las hermanas.

A lo lejos, contra el horizonte, una cordillera de nubes empezaba a crecer como una inmensa polvareda. Últimos llegaron los tanos. Para la *strada*, dijo María y en la falda de Poliya dejó un sanguche de huevo frito. Solo Poliya le agradeció: quién sabe si cuando volvieran los tanos no serían los dueños. El camión avanzó, sacudiéndose, coleando, encallándose a veces. Solo la panza de la madre seguía quieta allí atrás, como un planeta a punto de saltarse de su órbita.

*

(¡Ah la Ciudad Eva Perón!, me dice ¡Poder cruzarse con gente sin tener que saludar! ¡Poder mirar la gente con tiempo de entender!). Calles escoltadas de plátanos como dedos en V, cortezas con vitiligo. Una mujer hacía chirriar la escoba contra las baldosas mojadas, dos feriantes armaban su puestito en una plazoleta, sobre una isla de conchilla. Pero el resto de la gente volvía apurada a sus casas, cerraba las ventanas poniéndose a resguardo del temporal que volvía. “¡Respeten esta iglesia!”, decía una pintada en los muros de San Francisco, “aquí se casó Perón”. ¿Y? ¿Habló el General, maestro?, le gritó Chana a un hombre que leía el diario cobijado en el atrio. El hombre alzó hacia ellos una mirada turbia. Al pasar por *El Día* Chana quiso comprar un diario. Mejor no hacerse ver, lo frenó la tía Beba. La flota de mar, gritaba un canillita, ¡avanza la flota de mar a

bombardear Buenos Aires! ¿Están saliendo los trenes?, preguntó Beba a un viejo que no le contestó. Poliya miró los andenes, vio caras de Campamento agostadas tras casi tres días de espera, soldados que pasaban repartiendo mate cocido con grandes ollas y cucharones. Llegaron a la rotonda del camino a Ensenada, la rodearon para tomar aquel otro camino precario que llevaba hasta el río. Ah, cuánto que no sabían por haber quedado en la quinta. Pero aquel techo de nubes que llegaban del río, el viento que doblegaba sauces y juncales, *sabía.* Y también en Ensenada la gente ya sabría. Al rodear el busto de Pettirossi la tía Beba le apretó la mano. No, tampoco hoy pensaba en aquel cantito. Miraba las olas del río atropellar el murallón, estallar, replegarse. Y lo lejos, en el horizonte, la larga hilera de barcos mercantes que en estos días de combate no habían entrado a puerto.

Esto se pone fulero, dijo el tío Chana. Recreos sindicales con escudos y bustos de Perón y Evita: y entre mesas y bancos de cemento y parrillas y juegos infantiles, vieron cañones con ruedas que apuntaban hacia el río. Casitas zancudas recordaban a la vez alegría y desastre ¿Y habría gente escondida, en esas casas? (Porque ahí en Punta Lara habían encontrado al fin al aviador caído, me dice, tres días después de los bombardeos. Se había salido el río, también esa vez, y ese Corbacho que iba rescatando gente en bote lo había descubierto al fin subido al techo del palafito de los Swarc; y así, dolorido, lo había traído al pueblo a que la gente lo insultara en medio de la plaza, frente a la iglesia y la escuela. ¡Miren, miren el asesino de niños…! Y de todos los chicos que miraban desde las ventanas del aula, solo Poliya había estado alguna vez en la Plaza de Mayo, quizá en el mismo tranvía que aquel tipo o alguno de sus compañeros había hecho volar, y el recuerdo la llenó de compasión por todos). ¿Y era de río o de lluvia esa gota que se estrelló contra el vidrio y que ahora se escurría lentamente hacia abajo? Del centro de la gota salió Virgilia a los gritos, a cortarles el paso con Lito de la mano. Chana frenó de golpe y se bajó a pelearla, y aún seguían gritándose cuando madre e hijo se subieron a la caja de atrás. Chana volvió puteando al volante. ¡Ah, el destino de todos los Duval!, decía la abuela Hortensia, ¡el precio de salir del varadero y aventurarse a lo

lejos por la calle San Martín, a buscarse mujeres! El descampado inmenso del Fuerte Barragán estaba lleno de tropa y de vecinos armados, con actitud de esperar a los ingleses… y ellos siguieron de largo, cautos como quien pasa junto a un perro que come. Pará Chanita, pará, ordenó Beba de pronto ante una casa de madera con el nombre *Entre naranjos* pintado en un cartel. Dos perros de mofletes flácidos vinieron a torearlos; y al rato apareció un viejo, piel rosada y pelo albino, con una carabina en la mano. ¡Mirá el Bebe!, dijo la tía Tota absorta, como si dijera "¡existe!". La tía Beba se bajó, enloquecida. Nos volvemos al pueblo, le explicaba la tía Beba. Ahora el pueblo es enemigo, dijo el Bebe misteriosamente y pidió que lo esperaran. Unos truenos los apuraban, y ya daban marcha atrás cuando el Bebe volvió con un aro de alambre del que pendían dos pescados: solo el pájaro de Toni podía ser más asqueroso, pensó Poliya, pero la tía Beba lo tomó como un anillo de torta de casamiento, y lo tiró por sobre el puente del arroyo Doña Flora, pocos metros más allá…

Un retén los detuvo, otra vez, frente al portal del varadero. Derechito a su casa, jefe, ¿eh? No se puede andar por la calle, dijo. Virgilia bajó con Lito en la esquina del Club Pettirossi y con la cara arrugada por la llovizna los invitó a pasar. Pero ellos declinaron con la excusa de un trueno; y Chana se ofreció a acercarlos por aquel empedrado lustroso como granada negra, bajo una lluvia montaraz, con ínfulas de río. Dos caballetes cortaban el paso frente a la Escuela 34. El padre saltó a refugiarse en el portal y ellas bajaron a reunírsele: la cúpula del paraguas les dio un aire de conjura: nadie miraba, no, pero tenían que separarse. El tío Chana había dado marcha atrás y ahora se volvía sin despedirse a Cambaceres. Cuidate mucho, dejó caer la tía Beba a su hermano y a saltitos empezó a avanzar hacia la casa, hurtándose a la lluvia de umbral en umbral, tal como la abuela el viernes había escapado de las balas. ¡Ay se me escapa!, pensó Poliya y estuvo por irle detrás. El padre delegó el paraguas en su hermana mayor y también salió al trote. Iba a buscar algún auto con que volver a la quinta, quizá el de Ruggero, que ya tenía que haber vuelto de pescar en Pila. Tota que seguía perpleja. ¡Vamos Tiato!, la arengó

Poliya. Pero fue el ventarrón lo que la hizo moverse, luchando con el paraguas como los árboles de la isla lucharían con sus copas, entre las ruinas de la Base.

Había soldados refugiados en el zaguán de Mazzini. (Pero Mazzini ¿dónde estaba? ¿Lo habrían tomado de rehén? ¿Y con los demás contreras? Serían los únicos que quedaban libres, los Grimau, y ahora volvían a casa como para entregarse?). Buenas taaaardes, les dijo la tía Tota, y ellos no respondieron. La tía Beba esperaba bajo el alero de la verja, temblando, reconcentrada, la espalda vuelta al taller. La tía Tota sacó las llaves y abrió la puerta y las tres se escurrieron por la galería. Un cacheteo de agua contra las baldosas crecía mientras se acercaban: era el chorro obsceno de lluvia que caía de la rotura en la canaleta.

*

Entraron. La tía Beba miró al piso —no, no habían dejado ni mensajes ni panfletos—. La tía Tota prendió la luz —sí, por suerte habían dado la luz de nuevo—. Beba descolgó el tubo del teléfono —¡sí, sí todavía había tono!— y se fueron cada una a una punta de la casa. Y ella, como una polilla a la que arrancan las alas, quedó sola ante el panel de vidrio esmerilado. (Había abierto los ojos por primera vez ante esos vidrios; a través de esos vidrios había visto por primera vez el mundo: el mundo que era una tapia, una higuera al otro lado. Y fue como aprender a ver de nuevo el mundo, y como lo veían todos, mientras esperaban su destino). Un chisporroteo la atrajo a la cocina. ¡La radio de la abuela, que Tota había encendido…! ¡Pero mirá cómo estás!, la atajó Tota que se refregaba la cabeza con repasador, ¡andá y secate! ¡Que te vas a enfermar…!

Un viento feroz llegaba desde el río. Poliya entró en el baño, se quitó la capita. Colgarla sobre el piloto que Beba acababa de colgar fue como izar una misma bandera. Los talones descalzos de la tía Beba hacían cimbrar el piso flotante. Y Poliya ya iba a cerrar la puerta que daba a las piezas cuando de pronto, en la de acá al lado, la vio: se había quedado en viso, la tía Beba, y con esfuerzo iba arrastrando su

valija hacia la pieza del piano. (¡La valija que se había comprado para ir a Mar del Plata! ¡La única valija de esa casa en que nadie viajaba nunca!). Aunque sea a sacar la valija, tengo que ir, había dicho, y Poliya avanzó en puntas de pie sobre sus huellas de agua, cruzó aquellos cuartos en que había dormido durante toda la infancia y se asomó al primer cuarto como al último día. ¿Pero qué hacés así?, se asustó también la tía Beba, y al verla empapada se le abalanzó y empezó a sacarle el overol. Y ella tuvo vergüenza de su camiseta, de sus rodillas rudas, de sus brazos temblorosos. Todas las preguntas que no había podido hacerle atestaron como abejas el panal de su corazón… Vamos, vamos, no llorés, dijo la tía Beba, dulcemente, dándole una mano como quien saca a bailar, y Poliya alzó uno a uno los pies de las perneras abullonadas… No llorés: no les des el gusto. Porque para eso estaba la política: para cambiar de tema, para tener de qué hablar cuando ya no servían las palabras. ¿Te vas?, le preguntó. La tía, sorprendida, bajó los ojos. Pero no, improvisó, me vine para acá porque no quiero dormir con ésa al lado. Dale, agarrá una, elegí, la alentó la tía Beba y se agachó a abrirle la valija: todos sus vestidos estaban doblados, preparados. Poliya recordó aquel juego de medirse espalda con espalda —¿a qué edad sería más alta que la tía Beba?— y que ya era innecesario. Y tomó el batoncito y ya se lo abrochaba cuando tía Tota gritó.

*

¡Nena! Corrieron a la cocina. Por la calle un camión pasaba traqueteando las chapas de su carrocería, flojas como orejas de elefante: pero no se detuvo. Tota las recibió con ojos desesperados. Había girado el dial de la radio de la abuela y había encontrado los últimos compases de una marcha militar. ¿Pero qué marcha era?, le preguntó Beba a Poliya, para que Tota respondiera. ¿Era la marcha de la Libertad?, preguntó Poliya a Tota. Bah, despreció Tota, que solo conocía las piezas de estudio… Cuidame el arroz, dijo, como ofendida o harta. Y se perdió hacia las piezas.

La tía Beba se agazapó junto al ventanal; el viento era tan fuerte que

no dejaba oír si llovía. Pero si la radio había anunciado algo importante ahora iban a oírse gritos de la gente, como en domingo cuando hacían un gol, o como cuando murió Evita y Collazo había salido a tirar tiros al cielo, puteando contra Dios. Tableteaba la tapa de la olla, empujada de abajo por la rebaba hirviente; Poliya la levantó con un repasador para que no distrajera a tía Beba, bajó el fuego y se puso a revolver el arroz. No, no se oía nada. ¿Y no podemos ir a preguntar?, sugirió Poliya, como quien consuela. ¿Querés que cruce de Luisito?, estuvo por decir aunque en el fondo tenía miedo de salir con este viento y de dejarla sola y que a la vuelta no estuviese. Beba bajó la vista y miró el hule de la mesa, siguiendo con el índice el dibujo de los rombos. ¿Qué hora será?, preguntó. Poliya se encogió de hombros. ¿No tenés deberes vos? ¡No!, iba a decirle ella: el viernes habían huido de la escuela mucho antes de que la señorita llegara a darles la tarea… Pero tengo el discurso del Día de la Raza, recordó. Ya tendría que ir preparándolo. Traé *El Tesoro de la juventud*, la entusiasmó la tía Beba. Andá andá yo me ocupo del arroz, dijo como si volviera a decir "no les demos el gusto".

La tía Tota había abierto las ventanas para espiar por los visillos y un viento helado, una misma inclemencia hermanaban la pieza con el resto del pueblo. Y cuando oyó que Poliya venía a buscar el *Tesoro* tía Tota se volvió y la miró fijo. Señaló la valija de tía Beba que había quedado abierta. ¿Se va?, parecía preguntar. No, no, hizo Poliya con la cabeza… Pero solo entonces Tota se agachó un poco y le mostró el pastillero de plata, sobre la valija. Poliya vio su propio rostro reflejado, y el reflejo abrió los ojos de espanto. ¿Cianuro…? ¡La Virgen no protege a los suicidas! Y sacó el tomo del *Tesoro de la juventud* que ya habían revisado, lo apretó contra el pecho y volvió a la cocina.

Beba cortaba rodajas de hinojo que caían en dominó, como herraduras blancas. Tota agarró la olla con dos repasadores y la volcó en el colador con un rumor de catarata. Y sí, ya estaba harta de su hermana, de las peleas con su hermana, y de los domingos siete que ni los retos de la abuela conseguían impedir. ¿Pero qué podían hacer ellas dos solas si Beba se iba? Algo raro pasa, concluyó la tía Beba, vaya a saber por qué. Poliya le alcanzó el tomo del *Tesoro de la*

juventud, y ella, como despertando, se secó las manos en los muslos y lo tomó cuidadosa, como quien recibe en brazos a un recién nacido. La radio chilló y Poliya se apuró a bajar el volumen y a buscar emisoras. Beba pasaba las páginas y la otra giraba el dial. La tía Tota trajo la fuente humeante pero ellas no le hicieron caso ni un lugar en la mesa. A ver, nena, dijo la tía Tota. ¡Acá está!, la interrumpió tía Beba. La tía Tota miró ansiosa. "Indios de Tierra del Fuego en el Pabellón Argentino" decían grandes letras. ¡Pero!, se hartó la tía Tota. ¡Hasta cuándo iban a joder con los cabecitas negras! Exposición de París, leyó Poliya en voz alta.

¡Teléfono! Poliya y Tota apenas se levantaban de la mesa cuando Beba ya había largado el libro, corrido a la sala, descolgado el tubo. Llegaron a tiempo de mirarla escuchar: muda, tensa, pero no sorprendida. Sí, hablá, hablá, permitió por fin. ¿Será tu padre?, susurró Tota a Poliya, y Beba hizo un gesto fastidiado, hasta que por fin se despidió y colgó el tubo y descolgó el impermeable.

Ponete la capita nena, andá, le ordenó a Poliya que miró a tía Tota. ¿Puedo irme con ella? ¡De ninguna manera!, pareció decir tía Tota, ¡te lo han prohibido tus padres! Era la tía Felisa…, la apuró Beba, están repartiendo víveres. La tía Tota bufó: ¿cómo, víveres? ¿E iba a buscarlos Beba que despreciaba la sidra y el pan dulce y las muñecas Marilú y las máquinas Singer y todos los regalos con que la Fundación Eva Perón compraba los votos de la gente? ¿Víveres?, transmitió Poliya. Sí, víveres, se impacientó tía Beba, y abrió la puerta a la tempestad. ¿O pensás seguir a arroz blanco, vos? La lluvia había parado, el cielo volvía a estar alto. Y el viento era el que reinaba, sacudiendo las chapas en un temblor de desguace. Avanzaban por la galería y la tía Tota las seguía de cerca como aterrada de quedarse sola. Pero algo también ya traerá mi papá, dijo Poliya. Ojalá haya llegado, reveló la tía Beba. Ya han cortado los caminos…

*

Sí, algo pasaba. A la esquina de Colombia había llegado más tropa. Y a aquel camión del Swift y a aquel Ford V8 de la policía se le

sumaba un jeep que venía de Cambaceres. El camino más corto para llegar de tía Felisa era pasar entre ellos: pero la tía Beba salió para la otra esquina. No, de atrás del portón de fierro del taller no llegaban ruidos de intrusos. El agua se replegaba por chapas y canaletas, por cordones y bocas de tormenta, como un ejército que hubiera recibido nueva orden. Entre las celosías de la pieza de Greta centelleaba el ojo del faisán pintado por el padre, pero la voz de otro hombre discutía con la Portuguesa. Pobre Greta, dejó caer la tía Beba que nunca la había nombrado desde aquella noche en Banfield. (Pero Greta ¿dónde estaría? Poliya la imaginó alborotando por ahí, en algún contubernio, arengando vecinos con su voz cascada hasta que de pronto creía ver algo turbio y lo denunciaba y hacía que la expulsaran como la habían echado —¡por suerte, decía la abuela!— de la Unión de Estudiantes, o hasta que alguien le chismeaba que su madre tenía esas visitas). Por la ventana abierta de la carnicería lo vieron a Angelito pasar el secador sobre el piso encharcado, al pie de un almanaque con el dibujo de Evita. De lo alto de un techo estalló un grito atroz: un pájaro prehistórico, todo untado en petróleo. Al doblar por Don Bosco el viento les alzó las faldas como diciendo "¡Atrás!". Batallones de nubes avanzaban desde el río y seguían para el lado de ciudad Eva Perón, como huyendo del avance de la flota de mar… pero por aquí abajo solo iban ellas dos, en el mismo sentido. Pero ¿adónde irían? Si era verdad lo de los víveres, nadie más que la tía Beba se había animado a salir a buscarlos, ¡y con qué decisión! Pero también, pensó Poliya, con un cuidado de ladrón que ha entrado en una casa… Una puerta se abrió enfrente: era la abuela Pérez. ¿Qué hacían por ahí solas?, decían sus ojos de espanto. Tito el hijo tullido salió a llevarla adentro. No, mamá, parecía decirle, esto no es lo mismo que la Guerra de España. Pero mejor no meterse, igual, con esa roja de la Beba Grimau.

Por las ventanas de Alumni, se veían refugiados en la cancha de básquet: escuchaban con miedo los reportes de un militar. ¿Ahí es que reparten los víveres?, iba a preguntar Poliya. Pero una voz de mujer gritó ¡Poliya! La señora de López salía por la puerta del club y cruzaba al trotecito la calle mojada. ¿Pero qué hacía ella ahí, si no era peronista? Cuando estuvo muy cerca su expresión se aflojó, pero no

decía nada. Miró a la tía Beba como pidiendo ayuda. ¿Y tu mamá, Poliya…?, se atrevió sin dejar de mirarla a la tía. La tía Beba le apretó la mano. Ahora íbamos para su casa, intervino como protegiendo a la nena. Pero ¿mentía? ¿O iban para allí, y no de tía Felisa, y Beba había mentido a la tía Tota? Maruca miró para atrás, quería asegurarse de que nadie más la oyera. Falleció…, dijo en voz baja. ¡El vigilante…! Un silbato tronó a la puerta del club. Maruca se dio vuelta y lo miró sumisa. Están para evitar saqueos, lo disculpó y volvió al trotecito al club Alumni. Y en lugar de preguntar Beba siguió apurada a casa de Poliya.

El viento hamacaba el farolito de la esquina que iluminaba a rachas los frentes de las casas. De lejos se veía que habían atacado la casa de los López: por eso Maruca habría debido refugiarse en Alumni. Pero ¿por qué le había preguntado por su madre? La tía Beba pasó de largo, empujó el portoncito de la casa de Poliya y se coló por el corredor abierto del costado, saltando esquirlas de escombro. Pero Poliya quedó como hipnotizada mirando el frente de los López, las caries en el revoque iguales a las que se veían en frente del diario *El Día*, el esqueleto de un trípode caído en el porche. ¡El vigilante!, comprendió. ¡Señora, sálvese! ¡Váyanse de acá!, le había dicho ese hombre a la madre… y después lo habían muerto… El cañonazo de un trueno la zamarreó despertándola y ella también se metió por el pasillo. ¿Gogo?, iba diciendo la tía Beba, cautelosa: porque tras las persianas bajas estaban abiertos los vidrios. Pero no brillaba una luz. Cuando llegaron al patio Beba buscó la llave abajo de la maceta y abrió la puerta de la cocina. Poliya se apuró a encender la luz. y quedaron allí, intentando entender qué les decían el chiflón y aquel piso mojado y un golpeteo extraño que sonaba, como aplauso de foca, en alguna de las piezas.

No ha vuelto a venir por acá, tu padre, concluyó la tía Beba: su libreta de enrolamiento todavía estaba sobre el aparador.

Andá nena, traete ropa seca, le ordenó Beba de pronto. ¿Y el *Manual del Alumno*?, le rogó Poliya, como quien pregunta. También, concedió tía Beba lanzándose hacia adelante. Poliya la seguía de cerca como si se cobijara en un paraguas invisible. Beba iba encendiendo las luces:

no, nadie en la pieza de Poliya, ni tampoco en la de Toni, ni tampoco en la sala de la entrada donde nadie —comprobó la tía Beba— había dejado un mensaje por abajo de la puerta. Pero un gran golpe de viento barrió toda la casa, desde el frente hasta el fondo. Y en el baño cerrado aquel palmoteo de foca se volvió un flamear de capa.

La tía se adelantó, abrió la puerta del baño y prendió la luz. No, tampoco ahí había nadie. Pero arriba la claraboya no tenía un vidrio sano, y una lona que alguien le había puesto por encima flameaba desprendida y a punto de volarse. En el piso centelleaba un montón de astillas de vidrio que alguien —¡el padre de Poliya!— habría barrido prolijamente contra la bañadera… (¿Y por qué ponía tan triste pensar en un hombre que barre? ¿Y por qué no les había dicho nada de esto, ayer, a Poliya, o al menos a su hermana?). El espejo del botiquín estaba rajado al medio. Vamos nena, dijo la tía Beba, temerosa de su propio reflejo. Y mientras su tía sacaba latas de la alacena Poliya corrió a buscar su portafolios, lo vació de todo salvo del *Manual del Alumno*; buscó en el cajón una bombacha y un rollito de medias y buscó a su tía Beba y salieron al patio y siguieron juntas…

*

Grandes olas de lluvia y viento rompían contra las casas, y en el vientre de las olas el farolito se balanceaba loco, como un pez abisal. A la esquina del club Alumni llegaban dos colectivos vacíos; unos pocos soldados bajaban y en dos o tres zancadas se acogían en el club. La tía Beba vaciló y tomó para la calle Colombia, quizá para esquivar a aquel vigilante del silbato. Pero ahora mucha más gente abría puertas y ventanas, se gritaba preguntas, se cruzaba de vereda, y aunque todos las veían, nadie les prestaba atención. Y llovía de nuevo tanto que parecía sospechoso ir las dos corriendo así, de zaguán en zaguán, una con la bolsa de los mandados y otra con la valija de la escuela, parando a resoplar en el refugio del tranvía o bajo el toldo rotoso de la inmobiliaria Arturi o el alero del garaje de la casa de Mancino. Ah, qué te tiró, murmuró la tía Beba mirando con disimulo sus ventanas cerradas sobre las piezas a oscuras… Alguien abría un

postigo en una casa de enfrente y Beba cruzó la calle para disimular, por si la habían visto, y Poliya la siguió: ya estaban en la vereda de la casa de tía Felisa. A la esquina de Mazzini seguía llegando tropa y varios militares, bajo sus cascos lustrosos, las miraron severos cuando entraron al porche… Beba iba a golpear cuando la puerta se abrió.

¡Ay nena!, la recibió Felisa. ¡Ya estaba cortando clavos…! La casa estaba en penumbra: los hombres dormían la siesta —se oía todo un redoblar de ronquidos y ruidos de radios—. ¿Y esta nena?, se sorprendió Felisa cuando vio que Poliya entraba detrás de la tía Beba. Mi hermano no está en su casa, dijo la tía Beba. Felisa pidió que dejaran en el piso el portafolios y la bolsa con los víveres, y le dieran impermeable y capita y los colgó del perchero. Y cuando terminó la tía Beba la agarró de las manos, como para que tía Felisa le mirara los labios. No hay nadie de Mancino, reclamó en voz muy baja. La tía Felisa bajó la frente, como si no pudiera entender… Los parlantes de Shepherd dejaron oír un chillido, alguien iba a comunicar algo a la población, y la perrita al fondo empezó a chumbar frenética. ¡Muñe!, le gritó el tío José desde su cama. ¡Callesé caramba!

Felisa les hizo una seña cómplice, y en puntas de pie pasaron frente las puertas de las piezas en que flotaban como peces la barriga ladeada del Gordo en musculosa, la radio que el Lauchita tenía en su mesa de luz, clavada en Radio del Estado, la Virgen fosforescente recuerdo de Mar del Plata que erizaba de rayos la mesa de luz del tío José.

Y entraron en la cocina. La tía Felisa cerró la puerta. Fue hace un rato nomás, le dijo a la tía Beba, como repitiendo, ampliada, una lección que ya le había recitado por teléfono. El Lauchita se lo encontró. Y la tía Beba suspiró de alivio como si ella misma hubiera encontrado a ese hombre… Había ido a acompañar a la tía María del tío Chestín, que estuvo a comer, y en la esquina se lo cruzó. Díganle a la Beba que la fui a buscar a su casa, dijo, y dijo que ahora iba a ver si te encontraba en lo de tu hermano… Los parlantes de Shepherd volvieron a sonar y la Muñe a arañar el alambre mosquitero de la puerta del patio. Andá y calmámela, nena, rogó Felisa a Poliya, de quien casi se había olvidado. Sí, Poliyita, andá, le rogó la tía Beba con

los ojos llorosos de esperanza. Y Poliya abrió y salió a un patio inhóspito como el resto de Ensenada, tan preocupada que la Muñeca la tumbó a lambetazos contra la puerta mosquitera. Al otro lado del tapial se sacudían los nogales, de la parra de uva chinche que entoldaba el patio caían largos flecos de lluvia, la jaula de Carusi oscilaba como farol en bote y el pobre volaba loco de un barrote a otro. Pero la perra se había acomodado en su falda como hubiera hecho un gato. ¡Ah, no ser un animalito que se calmara así, con solo rascarle la cabeza! La tía Beba no me quiere, Muñe, confió como sin quererlo. Quería librarse de mí ¡Ahí está!, gritó la voz de Dorita al otro lado de la medianera. Un dos tres… ¡COMPAÑEROS!, probaba el parlante de la esquina y la Muñe se desenrolló de un salto y Poliya se paró.

¡Prendé la radio, vieja!, gritó la voz del Laucha que llegaba de la pieza, ¡sentí! En cada casa de Ensenada parecía pasar la misma escena. Poliya entró en la cocina y vio que el Laucha caminaba de una a otra punta pero la tía Beba seguía quieta y atentísima, igual que la mujer ante el lanzador de cuchillos… ¿Y Perón?, decía indignada Felisa al Laucha. ¿Qué mierda hace Perón? El tío José llegó anudándose las sogas del pantalón pijama: Eh, che, qué pasa, dijo entre gargajos, como quien pide más respeto. La tía Beba pareció a punto de preguntar algo al Lauchita (¿algo sobre ese hombre que se había cruzado?) pero al ver a Poliya la agarró de la mano y la arrastró al vestíbulo y se pusieron los impermeables y tomaron bolsa y portafolios y salieron de allí.

*

Mucha gente venía corriendo a la esquina de Mazzini. Aquel loco Benvenuto que había pasado alistando para la guerra de Corea, y aquel Toto Carloni que vivía con el bombo colgado a la espalda y hasta la madre de Greta, que preguntaba a gritos por su hija, con su amigo detrás. Solo Beba y Poliya volvían a su casa, pero nadie las miraba. La tía Tota esperaba en la galería —¡la pobre! ¿habría entendido ya que Beba había planeado irse y dejarla sola!— y vino a

abrirles la verja con la misma pregunta en los ojos. La tía Beba pasó hacia adentro como si no la viese. Sonreía. Y esa sonrisa espantaba a la tía Tota como una culebra. Ah, tenés miedo ¿eh?, parecía decir. Beba dejó la bolsa sobre la mesa, y se quitó el piloto. Poliya la imitó, seguida por la mirada de la pobre Tota. ¿Y esos eran los víveres?, parecía pensar mirando a Beba que sacaba latas de *corned beef*. Vino Greta recién, urgió Tota. Dice que hay que estar listos, que nos van a evacuar. Poliya miró a tía Beba: ¿Es verdad eso, tía? ¿Era eso lo que había anunciado la radio, lo que ahora decían los parlantes? Bah, dijo la Beba. La marina aprieta pero no ahorca. Pensá, le ordenó feroz, con este tiempo…

(Pero ¿sabía la tía Tota que el 16 de junio los aviones de la Marina habían debido postergar varias horas el bombardeo, porque el tiempo estaba así, igual que ahora, sobre Buenos Aires?). Apagá la luz de acá, nena, ordenó por fin. Vení a la cocina, vamos. Poliya obedeció y la tía Tota se apuró a seguirlas, pero se daba vuelta a mirar la calle como si fuera a ocultar un arma entre las ollas. ¿Mi papá no llamó, Tiato?, deslizó Poliya. ¡Cortaron el teléfono!, dijo Tota. Beba se sentó a la mesa y miró la ventana que daba al patio; quería quedarse a solas con su nueva locura. Aquí y allá, por el pueblo, se oían rugidos de motores que arrancaban, el cloqueo de un galope en la lluvia… ¿Te caliento el arroz?, preguntó la tía Tota mientras le acercaba a Beba su plato con hinojo. ¡Oh vamos!, perdonala, tía Beba, hagan las paces, hubiera querido rogar Poliya. ¡Explicanos qué pasa, que la tía Tota sufre! Pasame el *Manual del Alumno*, nena, dijo en cambio Beba… Poliya corrió a la sala y cuando agarró el portafolios notó que Tota le había ido detrás y desenchufaba la lámpara junto a la que siempre cosía, pero esquivó su mirada, por no tener que responder… Cuando volvieron Tota puso la lámpara sobre la mesa y una luz cegadora reverberó en la lámina del *Tesoro de la Juventud*: el grabado con la choza en la Exposición de París, y los pobres indios yaganes.

¿Y encontraste algo en el *Manual*?, preguntó Beba distraídamente, como si Poliya hubiera tenido tiempo… Y la nena sacó el *Manual* del portafolios y dijo que había visto una página titulada “Día de la Raza” en que se veía una foto de Evita junto al Generalísimo Franco… Un

trueno hizo temblar la casa: la lluvia empezó a sonar igual pero más fuerte, como si Dios quitara la sordina al cielo. Uh uh, protestó la tía Tota. Poliya, impertérrita, siguió hojeando el *Manual* y precisó que en la foto se veía a Evita revistando una tropa de maniquíes vestidos con trajes típicos de España, uno por cada región, regalo del Generalísimo… ¡Ja!, se burló la tía Beba. ¡La “Hispanidad”! Y Tota que justo desenvolvía su maravillosa tela roja resopló. Bah, ¿qué mal podía haber en esos vestidos tan lindos?

*

Y la luz tembló y ellas miraron la lámpara y la vieron amarillear hasta que solo un resorte diminuto quedó brillando al rojo vivo. Y quedaron a oscuras. ¡Pero si serán mierdas…!, protestó la tía Tota como imitando a su hermana que tenía ese talento para encontrar culpables. Andá a mirar enfrente, ¿querés, nena?, le ordenó a Poliya. Fijate si tienen luz. Y Poliya fue a tientas a la sala, corrió los visillos de la puerta, y vio cada cosa sumida en una negrura absoluta, como nunca se había visto en Ensenada, y volvió junto a ellas y dijo “no”. La lluvia era inverosímil, capaz de disuadir a un pueblo de escapar y salvarse. Beba seguía quietísima, como intentando que nada la delatase en la oscuridad. Pensar que habrá sido así en aquel tiempo, dijo de pronto. Poliya y Tota tardaron en comprender que hablaba de los indios, que de tanto verlos brillar en el *Tesoro de la Juventud* se le habrían quedado tatuados en las pupilas. Ni los indios sabían de los barcos españoles. Ni de los barcos los verían, a los indios, en el medio del monte. ¡Andá traé una vela, nena ¿querés?, se impacientó Tota. Las llevamos todas a la quinta, Tiato, dijo Poliya, fastidiada. Y en una oscuridad como esta, siguió la tía Beba, la Memé se quedó ciega ¿te conté? ¡Puf!, estalló la tía Tota, y empezó a recoger torpemente sus cosas: el crujiente papel de estraza, la cajita con agujas y dedales, la tijera labrada con forma de cigüeña, el frasco de los botones que rodó y cayó al suelo… Sí, claro que se lo había contado. Cuando la Memé venía de Francia con su madre, siendo una nena de cuatro o cinco años, una tormenta se desató, en medio del océano. ¡A los botes!,

gritaron los marineros y una ola diez veces más alta que aquel barco se levantó a babor; pero el piso se inclinó de pronto y las luces se apagaron y ella se soltó de la mano de su mamá. Ay, tía Beba, comentó Poliya, ¡qué miedo!

¡Pero claro!, protestó tía Tota. Mirá si son cosas de andar contando a una nena. Relámpagos nerviosos le mostraron que tía Tota escapaba a su pieza, oscilando como si la casa fuera un barco en tormenta. ¿Te imaginás la cara de los tíos que las esperaban acá en el puerto, no?, confío la tía Beba. En vez de esa hermana joven que acababa de quedar viuda y una hija, ven bajar solo a una nena ciega… O loca, se corrigió, porque ¿cómo te sacás de la cabeza una noche así? ¡Nena, nena, vení!, la emplazó la tía Tota. Ya sé que te va a decir… y es todo mentira… Siempre la trataron mal, siguió la tía Beba, como culpando a Tota. Esos tíos, y después su marido y hasta su hijo, el Tatita. Que cuando llegó a Cambaceres a hacerse cargo del varadero, le inventó a su madre ese “pavillon” en un barco varado… porque sabía que en poco tiempo la viejita ya no podría bajar por la planchada. Y cuando ya empezó a perderse la Memé, la diversión de los nietos —de Chanita, de tía Negra, de tu abuela Hortensia— era seguirle el tren. No le hagas caso, Poli, gritaba la tía Tota. Lo hacían por su bien… Le decían que todo había sido un sueño, que nunca había habido una tormenta, que aún viajaba en aquel barco… y que todavía no había llegado a América.

¿Por qué la tía Tota se había puesto tan nerviosa, como si aquella historia fuera a romper el mundo? Y en una inundación, me contó el tío Chana, cuando el río se salió y arrastró aquel barquito, se pusieron a gritar: A los botes, a los botes… Pero ¿por qué hacían eso tía Beba?, le preguntó Poliya. A lo mejor tenían miedo de que no fuera ciega y que si se le pasaba la locura viera algunas cosas que no tenía que ver, deslizó la tía Beba. O a lo mejor no querían que la gente que venía al varadero la viera, hablara con ella; que el pueblo se enterara de algo que no debían comprender…

Ay tía, Beba, dijo Poliya. ¿Qué vamos a hacer, nosotras? Mirá, dijo la tía Beba, y Poliya sintió que le tomaba la mano en la oscuridad, y el piso se inclinaba, cercado por la gran ola… Para cuando nacimos las

bisnietas, la Memé ya estaba tan perdida que había vuelto a ser una nena y creía que éramos compañeritas de viaje: nos hablaba en francés, nos enseñaba la Marsellesa… De haber sido por nosotras no habríamos salido nunca de allí, no habríamos querido que ese barco llegara a América. ¡Nena!, gritó la tía Tota. Andá, andá, la autorizó Beba, como aliviada, y le soltó la mano… Cerrá los ojos y pensá que esto es un barco…

*

Y también Poliya empezó a avanzar temblando. Por Dios, ¿qué era esa historia? ¿Y por qué se la había contado justo ahora? De pronto, Poliya pensó que era un legado; y que se lo había regalado porque o bien se moría o bien se iba… Relámpagos alumbraban el piso, pelelas y palanganas atajando goteras, como lunas sombreadas de macramé, y de pronto, al pie de la cama de la tía Tota, su bolso de rafia: Poliya se agachó y le robó las llaves. Un refucilo mostró los ojos de la tía Tota: acostada boca arriba escuchaba la tormenta como una sinfonía que no conseguía entender. ¿Vos no extrañás a tu mamá?, preguntó al oír que Poliya se acostaba en la camita de al lado. El ruido de un camión la salvó de contestar. Y no, pensó Poliya, ella no extrañaba a su madre; pero si a la tía Beba se la llevaban o si se iba sola… La lluvia fue adormeciéndola hasta que del rumor de la lluvia se distinguió otro rumor: la tía Tota rezaba, o improvisaba un rezo. Pero ¿cómo iba a atenderla Dios, si nunca habían rezado? ¿O ahora que los peronistas quemaban las iglesias, y que el Papa había excomulgado a Perón, a Dios le quedaría tiempo para atenderlos a ellos? Y en todo caso ¿por qué habría de atenderlas *a ellas* más que a los aviadores que venían a bombardear Ensenada y en cuyas alas los pilotos pintaban las palabras "Viva Cristo Rey"? No, Dios no querría salvar a los Grimau, si el precio era el fracaso de esta Revolución: para mujeres como la tía Beba reservaba la hoguera y la gloria; solo para hombres como Rojas reservaba, después del heroísmo, la salvación. (Rojas, imaginó Poliya, que habría cruzado mil veces Ensenada camino de la Base; y que había aprendido a odiar a cada ensenadense porque se les notaba que habían

votado a Perón. Rojas que había ido al acto escolar por el 20 de junio, y al ver que Poliya iba hacia él cargando la bandera de ceremonia se había levantado un poco los anteojos negros de su nariz de aguilucho y mirándola con picardía le preguntó: ¿Me la vas a cuidar, no?). ¿Pero hablaba de la bandera, Rojas?, comprendió Poliya, incorporándose en la cama, tratando de ver a la tía Beba entre las sombras. ¿O hablaba de la tía Beba, y le pedía que la cuidara ella ya que él mismo no podría ocuparse de Beba durante la Revolución?).

El retumbo de unos pasos la asustó: era Beba venía a dejarle un sanguchito de *corned beef* y cebolla en la mesita de luz y un vaso de limonada, y seguía al cuarto de adelante. Poliya masticó aplicadamente un largo rato, controlando cómo Beba abría el sofá cama en el cuarto de al lado y se tendía a dormir, y después se tendió también ella a velar hasta que solo oyó caer la lluvia —la persistencia de la lluvia—. Pero ¿por qué no se oía a nadie? ¿Y si ellas eran las únicas que quedaban en el pueblo, como ofrecidas en sacrificio a los aviones? La bomba de un trueno la despertó.

Llovía más que nunca, pero ya amanecía y a esa pobre luz gris la tía Beba abría los caballetes, ponía la tabla encima, acomodaba los bancos para dar clases como cualquier otro lunes. Quizá habría vuelto la luz, al menos por un momento, y Beba habría escuchado la radio: una buena noticia habría escuchado, como para actuar así, como un lunes cualquiera. Poliya supuso que dormirse ya no era un peligro. Y qué alivio dejar de pensar como los grandes.

Lunes 19

Oyó estruendos de batalla. ¿Dinamitaban puentes?, ¿bombardeaban trenes? ¿O era solo la tormenta? ¡Las llaves!, gritaba Beba, ¡las llaves, Tota! Pero no sé, te digo. ¡Acá están caídas, Tiabe!, mintió Poliya y saltó de la cama y se las alcanzó, avergonzada… La tía Beba las agarró sin mirarla. Alguien llamaba a la puerta: entre visillos se veía el domo de un paraguas resistiéndose al viento, y mucha gente que pasaba escapando como arrastrada por él. ¡Ya voy!, gritaba Beba, ¡ya voy!

Relámpagos nerviosos plateaban un caos de torrentes, de árboles

sacudidos, de paraguas rebeldes. Bajo el paraguas flameaban los faldones de un piloto y un ruedo de pollera. ¿Julia?, adivinó la tía Beba y el paraguas se alzó y dejó ver a la directora de la escuela, sus ojos desesperados. ¿Ustedes tienen luz?, suplicó.

¡No, desde anoche que no!, respondió la tía Tota aplicadamente. Y fue decirlo y entender que Julia no venía por eso. Beba forcejeaba con el candado de la verja, ansiosa por dejarla entrar y oír lo que tenía para decirles. Y en eso llegó Greta, con su impermeable de YPF.

La miraron ansiosas. Pero Greta, al ver que allí estaba Julia se endureció y vaciló. Y no miró a Beba, ni siquiera a Poliya.

¡Se vienen, Dorita!, gritó por fin a la tía Tota, que pareció asustada por ese privilegio. ¡Nos bombardean!

Tota miró a las demás. ¿Qué decían, Poliya, Beba, Julia, las que tenían estudio? ¿Tenían que creerle a esta loca?

Pero con este tiempo…, balbuceó la tía Beba desarmada. Con esta lluvia…

La madre de Greta apareció tratando de domar un gran paraguas rosa. Vamos nena, dijo severa como quien dice “no te gastés con éstas”.

¡Pero no es con aviones, Beba!, replicó Greta, desafiante. ¡Es con cañones! ¡El 17 de octubre que lo llaman General Belgrano!, y mientras seguía con su madre a la esquina de Mazzini. ¡Y ya cañonearon Mar del Plata!

¿Mar del Plata?, pensó Poliya y miró a la tía Beba que también se había quedado quieta, atónita, herida.

Un remezón, un zumbido recorrió todas las cosas —había vuelto la luz—. Y empezó a tronar la sirena de bomberos. Y la alarma del puerto. Y las campanas de la iglesia, tocadas a lo loco.

Había empezado el Éxodo.

8

Volvieron a la casa. El viento era un insulto pegando con la lluvia. Ponete la capita, le dijo la tía Beba. Y ella misma agarró y se puso su piloto. ¿Vos cerrás?, gritaba la tía Tota. Beba no contestó, miraba su valija hasta que encontró el pastillero y lo deslizó en su bolsillo. Vamos, dijo. Salieron a la galería. Ay qué te parió, protestaba la tía Tota, que ya estaba en la vereda, luchando con el paraguas que quería volársele con la gente que huía. Pasaban los Martorelli, con los hijos en piyama, cayéndoseles de los brazos, pasaban los Ahumada, gritándose con las Rinaldi de una vereda a la otra. Contra la pared, ordenó la tía Beba lanzándose ella misma hacia adelante. Pero en lo alto de los frentes las canaletas rebalsaban, crines de agua chasqueaban contra las baldosas de la vereda. En lo de Zufriategui no se veía a nadie pero todas las luces estaban encendidas (¿para celebrar la masacre? ¿Para brillar en la costa y servirle de blanco a los cañones?). Solo el caniche quedaba allí, ululando, arañando la cancel.

Los paraguas se agolpaban contra el cordón de la esquina. La tía Tota alzaba el suyo cada vez que pasaba un auto, pero iban todos llenos, y en lugar de parar les mandaban ondas de agua que los hacían replegarse como camalotes contra un muelle. Enfrente había un micro cruzado por un cartel empapado: DEFENSA CIVIL. Se abrió una ventanilla. ¡Mariquinhas!, gritaba una mujer. Puf, qué elemento, comentó la tía Beba. ¿Hay lugar?, preguntó la madre de Greta desde el umbral de Gómez. Para mi nena, ¿hay lugar? Y Greta y su mamá cruzaron apuradas. La sirena calló y quedó solo el aullido de los perros, imitándola. Truenos. Lluvia. Dios, qué vamos a hacer. ¡Dorita!, gritó alguien en el micro. Era el Gordo de la tía Felisa. ¡Vení! ¡Vení! La tía Tota miró tímida, ansiosa, a su hermana, y Beba hizo que sí con la cabeza: se veía que pensaba en otra cosa, quizá en Mar del Plata. Y dejaron pasar un jeep y repechando su estela las tres cruzaron la calle.

*

De lo alto del estribo el Gordo la alzó a Poliya de un solo envión. Los brazos le temblaban como bolsas de agua caliente, tenía olor a vino, a pucho, mofletes sin afeitar. Dentro del micro el silencio de la gente era más fuerte que el redoblar del agua contra el techo. La tía Tota subió sin mirar a nadie y se quedó por ahí nomás, entre palanca y puerta, del lado de la vereda, sacudiéndose los pies. Pero la tía Beba no subía, solo miraba ansiosa el interior del micro; tenía los pies hundidos en el agua, y en su mano aún aferraba la llave. Un espejo del ancho del micro se inclinaba sobre Poliya y Tota, como vencido por el peso de fotos y banderines. Por ese espejo Poliya vio, en el asiento del fondo a todos los Dakuyaku: padre, madre, tres chicos y un perro como de yeso. En el último asiento doble Greta se acomodaba junto a su madre, con gesto de misión cumplida. Pero acá más adelante eran todas mujeres, y todas desconocidas. Vendrían de Berisso, supuso Poliya. Bajo un sombrero con flores había una vieja amargada y junto a la vieja una chica de pañuelo búlgaro y una enorme nariz. Las demás eran todas más jóvenes que las tías y cogoteaban inquietas para ver por las alas de murciélago que el limpiaparabrisas abría entre los chorros de agua. (Todos pensábamos en lo mismo, y todos nos callábamos, me dice, por la misma razón). ¡Nena! ¡Nena!, gritó una vocecita. Poliya buscó en el espejo a la dueña de la voz: era la tía María del tío Chestín, sentada en el último asiento individual, tan menudita y sola, aún vestida de domingo. Sin abrir la ventanilla quería hacerse oír por la tía Beba. Pero Beba desde la calle le preguntaba algo a la señora del Correo, que Poliya reconoció de pronto en el primer asiento. Le preguntaba algo que a la señora la incomodaba, que no quería responder. ¡Mar del Plata!, tuvo que gritar. Uy, yo a esta la conozco, dijo la chica de pañuelo búlgaro mirando a la tía Beba. ¡Cuidado tía!, le hubiera dicho Poliya. Beba se subió al estribo para hacerse entender mejor. ¡No hay caso, Gordo!, gritó en la calle una voz de hombre. La tía Beba subió un escalón más para dejarle paso: era el Laucha. ¡No quiere venir!, hablaba de la tía

Felisa, y el Gordo bajó del micro con esa prontitud con que solo obedecía a su madre. La chica del pañuelo se había plantado amenazante frente a la tía Beba. Ella seguía sin verla. Pero Porota, che, ordenó fastidiada la vieja del sombrero, vení, dejala.

Bombardearon el puerto, en Mar del Plata, balbuceó la señora del Correo, como para que Beba la dejara en paz, los depósitos de combustible. (Porque allá en el Correo, comprendió Poliya, habría alguna máquina que la había enterado de las cosas que callaban la radio, los diarios, los políticos). ¿Grimau?, se hizo notar la narigona del pañuelo mirando a la tía Beba, y como ella parecía distraída, la agarró de una manga. ¡Viva Perón!, la desafió buscándole los ojos, y la tía Beba alzó la vista conmovida, molesta de que la distrajesen. Pero no comprendía.

*

La puerta del micro se cerró de un cachetazo. ¡Arre!; se le escapó a la vieja del sombrero al ver que el camión que había adelante empezaba a avanzar. El chofer giró la llave y el colectivo trepidó y avanzó a tirones uno, dos, tres metros. Pero la chica seguía mirando fijo a la tía Beba y Beba la miraba también, como intrigada. ¿Miranda?, apostó. La chica se arrancó el pañuelo como diciendo sí. Bah, despreció la tía Beba y giró la cabeza para mirar la calle. Viva Perón, repitió esa Miranda sin soltarla, ¡gritá Viva Perón! El colectivo volvió a parar y el motor se detuvo. ¡Tuuuuuuu!, atronó la bocina de otro micro o de un camión que venía atrás. ¿Y adónde querés que vaya, la puta que te parió?, gritó el chofer mirando por el espejito… ¡Beba, por favor!, se alarmó la tía Tota, como quien dice “decile Viva Perón o nos matan…”. La puerta se abrió con furia y el colectivo empezó a sacudirse bajo los pisotones del gordísimo doctor Rosa. ¡Doctor, mire, ayúdela a mi tía Beba!, le habría gritado Poliya. Pero él no miraba a nadie, y espantándose de los hombros las gotas de la lluvia se acomodó en el asiento que Miranda acababa de dejar. Las chicas se habían parado. ¿Quién es, Porota? ¿Quién es? Miranda no respondía. ¿Me tenés a la nena, Laucha?, preguntó mirando ávida la

puerta. ¡No!, gritó Poliya: pero antes de que el Laucha respondiera se había arrojado a la calle, con todo el peso del cuerpo. Y Tota, aterrada, le había ido detrás. ¡Pero si será guacha!, decía Miranda. A ver si se calman, señoras, dijo el chofer y cerró la puerta. ¡Yo se la tengo jurada a esta…! Miranda se apuró a abrir la primera ventanilla: ¡O gritá Viva Rojas!, la emplazaba a los gritos. ¡Defendelo a tu macho!

De la gente que pasaba bajo la lluvia, por la vereda atestada o por la calle inundada, no había quien no las mirase; pero seguían de largo. ¡O gritá Viva Rojas al menos! ¡Cobarde!, decía la chica del pañuelo. La tía Beba quiso gritar pero era tanto el barullo que sacó del bolsillo algo chiquito y plateado y lo sostuvo en alto entre índice y pulgar, como para que Miranda lo viera. ¿Pero qué hace?, decían las demás, ¿qué es eso? ¿Una moneda? (¡El escudito!, reconoció Poliya. "¡El escudito!). Y entonces, muy ostentosamente se lo clavó en el pecho, del lado del corazón. Miranda retrocedió. ¡Ah, qué perra! ¡Cómo se puede ser tan perra! El chofer de nuevo ponía en marcha el motor. ¿Quién era, Porota?, le preguntaban las chicas. ¿Quién era? ¿Pero ustedes son taradas?, decía la otra, en lágrimas. ¡La presidenta de mesa!

*

(Me la tienen jurada, decía la tía Beba, me dice. ¡Dejó sin votar a veinte!, se recordaba en casa. Yo le decía que no fuera, recordaba la abuela, Evita se moría en Buenos Aires, estaba caldeado el ambiente. Pero mirá que se la iba a perder, decía la tía Tota. Beba que no podía dar clase en ninguna escuela, porque no había accedido a afiliarse al partido peronista…, de pronto había sido elegida para ir a la escuela, a presidir un comicio, y en la misma escuela en que a su padre los conservadores le habían devuelto la libreta firmada, antes de que hubiera podido entrar al cuarto oscuro: Vaya don Antonio, usted ya votó). Poliya ya no veía a sus tías pero las mujeres daban la vuelta al micro limpiando una por una las ventanillas empañadas, por no perderlas de vista. Tranquila, piba, le decía el Laucha. Nena, nena, vení, la llamaba de allá atrás la tía María. Y por ellos Poliya se dio

cuenta de que estaba llorando. Pero no se movió de su sitio y de allí por fin las vio. Habían recalado en el umbral de Mazzini, un relámpago les había hecho pegar las espaldas a la cortina metálica como si esperaran que el trueno les tomara una foto; pero cuando al fin vino el trueno las dos salieron trotando a casa de tía Felisa… A ésa, che a ésa, le ordenó Miranda a un tipo de sombrero chorreante, brazalete negro sobre la chaqueta mojada, que pasaba por la calle… El micro volvía a avanzar y las chicas regresaron cada una a su asiento, como si en vez del motor fuera el mundo el que temblaba. ¿Qué me cuenta, doctor?, dijo la vieja del sombrero al doctor Rosa. Pero él no contestaba… Pasaban frente de la puerta de tía Felisa cuando vieron que tía Beba salía de nuevo a la calle y como olvidada de ellas empezaba a escapar, igual que todo el mundo, para el lado del Camino Blanco, la salida del pueblo. Tía, hubiera querido gritar Poliya. ¡Cuidado con un tipo…! ¡Dorita!, le gritó el Laucha a tía Tota, que también salía de la casa. ¿No viene mi mamá? ¡Vamos caminando!, improvisó la tía Tota, que solo quería divisar a su hermana y cuando lo hizo se fue tras ella. Ahora de la casa salía la tía Felisa. ¡Vieja!, le gritó el Laucha. ¿Venís? Ella movió una mano vaga, como espantándose la lluvia, se agachó a alzar a la Muñeca y se volvió hacia adentro.

¿Hay más micros que salen, no?, preguntó el Laucha al chofer, como para tranquilizarla. Llegamos y volvemos ¿no? El chofer no contestaba: quizá le daba furia que el Laucha no quedara con su madre. Nena, nena, vení, volvía a decir la tía María allá al fondo del micro. Poliya miró a Miranda, que no miraba a nadie, que estaba ensimismada en su propio rencor; sentada al borde del asiento donde Greta y su madre, abrazándose, le habían hecho un lugarcito. Y fue la envidia de ese abrazo lo que la animó a cruzar el micro, temblando como cuando en los actos del colegio llevaba la bandera. La tía María también le hizo lugar y Poliya se sentó y sintió sus brazos fláccidos abrazándola de atrás, su pecho derrumbado, y allá abajo, entre sus propios pies, el piecito tullido por la polio, su empeine hinchado que afloraba como una teta del zapato Guillermina. ¿Vos hija de quién sos?, le preguntó.

*

(Yo era hija de Ida Pfeifer, me dice. Que también había ido a aquel primer comicio temprano en la mañana y había vuelto indignada. ¡Pobre Beba! ¡El trabajo que le daban esas brutas! Una metía en el sobre la libreta cívica, otra pedía votar por una compañera “que estaba tullidita”… Y otra —¿sería esta Miranda?— había puesto una estampita en la libreta cívica, al lado de su foto y sus señas particulares. ¡Andá, sacá eso, y volvé!, le había dicho tía Beba. Que eso es voto cantado). De todas las casas salía gente a enfrentar resplandores igual de nerviosos que ellos. Vamos caminando, le había dicho la tía Tota, y la mayor parte de la gente se iba así, bajando la cabeza para embestir la lluvia, fingiendo que eran las gotas lo que les arrugaba el ceño El colectivo frenó, pero el motor seguía en marcha. Pero, qué embotellamiento, ¿eh?, dijo el japonés con aplicación de alumno de castellano que pasa al frente. Uno de los micros que anoche habían visto frente a Alumni confluía con ellos por la esquina de Alem, repleto de refugiados. ¿Qué pasa allá adelante?, dijo este chofer al otro con un brazo encogido y los dedos unidos en ademán de pregunta. ¡Algún quilombo!, contestó el otro, exagerando con los labios. ¿Y si era por la tía Beba?, trató de ver Poliya. ¿Y si el tipo del brazalete al fin la había alcanzado, le había visto el escudito y ahora la detenían, la insultaban, la rapaban…? ¡Y la pobre tía Tota ahí al lado, incapaz de defenderla, puchereando como un chico solo frente al Patano, y escapando por fin como en aquel comicio, a llamar a su hermano! (Tota que al llegar a la escuela y ver aquel revuelo había votado rápido, sin mirar a Beba —que tampoco la miraba— ni una sola vez. Pero había visto, sí, que muchas otras mujeres seguían el ejemplo de aquella bruta: que le daban su libreta con la estampita adentro, y que a todas y cada una Beba las hacía salir a la calle y volver. Pero ninguna volvía: todas confabulaban, y Tota había corrido a buscar a su hermano que almorzaba como siempre en casa de sus suegros). Llevando una bicicleta ¡y a Coli en la canasta!, el hijo de Maruca López trataba de abrirse paso entre la multitud. ¡Adiós casita!,

pensó Poliya, y el odio que había sentido por ella se le volvió en culpa. (¿Pero no estaría ahí, ahora, la tía Beba, en su casa de la calle Don Bosco? ¿No habría corrido a refugiarse, perseguida por aquel tipo, y sin tiempo para buscar la llave había atinado a esconderse en el galpón? ¿Y si le habían puesto tranca desde afuera y la dejaban encerrada para que muriera bajo las bombas de Rojas? Bajo el tinglado de la estación de Pierino la vio a Leticia Tori de la mano de su abuela mirando pasar la caravana, como esperando al resto de la familia… ¿No viste a mis tías, Leti?, pensó gritar Poliya por una ventanilla que una de las chicas tenía apenas abierta. Pero no se animó. Quién sabe lo que le harían si se acordaban de ella todas estas mujeres; quién sabe si no la hacían bajar y la dejaban acá… Mirá, se hace el que no me ve, dijo una de las chicas, señalando a un hombre que se cobijaba en un umbral junto a una vieja, ¡Pollerudo! (Pero Greta, ¿por qué no la miraba? ¿Por qué la castigaba así, dejando que Poliya se ahogara en el secreto?). Cuando iba a cruzar Bossinga el ómnibus paró. ¡Pero che!, dijo la madre de Greta. ¡Esto es una tortura! El chofer cacheteó la palanca y derrumbó la cabeza entre sus manos. ¡Pero es el Éxodo Jujeño!, trató de arengar Greta, señalando los dos flancos del micro. Del lado de Punta Lara avanzaba una multitud —¿se habría salido el río?—. Y del lado contrario, desde el Barrio YPF, otra columna de gente venía hacia ellos: el Camino Negro seguiría cortado, ahora con más razón porque estaba más cerca de la Destilería. ¡Y estos son héroes!, arengó Greta mirando a los colimbas que trataban de encauzar a ese gentío por una sola mano del Camino Blanco. Poliya los miró: parecían muertos de miedo. Y vio que la gente que al fin salía de Ensenada tocaba o besaba la imagen de la Virgen de la Merced, sola en su monolito.

*

(¿Y qué estampitas eran?, había preguntado Poliya. ¡Estampas de Santa Evita!, le había dicho su madre. Que se moría de cáncer, en Buenos Aires, consumida en la hoguera de su propia pasión, decían desde entonces. Había altares con su imagen por toda la nación, y allí

se iban los pobres a prenderle velas. Aunque aún no había muerto, y como si fuera Dios… ¡si serán brutos!, decía la abuela Hortensia. Y aquel día del comicio, cuando el padre llegó, avisado por la tía Tota, a proteger a su hermana, en la plaza había más gente que en misa de difuntos. Se habían enterado del escándalo, y querían ver por fin aquella Beba en la hoguera. Y vio al cura del pueblo repartiendo estampitas, no de Jesús o la Virgen sino de Evita; para que más mujeres provocasen a Beba "porque si somos muchas va a tener que aflojar…"). El micro arrancó por fin entre corcovos, avanzó determinado, contorneó un tanque de guerra igual de alto e imponente, y empezó avanzar a una velocidad reconocible, la de cualquier día de lluvia en el camino que llevaba a Eva Perón. Abrazada de atrás por la tía María Poliya dejó que el vapor empañara los vidrios, la gente que escapaba bajo la lluvia, el cielo en que por una vez no brillaban los fuegos de YPF. ¿Por allá es la Petrolera, no?, preguntó la japonesa, que había bajado del barco a meterse en la tintorería y nunca había salido de allí. Oyeron un silbato: la tía María limpió el vidrio con sus dedos nudosos. Bajo el portal de La Montonera policías encauzaban el éxodo, y había un cañón con ruedas al lado del palenque, y en el campo de pato la silueta basta de un camión celular. No, por entre los barrotes de la única ventanita no se veía a la tía Beba, quizá no habría pasado, todavía, por acá… o quizá por esquivarlos había elegido internarse por medio del bosque. (Y vos no tenías miedo, Tiabe, le había preguntado Poliya, en aquella elección. No, ¿qué miedo iba a tener…?, decía la tía Beba. ¡Tenías que llevar la urna cerrada hasta el Correo, sola, por la calle La Merced, entre toda esa gente!, le recordaba Ida. Bah, despreció Beba, yo había impugnado a veinte, pero tenía en esa urna otros doscientos votos peronistas… ¿Quién se iba a jugar por esas veinte locas…? Pero había que ver el odio con que te miraban pasar, admitía el padre, que la había seguido varios metros más atrás. disimuladamente. Y ellas no entendían qué era una elección; para ellas un comicio era un modo de hacerle saber a Evita que ellas estaban allí, y de rogarle…). Mirá, nena mirá: ¡el Cholo Cognatti…!, festejó la tía María y al otro lado del vidrio Poliya vio un hombre de guardapolvo empapado y Poliya lo

saludó con la mano aunque no sabía quién era. ¡Ah toda esa gente bajo la lluvia…! ¡Tantas veces en Punta Lara los había visto huir de la playa al sonar el primer trueno! Y ahora avanzaban como tozudos peces de aire, como si no hubiera más peligro que los rayos que enviaría Rojas e incendiarían este aire que olía a querosén. Poliya vio el bosque de eucaliptos, los troncos paralelos, y recordó las columnas de la recova de Paseo Colón en las fotos del bombardeo del 16 de junio que había recortado su madre. ¿Y vendría por ahí, por entre aquellos árboles, la bocanada del fuego de la Destilería, arrasando con troncos y pastos y perros de la perrera y con la tía Beba y su urna? (Porque así la imaginaba, me dice, avanzando, sola entre los árboles, dejada de la tía Tota que no había tenido valor, con aquella urna entre los brazos, ya empezando a perderse ¿porque hay mejor laberinto que un bosque un día de tormenta?). ¿Qué hora es?, preguntó la japonesa al doctor Rosa. El doctor no contestó, y Miranda se volvió a señalar el enorme audífono que el doctor escondía tras una guedeja del peluquín. ¡Laucha! ¡Laucha!, llamó la tía María. El Laucha que se había quedado adelante vino hacia ellas tambaleándose, colgándose a lo mono de los dos pasamanos, sonriendo. ¿Vos estuviste en junio, no?, le preguntó. El Laucha miró a Poliya con los ojos en lágrimas: sabía que por eso se había peleado con tía Beba. (¿A esos asesinos defendés?, le había dicho a Beba. ¿Y tu General?, le había tirado ella a la cara. Si se escapó de la Casa de Gobierno cuando le avisaron que venían los aviones, ¿por qué no avisó también a la gente que pasaba por ahí, él que dice que tanto le importa el pueblo?).

¡Mierda!, gritó una de las chicas. Poliya se dio vuelta. Un rayo enorme rajaba en dos el cielo pero antes de llegar a tierra se abría en mil patas nerviosas. Se habían acostumbrado a esperar el trueno. La tía María la abrazó fuerte. El micro, el camino, la multitud sobre el camino, el campo: todo contuvo el aliento. (Y fue una explosión tan fuerte, me dice, que todos creímos que había llegado el final).

La gente volvía a su rumbo, como el agua a su cauce, maldiciendo en silencio que el camino fuera único; rabiando por no poder correr, dispersarse por el campo o el cielo… Aquí adentro dos chicas habían empezado a rezar, y dos más se les unieron. ¡Eh che, no sean mufas!,

gritó Greta. ¡Los muchachos peronistas…!, trató de cantar, pero tenía una voz horrible, de perro resfriado, y el rezo de las otras sonaba como otra lluvia. Pero ¿cómo sabían rezar?, se sorprendió Poliya. ¿No eran todas judías, entonces, las locas? ¿O sí lo eran, y habrían aprendido como ella, pegadas a la radio la noche en que había muerto Evita, escuchando la infinita serie de rosarios? (¡Poliya!, la había sorprendido Beba, a las seis de la mañana, dormida ante aquel aparato con forma de catedral, y Poliya abrió los ojos y creyó que era Evita que se le aparecía. ¡Pero qué barbaridad! ¡Te lavaron la cabeza…! Y estaba tan furiosa que Poliya no se animó a decirle que le había rogado a Evita que cuidase de ella, de Beba que era tan parecida aunque Beba no lo hubiera admitido nunca, y Evita solo ahora pudiera reconocerlo, liberada por fin del General… Salvala a mi tía de este pueblo que se la tiene jurada…). Ay, tía Beba, dónde estás, con tu urna y tus veinte ausencias, dejada de tus hermanos, en el laberinto por el bosque… Pero estas chicas —las locas— ¿qué pedirían ahora? Vos que ya te libraste del yugo de los hombres, ¡hacé el milagro ahora de librarnos del Patano!

El micro entraba de panza, igual que un hipopótamo, en una hondonada de agua. Y franqueando las olas que emitían sus flancos dos hombres traían a una vieja cargada en sillita de oro. ¡Doña Blanca!, dijo la señora del Correo, como si la sorprendiera ver que aún estaba viva. El fuelle de la puerta se abrió con estrépito, el rezo se interrumpió. El Laucha se acercó al estribo para ayudar a subirla. ¡Metió la pierna en un pozo!, explicó el que la traía. Y entre el viento y el frío oyeron los quejidos de la vieja que apenas si resistió a acomodarse en el estribo.

El micro empezaba a trepar sacudiéndose una subida escarpada. Llegamos, ordenó el japonés, solo para su familia, pero todos se inquietaron. ¿Vos me llevás, Lauchita?, pensó decir Poliya. ¿Cómo voy sola a la quinta? De afuera ya se oían gritos. ¿Y esa música sacra? Radio del Estado, reconoció Poliya, transmitida por parlantes. Estaban llegando a la terminal del trece.

*

¡Poliya! ¡Poliya!, gritaba alguien afuera. ¿Pero ese no es tu papá?, dijo la tía María. ¡Mirá vos qué grande…! Poliya miró la puerta y solo entonces lo vio, colgado del estribo, y se apuró a abrirle. ¡Guarda, papi!, quería decirle con los ojos, son todas peronistas. Pero el micro frenó, hasta acá llegarían, y ninguna de las chicas le prestaba atención: una sacaba unas bolsas de abajo del asiento, otra golpeaba el vidrio porque había reconocido a alguien afuera y hasta la tía María se paró a pedir a los Dakuyaku que le alcanzaran un bolsón que había dejado al fondo, detrás del último asiento. El padre le ofreció una mano y por saltar a la vieja que pedía ayuda en el estribo Poliya tropezó y él tuvo que atajarla en sus brazos. ¿Y tus tías?, preguntó sin soltarla, acusador. Vienen caminando, admitió ella, culposa. Qué las tiró, maldijo el padre, y empezó a llevarla en brazos, igual que el monumento al bombero carga al niño quemado, entre la gente ansiosa que quería seguir huyendo pero no sin sus seres queridos.

¿No lo viste al Felipe?, le preguntó una mujer. ¿No venía mi abuelo con ustedes, nena? Pero Poliya, de ojos cerrados, apretando la cara contra el olor del padre, hacía como que no escuchaba. ¡Me dejaron con el Lauchita!, decía Poliya cada tanto, como para salvar a sus tías. ¡Y con la tía María, la del tío Chestín…! Bajo la lluvia falsa que soltaban los árboles el padre la plantó en sus pies. Poliya abrió los ojos y se encontró otra vez frente el rastrojero de Ruggero. ¿Y mamá?, le preguntó al padre que ya daba la vuelta al coche para sentarse al volante. Con tu hermano, cortó él, como quien dice, donde es debido. ¡Grimau!, gritó un chico a sus espaldas. Por los parlantes se oyeron los pitidos de la radio que anunciaban la hora (¿Nueve y media?, se ilusionó una vieja. ¡Diez y media, abuela!, la desengañó una mujer). Pero no, ningún *speaker* que anunciara que por fin fuera a hablar Perón. ¿Y Rojas? ¿Ya estaría apuntando los cañones del Belgrano contra la Petrolera? ¡Grimau!, volvieron a gritarle y Poliya volteó y lo vio a Quiñones, su compañero de segundo grado, el único chico que la tía Beba había echado de su casa. (Tiene un macho, tu tía Beba, le había dicho a Poliya, arrinconándola, como vengándose, y Poliya había pensado en los canarios del tío Chana. ¡Marimacho!). Y ahora

Quiñones la miraba como quien dice “fuiste vos”. Pero de una chata lo llamaron sus padres y el chico salió corriendo y se olvidó de ella.

Y dale, Poliya, subí, gritó el padre que había alzado el seguro y ahora empujaba la puerta de su lado. Poliya se subió rápido y se sentó modosa, como quien pasa al frente. El padre giró la llave, se impacientó con el motor que trepidaba y tosía y volvía a detenerse. ¿Me lleva maestro?, gritó alguien por la ranura de la ventanilla apenas abierta, y varios remezones sacudieron al coche: ¡la gente desesperada se les subía a la caja! Pero ay, ¿dónde se iban a meter las tías? Alguien manoteó el picaporte. Poliya pegó un grito. Sacá el seguro, querés, se impacientó el padre y Poliya obedeció y Ruggero se coló en el asiento. ¡Está imposible el baño!, dijo, y el padre bromeando amargamente (mejor cagar entre los yuyos de Pila, ¿no?) pisó los pedales, giró la llave, manoteó la palanca y el auto comenzó a avanzar lentamente, al tiempo que el micro en que había venido Poliya daba marcha atrás para salir de nuevo al camino y volverse a Ensenada: y como un telón al descorrerse dejaba ver la caravana de gente, larga como el mismo camino, una procesión sin santo, pensó Poliya, en busca de una tierra donde cesara el peligro. Si es que esa tierra existía, en un mundo en que Perón no venciera ni renunciara, o en un mundo sin Perón.

Para mí que a Perón ya lo han muerto, dejó caer Ruggero. Razón de más para irse, Tito, dijo el padre, cuando salían de la terminal. Pero ¿no esperamos a las tías?, se animó a decir Poliya, desesperada. El padre no contestó. Trataba de abrirse paso y miraba todo con odio: los milicos que ordenaban el tránsito, la gente, las nubes, todo; solo a Poliya no la miró ni una vez.

¡Mis tías!, le explicó ella a Ruggero, vienen caminando. ¡Ya deben estar por llegar…!

Ruggero le pasó un brazo por los hombros. Pero también quería irse. Poliya sintió el fuego de un berrinche que le subía del estómago.

¡Se quisieron subir conmigo al micro!, explicó, solo para que el padre escuchara. ¡Las hicieron bajar, las locas!, y el padre pegó un volantazo y enfiló para el lado de Eva Perón. ¿Ah sí?, se escandalizó Ruggero, mirando con asombro al padre, que hacía como que no oía. ¿Dónde había aprendido esas cosas, la nena?

¡Sí, Tito, sí!, rogó Poliya. Y se sentía más fuerte después de aquel viaje con aquellas mujeres, aunque ahora tuviera que decir que las odiaba. ¡Una la agarró del brazo ¡así!, y Poliya aferró la manga del overol del padre, que se desprendió muy molesto, ¡tenía que manejar! Gritá Viva Perón, le dijo. ¡Preguntales a ellos!

Porque por la banquina pasaban la tía María, renqueando, fatigada, del brazo del Lauchita, que al fin no se había vuelto a buscar a su madre.

¡Gritá Viva Perón!, le decían. Y la tía Beba se tiró del micro y sacó del bolsillo un escudito y se lo mostró a esa peronista. Se lo puso en el pecho ¡así!, la imitó Poliya golpeándose con la mano el pecho, del lado del corazón. ¡Para que todos la vieran! ¡Democracia y libertad!

Ruggero miró de nuevo a su socio. Uf, es brava la Beba, ¿eh?, concedió como para que el otro recapacitara y se quedaran un poco más, a esperar a sus hermanas, que se lo merecían. Pero ya empezaba el empedrado de la ciudad Eva Perón y el rastrojero avanzaba irrevocablemente.

¡O gritá Viva Rojas!, gritó Poliya: el berrinche ya le quemaba la garganta. ¡Defendelo a tu macho!

¡Mirta!, gritó el padre y frenó y le dio un bife. ¡¿La terminás?!

Tranquilizate, Gogo, se alarmó Ruggero.

Pero ya era tarde. Como el agua empapa un trozo de algodón, como el fuego que avanza por un bosque de pinos, el dolor de ese castigo se contagiaba al mundo.

¡Tu macho!, comprendió. ¡Tu macho! Hablaban del Patano.



9

(El Patano, me dice. En 122 la gente abría las ventanas, se gritaban noticias, pero cuando mi padre bajaba la ventanilla era siempre tarde: los gritos se deshacían en el rugir del viento. ¿Había hablado Perón? ¿Ya empezaba el bombardeo? ¿Y ya estaban a salvo aquí, o había que seguir huyendo? Y yo solo pensaba en mi tía, me dice, perdida por el bosque, dejada de sus hermanos, aferrada a esa urna con sus veinte ausencias como quien carga un enigma que ahora, sí, iba a resolver. Pasaban por el Dique cuando oyeron la explosión. Son los globos de gas, advirtió Ruggero. La gente salió a la lluvia y empezó a venir corriendo desde aquel mismo lugar donde tres días atrás un milico le había apuntado a su madre para obligarla a mostrar la panza. Cada uno escapaba concentrado en su terror, mirando para abajo, pensando únicamente en la onda de fuego que allá atrás estaría arrasando Ensenada. Y la tía Beba, allá en el bosque, al oír ese estruendo… ¿Qué haría? ¿Añoraría a Poliya, al menos como escudo? Un ruido a sus espaldas. ¡El Patano!, se diría usando el nombre con que se nombra a lo más desconocido en Ensenada. El Patano, me dice. Terror de nuestra gente, al fin lo conocí).

*

Tronaba. Ladraban perros. Pero desde lejos se escuchaban los gritos cuando Poliya y su padre llegaron caminando a la quinta. La madre salió a la galería con Toni entre las faldas. Sus ojos querían abarcar el cielo y la tormenta y la voladura de Ensenada. Poliya se adelantó a abrazarla y ella solo la miró un instante, sin sorpresa. A lo lejos Ruggero se volvía a la ciudad por un camino imposible. ¡Loca de mierda!, se oía gritar en la casa. ¡La tía Tota! ¡Títere!, decía la tía Beba. Dios mío, Gogo, dijo la madre, ¡esto no se aguanta más! Poliya y

su padre la miraron con la misma pregunta en los ojos. Las trajo la señora de Touloupas…, explicó con un resto de sarcasmo. ¿Nos vamos a casa, papi?, rogó Toni. El padre lo miró amargado. La madre preguntó si había empezado el bombardeo; y el padre explicó que no, que solo habían volado los globos de gas del Dique, para amedrentar. Que en todo el país hacían eso. En un coletazo del viento llegaron los tres perros y empezaron a torear, empapados, hediondos, enloquecidos. ¡Fuera!, gritó la madre por primera vez en cuatro días, y Bella le mostró los dientes y Fido y Furia se encresparon. Pero un trueno los distrajo y los arreó a todos de nuevo hacia la casa.

Pero ¡miren un poco…!, decía la abuela que salía con el balde y el lampazo a la puerta: los perros habían hecho un desastre con el tacho de la basura. (Y qué noche terrible habrían pasado acá, pensó Poliya, solas. Y el padre, contra esa valla militar que impedía el acceso a Ensenada, esperando ver si el cielo que blanqueaban los relámpagos se enrojecía por el fuego de las bombas de Rojas). Qué te vas a ir, vos, despreciaba la tía Tota. Ya vas a ver, se reía Beba, esperá a que escampe un poco y vas a ver… Ellos entraron como si fueran a irse. Las tías estaban a medio desvestir. El fuego retemblaba en el satén de sus enaguas, en el brillo del piso recién trapeado, en cada ollita que la abuela había puesto bajo cada gotera. El padre siguió a su pieza con Toni entre las piernas y la madre trataba de guiar a Poliya a la pieza de las mujeres. ¡Mirá, tía Beba!, hubiera querido decir: Me vine solita. Pero Beba ni la miró. Tía Beba, pensó cruzando el umbral. ¿Fuiste mala conmigo?

La madre se sentó en la cama y agarró una toalla y empezó a refregarle el cráneo; con la vista perdida en lo alto, parecía una ciega que tratara de reconocer a una hija muda. Solo quería escuchar. ¿Los gritos de estas locas? No, la radio de tía Beba que todavía chisporroteaba en algún rincón de la casa. De dónde te conocían las del micro, a ver, decí…, gritaba la tía Tota. ¡Del mismo lugar que a vos…!, mordía la tía Beba… El padre salió de su pieza. ¡Pero che…!, ¿la terminan? Los tacos de la tía Beba empezaron a clavetear el piso de la sala y el baño. Ah, se ilusionó Poliya: ¿y si entraba ahora a esta pieza a buscarse un vestido seco…?

¡Fuera, fuera!, gritaba la abuela a los perros. Sh, dijo la madre de pronto y le apretó los hombros. Poliya escuchó. Viento, ramas. Una bocina, a lo lejos. Uno, dos, tres bocinazos. Y un motor que explotaba, y un griterío de gente que iba creciendo, acercándose. ¿Qué pasa, don Emilio?, gritó la abuela en la galería. Qué, repitió el tano a lo lejos, como con culpa. Ida le pidió a Poliya que la ayudara a pararse. Fueron a la ventana. Por el túnel de casuarinas avanzaban un auto amarillo, y atrás el camión de las verduras atestado de cajones, y bastante más atrás un auto negro. ¡Ahí están!, dijo para sí la tía Beba. ¡Ah bueno!, ironizó la tía Tota. ¡Al fin tenemos visitas! ¡Es un Ford V8, papi!, se alarmó Toni. El padre entró a la pieza, asustado. Uno, dos, tres bocinazos: otra vez, iguales. Están llamando, Gogo, dejó caer la madre. ¿Quiénes son?

Sh, Poliya. Usted se queda acá, le ordenó el padre al ver que ella salía. ¡Felisa te avisó que iban a venir, ¿no?!, gritó tía Tota, como para que la abuela oyese. ¡Por eso te agarró el apuro por venirte para acá…! ¡Son de Garibaldi, doña Hortensia!, decía María afuera. ¡Traen la verdura de vuelta! ¡Debe estar cerrado el mercado central, apostó el padre. Pero ¿ese patrullero?, preguntó Ida. Los vendrá custodiando, apostó el padre. Para prevenir saqueos…, preguntó Poliya. O por si se encajan, dijo el padre. Pero ¿cómo creerle?

¡Andá para adentro Beba!, emplazó la abuela, ¡o no respondo! ¡Dejame pasar mamá!, se oyó que gritaba Beba. ¡Claro, ahí estás!, dijo tía Tota, saliendo a verlas. ¡Vos no-te-me-tas…! La bocina insistió: uno, dos, tres toques iguales. ¡Pero mamá!, trató de atajar la tía Tota, ¡dejá eso! ¡La escopeta!, pensó Poliya. ¡La escopeta!, dejó caer Ida.

¡Andá para adentro, desgracia!, ordenó la abuela. ¡Pero mamá!, censuró la tía Tota, casi con admiración. Y una estampida de agua se oyó chocar contra el piso. La tía Beba gritó apenas, como si el dolor le ahogara el grito. Salieron a la galería.

Árboles se sacudían, pastos se zarandeaban, los tres perros corrían una bandada de palomas que habían bajado a comer las moritas blancas volteadas por la tormenta. Y en medio de aquel caos solo la tía Beba seguía quieta, rígida, empapada, apretando los párpados (¿para mirarse por dentro a ver si estaba entera? ¿Para no ver que los

otros la veían así, en enagua, peor que desvestida, sucia, empapada de agua inmunda?). Sonó de nuevo aquella bocina. Y Beba abrió los ojos y paseó la mirada hasta encontrar a Poliya. (¡A ella, entre todos! ¡A Poliya, que lo tenía prohibido, y que era tan poquita cosa como para sentir que la tía Beba la había abandonado…!). Pasame el piloto, Poli, rogó y alzó una mano y señaló el perchero, colgado al otro lado de la galería. Poliya miró a sus padres pero los padres no decían nada y la abuela se había ido adentro. (A buscar la escopeta, pensaba yo, me dice). Y Poliya descolgó el piloto de la tía Beba y la ayudó a ponérselo, sobre la enagua empapada. Dejame, Tota, dejame, clamaba adentro la abuela…).

*

La tía Beba empezó a caminar antes de que Poliya hubiera terminado de ayudarla: fue por eso que Poliya la acompañó. (¡La escopeta! pensaba yo. Con una nena de escudo la abuela no iba a tirar). Pero llegaban a la tranquera y de adentro de la casa solo salían los gritos de la abuela que lloraba como si le arrancaran un brazo. Ya no llovía, pero nada se aplacaba: bandadas, ladridos, motores que forcejeaban, gritos. ¿Y no tenía que volverse, Poliya, que ni capita tenía? Con miedo, con pudor volvió a mirar atrás: los padres habían entrado a la casa.

No, no podía dejarla sola, ¡Y además, quería saber! (Y fue como si hubiera empezado a actuar en una película; no para su familia, sino para un público distinto. Y no podía abandonar). Cuando llegaron a la calle 7 la tía Beba buscó con la mirada la caravana aquella. El camión se había parado a la altura de la ermita. El chofer había bajado y parecía mirarse en una especie de cráter, y cuatro o cinco tipos colgados entre la verdura esperaban a ver qué decidía. El Ford V8 de la policía trataba de adelantárseles por la izquierda, ladeándose al filo de la zanja, impaciente. El cascarudo amarillo que había ido delante no se veía ya.

Nadie las miraba, nadie parecía esperarlas. Pero entonces ¿quién las había llamado, tocándoles bocina? ¿Para ver a quién la tía Beba había

desafiado a su madre? El chofer soltó la rama con que había medido la hondura del pozo y volvió a subir. El motor trepidó y entre la nube de humo que expulsó el escape los tipos se apuraron a colgarse de la parte de atrás.

Y entonces un hombre extraño, de sombrero y chaqueta marinera salió de la ermita, se paró al borde del camino y miró ansioso hacia aquí.

¡Ah!, se le escapó a la tía Beba. ¡La cita!, pensó Poliya, pero en aquella película no se podía preguntar, solo obedecer. Cerrándose el piloto hasta arriba la tía Beba empezó a caminar hacia él y Poliya se apuró a seguirla, evitando los mismos charcos, pisando las mismas piedras. Aunque ¿no debía volverse, ahora más que nunca? El viento inclinaba los árboles y las ramas crujían sobre sus cabezas como mástiles de un barco en tormenta. Y solo cuando llegaban a la ermita Poliya levantó la vista y vio que el hombre se sacaba el sombrero y les abría una sonrisa. (Pero ¿quién era…? Poliya ya había visto que era un negro, sí. Pero un negro "gente", como decía la tía Beba. (Un alumno de la tía Beba, recuerdo que pensé, me dice. Uno al que ella le había enseñado a firmar, pero que era agradecido).

¿Y esta nena?, preguntó el hombre. Un regalo, sonrió la tía apartándose para que el hombre la viera bien, y Poliya bajó la cabeza, tímida y a la vez orgullosa. (Porque se notaba que él sabía bien quién era yo, me dice, que la tía le había hablado de mí). Subí, le dijo el hombre y señaló adentro, la ermita. Estacionado al pie de la Virgen sin manos, por delante de la horrible pintada en alquitrán, estaba aquel auto amarillo, uno de esos cascarudos que regalaba Perón a los militares. La tía Beba la alentó, empujándola suavemente por un hombro. Y el hombre le abrió la puerta y Poliya se coló entre el marco y el asiento volcado hacia adelante. El hombre se sentó al volante mientras Beba pasaba por detrás, para subirse también. (Será un chofer, suponía yo, me dice, yo que nunca había visto a nadie que tuviera chofer… ¡solo al Almirante Rojas que había llegado en Rolls al acto de su escuela, el 20 de junio! Pero en el mundo secreto de la tía Beba… ¿quién si no ella podría tener uno?). Beba con una mano abrió la puerta del auto y con la otra recogió cuidadosamente los faldones

del impermeable. Pero no se sentó atrás, junto a Poliya: se sentó en el asiento del acompañante. (Y es que también a las mucamas las sentaba a la mesa, mi tía Beba, me dice. Les hablaba de política, se emocionaba con sus partos, trataba de comprenderles las traiciones).

*

Por un momento, los tres hicieron silencio: disfrutaban el alivio de estar a salvo de la tormenta, en una misma burbuja, cerrada como un secreto. La tía Beba bajó la visera y miró en el espejito sus ojos enrojecidos, y enseguida la cerró, avergonzada.

Te empapaste, se apiadó el hombre, que habría mirado para abajo y habría visto el ruedo de la enagua.

¡No, fue mi abuela Hortensia!, quiso decir Poliya. Pero Beba hizo un gesto vago y Poliya entendió que no hablar de ella era el mejor modo de sacársela de encima.

Pero se vinieron bajo la lluvia, insistió él. Lo escuché por Radio Provincia…

La tía forzó una sonrisa y volvió a hacer que no. Unos griegos amigos de su hermana, dijo, las habían levantado a la salida de Ensenada. Las habían dejado acá en la Circunvalación, y desde ahí las dos se habían venido caminando. Ni una gota les había llovido.

El hombre puso en marcha el coche, pero no se movieron. Parecía esperar que el motor se acostumbrase a la idea de partir, o que el mismo motor eligiera el rumbo.

¿Y vos?, preguntó Beba tímida, temerosa. ¿Pasó algo en Mar del Plata?

El hombre deslizó un brazo por detrás del asiento de la tía Beba para ayudarse a girar la cabeza y empezó a dar marcha atrás.

¡Que si pasó…!, dijo.

Como en un paso de baile, logró esquivar el cráter que había recuperado su lisura, su hermetismo de espejo. Pero no dijo nada.

Volaron los tanques del puerto, me dijeron…, lo incitó la tía Beba…

Son unos criminales, cortó el hombre, tragándose las eses.

Y no dijo más, como si no pudiera. Pero parecía que los árboles, las

nubes, la lluvia, repetían “son unos criminales, son unos criminales”, en un idioma que Poliya había aprendido a entender durante el viaje en micro.

¿Y tus hijos?, se animó la tía Beba.

El hombre puso los cambios y el auto arrancó blandamente para el lado de Eva Perón. ¿Pero a dónde iban? Poliya reconoció el ánimo, la calma distraída de quien no tiene más destino que el mismo viaje.

Le pedí a Mancino que llamara por radio a la Base de Submarinos, dijo. Todavía me quedan buenos amigos ahí. Se le quebró la voz. Hasta anoche seguían leales a Perón… Cuando se supo que bombardearían los globos de gas, les dije que me buscaran a los chicos y los llevaran a la casita.

¿A los chicos?, se escandalizó la tía Beba. ¿Y cómo tenían llave?

El hombre ni la miró. Guiaba la marcha que era lentísima pero continua, con barquinazos y sacudones que él aceptaba sin darles importancia.

¡Hijos de remil putas!, masculló por fin. Para eso hicieron el simulacro de desembarco en junio ¿te acordás? ¡Y dicen que ahora los oligarcas aplaudían desde Playa Grande!

Pero esos tanques están lejos de donde vive la gente, porfió la tía Beba, nerviosísima, cortante.

El hombre la miró, y por mirarla el auto se ladeó y él tuvo que volantear para volverlo al rumbo.

Vos no los conocés a los marinos, la emplazó. ¿O por qué te creés que pedí la baja, yo? Ya vas a ver ahora, pareció vengarse, cuando te vuelen Ensenada…

La tía Beba había vuelto a bajar la visera y se miraba ansiosa, como si se hubiera perdido dentro del espejito. Pero solo era la excusa para no mirarlo.

¿O vos te creés que la gente se va a quedar en el molde?, dijo el hombre.

Ja, dejó caer la tía Beba. El hombre la miró, exasperado.

Ya está en pie de guerra la gente en Ensenada. ¿O no?

Pasaban junto a la calle que terminaba en la quinta. Tía Beba miró la casa familiar con odio, como si tuviera la culpa.

¿O no?, insistió el hombre. ¡Lo escuché por la radio!

¡Uh, sí!, estalló la tía Beba. ¡Flor de pie de guerra! Como ratas por tirante se escapaban… Me hubiera quedado con la tía Felisa, yo también…

¿Pero ella se quedó en Ensenada…?, se espantó el hombre. La tía Felisa ¿…se quedó *allá*?

Poliya sintió que iba a llorar. ¿Ah, quién era este hombre, este negro, este peronista, este marino, que conocía a la tía Felisa… y se preocupaba por ella? ¿Quién era para hablarle así a la tía Beba?

¡Claro que se quedó!, dijo la tía Beba, orgullosa. Como cuando explotó el San Blas. Como en la inundación del 40. Yo me vine, dijo, casi llorando, porque ella me dijo que habías llamado…

La quinta iba quedando lentamente atrás. Y Poliya sin darse cuenta había seguido mirándola hasta quedar de espaldas a su tía y aquel hombre…

Yo fui a esperarte a Berisso, el miércoles…, dijo la tía Beba. A la mañana, en Personal Embarcado me habían dicho que llegabas a medianoche. Pero a la noche no me quisieron dar noticias. Ni en Personal Embarcado, ni en la garita ésa. Te esperé en el café de enfrente hasta que me echó la Prefectura.

¡El café de enfrente!, recordó Poliya. ¿Ese que por las noches se llenaba de mafiosos, y no llegaba un alba sin que dos se acuchillaran? Pero Beba no dijo nada de eso, ni del retén del ejército que la había hecho bajar en pleno Camino Negro, ni de la abuela Hortensia que ya no la había dejado entrar en casa.

El hombre, como quien retribuye, empezó a contar que su barco había llegado el lunes por la noche; y los habían tenido esperando a la entrada del puerto, sin explicarles por qué. De a bordo le hablé a la tía Felisa, ¿no te dijo? La tía Beba asintió, y los dos sonrieron. Felisa que apenas si sabía hablar por teléfono, había sorteado el reto de decir “cambio” al final de cada oración. Mancino me ayudó, dijo el tipo, desde la radio de a bordo.

¿Y cómo está, Mancino?, preguntó la tía Beba.

Bien, bien está, el comunista, y sonrió. Bah, ahora un poco menos… ¡ahora que le llevé a la mujer…

¡Por Dios, qué mujer!, acordó la tía y volvieron a sonreír ¡Qué caractercito…!

Subasé de una vez señora, le decía yo ayer, cuando la fui a buscar a Ensenada. Yo no me subo a un auto con un desconocido. ¡Dígame dónde me lleva! Mirá que le voy a decir que lo tenía escondido en casa de mi hermana…

*

¡Tía Beba!, dijo Poliya. Algo venía volando del lado de la quinta. ¿Una capa, un paraguas? ¡El mantel de hule! ¡El mantel de la mesa familiar! De pronto la tía Tota se asomó de abajo y miró desesperada entre los árboles: quería divisar aquel auto como una actriz que espía entre bambalinas a un público feroz. Tiabe, repitió Poliya, y la tía Beba miró por el espejito retrovisor de afuera.

Mi hermana, se alarmó.

¿La pisamos?, bromeó el hombre, porque también sabía quién era la tía Tota. Pero Beba no sonreía.

Pará, pará, le dijo. Algo ha pasado. Y el hombre soltó los pedales y antes de que el auto recalara solo contra una huella la tía había abierto la puerta y se había parado en la calle. Esperame tía, hubiera querido decir Poliya. (No te subas al auto de ningún desconocido, me decían a mí también, me dice). Pero Beba ya había empezado a caminar nerviosa al encuentro de su hermana, que la esperaba mirando de reojo cada tanto aquel auto, desesperada y a la vez pudorosa como miraba a los autos de Villa Cariño.

El hombre paró el motor. Parecía desatento y hasta olvidado de ella, concentrado en acomodar el espejito retrovisor para que enfocara la discusión de las hermanas. Poliya contenía el aliento, como cuando en su pieza, a lo oscuro, algo le hacía pensar que rondaba el Patano. Porque era un amigo de la tía Beba, este hombre. Y si la tía confiaba en él, si la había dejado con él, ella debía confiar. Pero tía Tota miraba para acá, y Poliya se le escondía. ¿Cómo dejás a la nena con ése? Los padres están con el corazón en la boca.

Hasta que el hombre volvió a encender el motor y a dar marcha

atrás, y el auto empezó a sacudirse entre barquinazos. Por Dios, ¿a dónde iban? Las tías estaban ya tan enfrascadas en su pelea que este tipo podía robarla como a Martita sin que ellas se dieran cuenta hasta que fuera muy tarde… Poliya estiró los brazos y se aferró de los costados igual que en la calesita de la plaza Belgrano: e igual en un mareo veía girar árboles, nubes, charcos, y de pronto, a lo lejos, dos globos de fuego. ¡Los faros de aquel Ford de policía que ahora venía hacia aquí… directo hacia las tías…! ¿Y si lo habían venido siguiendo a este hombre? ¿Si venían a llevarlo preso porque había escondido a Mancino y a su mujer en la casa?

¡Patano!, se oyó decirle a aquel hombre, y cuando quiso acordar también le había agarrado del hombro. Poliya lo soltó como si quemara. ¿Cómo?, se sorprendió el Patano, mirándola por el espejito. Poliya miró hacia atrás para señalarle el peligro: pero aquel Ford V8 también dado vuelta y el chofer, que no tenía uniforme, bajaba tambaleante a mirar las ruedas. ¿Cómo me dijiste?, insistió el Patano, mirándola por el espejito, jugando a la amenaza. (Mi único amor nacido de mi único odio, pensó sin saber qué pensaba. Conocido desde siempre, y reconocido tan tarde).

Yo tengo una nena de tu edad, ¿sabés?, dijo el hombre por fin, como si la perdonara aquel insulto. Sí, sí, hizo Poliya con la cabeza. Porque no le salía la voz, como si llamarlo Patano le hubiera quemado la lengua. En Mar del Plata, adentro de una casita. Pero no le digas nada a tu tía ¿dale?, dijo el Patano. ¡Es tan celosa…!

La tía Tota se volvía a la casa. La tía Beba volvía al auto, cuerpeando la ventolina. Cuando llegó abrió la puerta, se dejó caer en el asiento y quedó quieta, como aturdida, atrapada en sus pensamientos.

¿Y?, tanteó el Patano. La tía Beba pareció acordarse de él. Pero no de Poliya, que temblaba ahí atrás. ¿Y si la miraba y veía que tenía un secreto? ¿Cómo iba a mostrárselo sin romperle el corazón?

Ya pasó, dijo Beba, vagamente.

Pero no era verdad, comprendió Poliya. La tía Tota le había dicho algo que Beba no podía decirles a ellos.

Pero el Patano creyó entender y puteando volvió a girar la llave y

empezaron a andar, en dirección contraria.

Ya pasó, se burló él. ¡Cualquier día! ¡Cualquier día va a pasar! Vas a ver la que se viene ahora…

La tía hizo un gesto vago: seguía concentrada en aquello que le había dicho la tía Tota.

Vos porque no estuviste esta mañana, en la ciudad…, la cortó el Patano.

Ay, gritaron Beba y Poliya: el auto se escoraba a uno y otro lado; caían en cada pozo que el Patano había esquivado elegantemente a la ida. ¡Ya se les acaba, negras de mierda!, les gritaban las “señoras” a las sirvientas, de los balcones…

La tía Beba lo miró furiosa, como ofendida. Porque ella nunca habría dicho eso. ¡Ella sentaba las sirvientas a su mesa, se conmovía con sus partos, trataba de entender…!

Mi madre fue sirvienta…, dijo el Patano, como para cortar esa declaración, toda su vida.

Y un golpazo tremendo sonó bajo el piso del coche. ¡Pero che…!, recriminó la tía Beba. ¿Lo hacía a propósito? Poliya hubiera querido escapar de este auto, correr hasta la quinta, olvidarse de todo.

Mi madre nunca en su vida supo lo que era un franco, ni vacaciones, ni nada. ¡Cuando yo entré a la Marina fue que dejó de trabajar!

La tía iba a responder pero miró a Poliya por el espejito. No le hagas caso, parecía decirle, con la misma mirada que pedía paciencia para ciertos alumnos mal portados, porque hay que ver de qué brote han nacido, los pobres…

El Patano dio un volantazo y entre tumbos y sacudidas se abalanzaron sobre aquella Virgencita sin manos y la leyenda: “OLIGARCAS”.

Y vos te vas a tener que cuidar… ¿eh?, dijo el Patano a la tía cuando se apagó el motor ¡Vos sos la primera que ahora se tiene que cuidar!

Se oyó el ruido de otro auto. Poliya se dio vuelta: vio la trompa del aquel Ford que avanzaba por el camino, lento vigilante.

¡Sí!, gritó Poliya. ¡Una tipa la agarró del brazo! El Patano se volvió

a mirarla con verdadero horror. ¡Pero Poliya!, murmuró tía Beba, modesta. En el micro de Defensa Civil… ¡Una tipa la agarró del brazo así y le decía: Gritá Viva Perón!

El Patano miró al frente, entrecerrando los ojos. ¿Entonces le había mentido, Beba? ¡Gritá Viva Perón, le decía!, gritó Poliya, y la hizo bajar del micro.

¡Defendelo a tu macho…!, estuvo por agregar Poliya pero el recuerdo del bife que le había dado el padre le anudó la garganta.

El Ford se les había puesto al lado. Poliya podía sentir la mirada de los que venían en él, aunque se cuidara prolijamente de mirarlos. Pero el Patano solo tenía ojos para la tía Beba, y ella miraba el piso… ¿Era verdad, eso? ¿Era verdad lo que había contado la nena?

Bah, fue la partera, deslizó. Pero no me hizo bajar, sonrió, modesta. ¡Me bajé yo solita!

Mañana mismo te saco de ese puterío, concluyó el Patano.

La ventanilla del Ford bajaba dejando ver a un hombre de sombrero y ojos enrojecidos, y una mujer de pañuelo blanco atado en el mentón

¿A Mar del Plata?, casi pregunta Poliya. ¿A la casita? ¿O a Campamento?

*

Pero los llamaban. La tía Beba bajó el vidrio sin mirarlos una vez. (Serán dos novios, pensaron, me dice, dos de Villa Cariño. Que estarán perdidos. O querrán preguntar si sabemos algo de la Revolución). El Patano se inclinó apenas por sobre la tía Beba que otra vez hacía como que buscaba algo en la guantera. ¡Viva Perón, compañero!, desafió el tipo. La tía Beba chasqueó la lengua, amargamente. Viva Perón, sí, concedió el Patano, casi divertido por la coincidencia. Pero la mujer miraba fijo a la tía Beba y susurró al oído del tipo.

Ahora ella, ordenó él. La tía Beba no escuchaba. Ahora vos, che, ordenó la mujer. Eh ¿qué pasa?, preguntó el Patano. Poliya miró a la tía Beba por el espejito de afuera: vio que se llevaba la mano a la solapa. ¡El escudito, que nunca se había sacado! Uf, vamos, Eduardo, susurró, alarmada. No les des bolilla. Son dos provocadores.

¡Sí, vamos, vamos!, habría querido decir Poliya. Pero el Patano, que no había visto el escudito, no les sacaba los ojos de encima…

El tipo sonrió, como si la perdonara, o no valiera la pena gastarse castigándola.

Decile al dueño del auto que por esta vez se salvó, dijo el tipo. Poliya se descubrió presa en ese auto tan llamativo.

Pero mejor que no vuelva a Ensenada…, y se aferró al volante como para irse de allí. Porque se la vamos a dar. A él y a todos ustedes, y el auto trepidó y carraspeó y se paró antes de que el hombre terminara de hablar. Por hijos de puta.

¡Ah bueno! dijo el Patano. ¡Ahora sí, y abrió la puerta de su lado con un solo empujón. ¡Pará, Eduardo!, se animó a decirle tía Beba, ¿qué vas a hacer?

Repetí, a ver, decía el Patano, más fuerte, ¡que más te vale que haya oído mal! ¡Pero Eduardo…!, rezongaba la tía Beba. Qué, dijo el otro, resignándose, y empujó varias veces con el hombro la puerta. Mamma mía, qué mamúa, comentó la tía Beba. Y ella también manoteó el picaporte, resignada a un papel que no quería hacer.

¡No, tía no!, hubiera querido decir Poliya. ¡Es el Patano! ¡Y vos no sabés pelear! Pero la tía Beba ya estaba afuera y ella, presa en la burbuja del auto, había empezado a gritar, como si todos sus berrinches no hubieran sido más que un ensayo para este último pedido, en la soledad del campo.

(¿Qué pasaba? ¿Caían las bombas en Ensenada? ¿Explotaban barcos, tanques, oleoductos de la Destilería y sus chorros de fuego arrasaban Ensenada?). ¡Y cómo pegaba el Patano! Cuando Poliya volvió a mirarlos el otro tipo ya estaba tirado contra el chasis, la cara llena de sangre. ¡Pará, criminal!, le decía la mujer. Ay, Eduardo, por favor, rogaba la tía Beba.

La mujer quiso agarrarlo de la manga y el Patano de un solo manotón la hizo caer al piso. El tipo ya resbalaba por el chasis cuando el Patano lo retuvo agarrándolo de la solapa y le pegó otro bife.

¡Pará hijo de puta!, clamó la mujer desde el piso.

Ah, ¿vos también querés…?, dijo el Patano. Pero le pegó al tipo otra patada en el costado.

Vamos Eduardo, ya está, rogaba inútilmente la tía Beba.

Alguien venía gritando a lo lejos. Poliya dejó de gritar. Temblaba entera.

La mujer se había acercado gateando hasta el caído y sentada sobre sus talones ahora acogía su cabeza en el regazo. El Patano volvía al auto.

¡Poliya!, se oyó gritar a lo lejos. Papá, se asustó. ¡No vengas…!

El Patano manoteó la puerta. Poliya se aplastó contra el asiento de atrás como si entrara una víbora. Y vení, ordenó el Patano a la tía Beba, que se había quedado dura, como distraída por la compasión. Beba asintió con la cabeza como una nena a la que han retado.

¡Poliya!, se oyó el grito del padre. Y quizá advirtiendo que se iban, el tipo alzó la cabeza y quiso gritar, pero solo largó un estertor de moribundo.

¿Qué decís, vos?, amenazó el Patano. Y cerró de nuevo la puerta del auto y amagó a pegarle una vez más. ¡No! ¡No!, clamaron las mujeres. Como consagrado campeón por esos ruegos, abrió la puerta y se agarró al volante…

¡Poliya! ¡Apurate, Tiabe!, hubiera querido decirle a la tía Beba que volvía mirando el piso, como para recoger algo que hubiera caído en la pelea, y de pronto patinó y se tambaleó y por hacer equilibrio el piloto se le abrió y aquella enagua sucia, empapada por la abuela, quedó a la vista de todos.

¡Ja!, despreció la mujer, forzando una sonrisa. ¡Mirá vos, la señorita!

Perra, dijo el Patano, que hacía como que no la escuchaba. Ya había encendido el motor y puesto marcha atrás.

Y la tía Beba se recogió las alas del piloto, avergonzada, las cerró y volvió hacia el auto. (Y sí, me dice, yo había visto que algo plateado le había caído del bolsillo. Pero ¿para qué iba a decirle? ¿Para que tardara más?).

¿No te da vergüenza?, gritaba la mujer. Un negro como vos…

Ahora mismo vamos a la comisaría, dejó caer el Patano ni bien la tía Beba entró al auto.

¿Ahora?, se asombró ella.

El auto empezó a retroceder, una vez más: pero algo había cambiado: ahora tenían un lugar a dónde ir.

¿No te da vergüenza?, gritaba la mujer, como aterrada de quedarse sola. Un negro como vos… arrastrarse por una…

El Patano clavó el freno y dio un bife a la palanca y abrió la puerta y se paró en la calle.

¡Y callate, la puta que te parió!, gritó por arriba del techo. ¡Puta recogida, mal cogida, mil veces mal cogida!

La tía Beba, abochornada, miró a Poliya por el espejito, y volvió a bajar los ojos…

Un silbato sonó a lo lejos, pero del otro lado, para el lado de la pista. Poliya miró para atrás, un jeep verde cargado de soldados venía hacia ellos, por el camino.

*

Las agujas del limpiaparabrisas barrían desde abajo el vidrio. Y entre gotas y regueros vieron al padre que venía por el medio de la calle. ¿Y este otro?, dijo el Patano.

Mi hermano, dijo la tía Beba.

¡Mi papá!, corrigió Poliya para que no lo pisara y miró para atrás.

El jeep había parado frente a la ermita. Tres soldados bajaban a auxiliar a las víctimas del Patano. El padre se apartó a un costado del camino. Quizá ya hubiera reconocido el auto de Mancino, pero no a ellas, no, y trataba de ver, ansioso, a través del parabrisas.

El Patano había dejado que el auto frenara solo y se bajó, gallito. Encantado, suplicó el padre, porque ya habría visto que era un negro y que tenía el pecho todo lleno de sangre. Suba, le ordenó el Patano, tirando el asiento hacia adelante. Poliya se aplastó contra la ventanilla para hacerle lugar. ¡Es el Patano! ¡Es el Patano!, quería decirle con los ojos. ¡Por eso ella había gritado tanto! ¡Porque acababa de matar a un hombre! ¡Y ahora esos soldados los estarían descubriendo…! Pero el padre apenas comprobó que Poliya estaba sana y miró adelante, ansioso de saber más.

Íbamos a la comisaría, dijo el Patano. El auto había empezado a

moverse; y el tic tac del limpiaparabrisas a marcar el tiempo de una carrera. La tía Beba miró a su hermano como pidiéndole ayuda.

¿A la comisaría?, dijo él. ¿Con esta lluvia?

Con esta lluvia *mejor*, dijo el Patano mirándolo por el espejito. ¿O no?

Sí claro, balbuceó el padre, así se lavan la ruedas.

La tía Beba explicó que "dos provocadores" les habían salido al encuentro mientras ellos paseaban tranquilamente; que se veía que estaban alcoholizados y que buscaban pendencia…

Bueno ¿ves?, la interrumpió el Patano. Así tal cual lo vas a repetir ahora. Yo sé cómo son estas cosas.

La tía Beba bajó la vista, tristísima, avergonzada.

Pero qué barbaridad, dijo el padre, sinceramente. ¡Pero no, papá!, hubiera querido decir Poliya. ¡No es verdad eso que dice la tía Beba…!

En fin ya pasó…, dijo la tía Beba y se volvió a mirar a su hermano. ¿Se supo *algo*…?

Porque quizá la historia era lo único que podía salvarlos de la comisaría. El padre dijo que no… que cuando había vuelto a cargar la batería, la radio…

Ah…, se iluminó la tía Beba, Eduardo te puede ayudar con eso ¿no cierto? Es electricista en su barco…

El Patano, distraído, no contestó. Miraba para arriba, las ramas de las casuarinas, el cielo entre las ramas. Pero no veía nada. Solo su propia mente.

Pasaban por la calle de la quinta. La tía Beba se animó a decir que necesitaba parar un segundito, con ese coqueta vaguedad de las preocupaciones femeninas.

Dele, venga y de paso se toma algo caliente, hombre, dijo sonriendo el padre… Usted se lo merece…

Pero no, papá, se horrorizó Poliya, ¡es el Patano! ¡Y es peronista!

Venga y le doy otra camisa mía…

¿Y la abuela?, irrumpió Poliya, casi sin quererlo.

Porque era su última esperanza. ¡La abuela no lo iba dejar entrar en casa, a un negro como éste! ¡A escopetazos o baldazos, lo iba a sacar carpiendo!

El padre y la tía Beba se miraron incómodos, como cuando se hablaba del hermanito que iba a nacer.

La abuela se fue, Poliya, deslizó la tía Beba. ¡Eso había venido a decirle la tía Tota!

¿A Ensenada?, preguntó el Patano, con asombro. ¿Sola?

Y mientras doblaba por la calle que lleva a la quinta, Poliya se volvió a mirar para el lado de la ermita. El jeep había vuelto a aparecer en el camino y con la majestuosa prescindencia de un rinoceronte se hundía en aquel cráter, para volver a emerger. Y venían para aquí.

Sola… ¡Y caminando!, dijo el padre, ¿se da cuenta…?

Bah, dijo tía Beba. Es una loca…

10

¿Es ahí?, preguntaba el Patano. Al final de un reguero de charquitos veía el rancho de los caseros, con los tanos en la puerta. Por acá, por acá, lo corrigió la tía Beba, y el Patano descubrió la casa grande, como escondida tras los pinos. Ah mirá vos, ironizó. (¡Claro! ¿Cómo iban ser peronistas, con todas esas propiedades?, decía la tía Felisa. Las hizo trabajando, mi padre, respondía la tía Beba. Pero era un orgullo confuso, que no sabía sostener). La madre esperaba en la galería, una mano en lo alto de su panza, y Toni al lado suyo, abrazado a su jaulita, y la tía Tota detrás retorciendo un repasador como hubiera querido acogotar su incertidumbre. (¡Todos tan blancos!, pensó Poliya, ¡rubios como las señoras que insultaban a las mucamas! ¡Y todos tan desesperados, tan solos, tan indefensos porque me habían oído gritar!). Acá se estaciona, sugirió la tía Beba… Pero frente a la casa se había formado una laguna y el padre prefirió ir guiándolo hasta la lomadita de atrás del tanque australiano, justo abajo del molino. El motor aún no había parado cuando todos se largaron a recibirlo, desafiando el goterío que el viento hacía caer de los pinos… Primero bajó la tía Beba. ¿Se supo algo?, preguntó, como para atajar cualquier reproche. Nadie le dijo nada. Detrás salió Poliya, forcejeando con el asiento que la tía Beba se había olvidado de volcar. ¡Es el Patano, mamá!, quería decirle con los ojos, pero Ida apenas si le miró los costados; pasó a mirar al padre, preso en el asiento trasero. La tía Tota había ido por el otro lado a mirar por la ventanilla: tenía la ilusión de que se hubieran cruzado con la abuela, que la trajeran de vuelta. Pero cuando el Patano salió y se irguió junto al auto y quedó a la vista de todos, el pecho empapado de sangre, ya nadie tuvo ojos más que para él.

¡Pero no!, quería gritar Poliya. ¡No es un héroe! Un ráfaga de viento enloqueció la hélice del molino, descalabró la veleta y los arrastró a la

casa. Habían barrido y limpiado la galería y la sala, habían puesto leña en la estufa, y el Patano entró despacio, como a una enfermería montada especialmente para él. Última vino la tía Tota y se puso frente al fuego, para que él no lo usurpara.

¡Papá!, reclamó Toni desde afuera: mostraba en alto la jaula de ramitas. Si alguien más que Poliya vio al pájaro que yacía adentro con las alas abiertas contra el piso, nadie le dijo nada. Porque a espaldas de Toni, lejos, por la calle 7, vieron venir a aquel jeep del ejército seguido por el Ford V8. El Patano salió a la galería, y el padre le fue detrás, como un colimba amedrentado por la valentía de su jefe. La escopeta, se asustó la madre, ¿escondiste la escopeta?

Un hombre de uniforme verde venía al volante del Ford V8 y en el asiento de atrás la mujer abrazaba por los hombros al hombre ensangrentado… ¿Se murió?, insistió Toni. Hablaba del pájaro, pero nadie lo miró. El padre anunció que aquellos tipos ya pasaban de largo. Y Poliya comprendió que quizá ni los habían visto meterse aquí en la quinta, ni podían ver el auto amarillo tras el tanque australiano.

Me han venido siguiendo desde Ensenada, explicó el Patano. Ayer, cuando fui a buscar a la mujer de Mancino. La tía Tota bufó, hurgando en el rescoldo con un largo espetón. Me las arreglé para perderlos. Pero seguro se han quedado rondando por ahí, dijo la madre. O han puesto sobre aviso a algún soplón, alguna “delegada censista…”. Y como es un auto tan llamativo, dijo el padre… Toni hizo la jaulita a un lado. Eran del brote de los Pérez Rossi, completó la tía Beba, con la misma reserva con que había dicho “fue la partera”. ¿Los del chalet de Marqués de Avilés?, se alarmó el padre. Uf si los conoceré, intervino la madre. Poliya y el Patano la miraron con el mismo asombro. Mi padre tenía panadería en otra cuadra… El Patano sonrió: Ah mire…, dijo, y pareció que también él la reconocía. ¡Eran el disgusto de cada día, esos matones…!

Estalló un leño en la estufa y la tía Tota gritó y retrocedió chupándose el canto de la mano: ¡la abuela sola por ahí, y estos insensibles hablando pavadas! Bueno, ¿vamos?, dijo el Patano. Ay sí, un momentito, dijo Beba que quizá se había olvidado de la comisaría y se metió al baño. Pero póngase cómodo, hombre, trató de persuadir

el padre porque el Patano hacía un gesto de impaciencia. ¿No quiere una camisa mía, entonces? El Patano se negó: la sangre sería la mejor prueba, ahora, en la comisaría… Pero un mate cocido se va a tomar, al menos…, lo tentó la madre… y de pronto vaciló… ¿…cómo es su gracia…? El hombre pareció a punto de decir su apellido cuando empezó a buscar algo con los ojos y al encontrar a Poliya, sonrió. ¿Cómo me llamo yo?, preguntó, pícaro. Y Poliya, ante el asombro de todos (¡por Dios! ¿qué era esa intimidad?), bajó la vista, como si un alfiler la fijara a un muestrario en que tampoco ella llevaría su nombre de familia …Dígame Patano nomás, indicó, sonriendo. ¡Pero qué barbaridad!, resopló la tía Tota y dejó el atizador y les pasó por al lado con un desprecio que a él no le hizo perder la sonrisa, solo la volvió malévola. ¿La pisamos?, había dicho. (Pero ¿sabía la tía Tota cómo pegaba el Patano? No, solo Poliya, en esta casa, lo sabía. Y la tía Beba, pensó de pronto, pero ella estaba loca, y mentiría).

La radio dejó oír una marcha, el padre dijo ¡Ahí está! ¡El informativo de Provincia!, y la tía Beba salió del baño envuelta en un toallón blanco. Tapate tía, quiso decirle Poliya como habría dicho la abuela si hubiera estado ahí… Pero ni el Patano se sorprendió de verla, ni ella, al ver que la miraba, se distrajo, ni sus padres parecían tener atención disponible más que para el informativo. Se oía la voz de un *speaker,* pero no se entendía nada: y cuando el comienzo de una marcha indicó el fin del noticiero, cada uno pareció abandonado a las tristezas de su imaginación…

La tía Beba entró a la pieza, y el Patano volvió a protestar. Mancino me enseñó el otro día a conectarla al molino, se excusó el padre volviendo de la cocina con un jarrito de mate cocido, pero no sé si habré entendido bien… Ahora vos Poliya, vení, la conminó la madre desde la puerta del baño. ¡Ay, no, mamá!, pensó Poliya espantada. Porque Ida tenía entre los brazos aquel vestido negro, con el cuello de mariposa, que ella se había mandado a hacer. ¿Para qué se lo iban a poner, ahora? ¿No la iban a llevar, acaso, cuando naciera el bebé? ¿O habría ahora una ocasión más alta? ¡La comisaría!, se dijo, ¡me llevan a declarar!

No es industria nacional, dijo el Patano, pensativo, tomando un

primer trago. Se la traje de Santos a la Beba, cuando fuimos con el barco, hace dos años… Pero igual usted sabrá cómo hacerla andar, zalamereó el padre… Y cuando Poliya entró al baño ya estaban los dos en cuclillas, discutiendo, unidos en la hermandad de la electrónica.

Ida miraba para afuera por la puerta entornada. Poliya en la palangana hacía rodar el jabón entre las manos, mirando ávidamente a su madre en el espejo. Me van a llevar a mí también ¿no cierto? ¡Pero voy a tener que mentir como la tía Beba! ¿O puedo decir la verdad, y hacer que al Patano lo metan preso? A ver, levantá los brazos, le susurró su madre distraída, estirando la cintura de aquel vestido horrible para pasárselo por la cabeza y que ella ensartara sus manos en las mangas

De pronto oyó que se abría la puerta del cuarto de las mujeres y que Beba salía, ahora sí, taconeando y como dispuesta a irse. ¡Bueno, al fin!, protestó el Patano. ¡Ufa, sacate esos zapatos, dale!, la apuró la madre, y tomó de encima de un banquito el par de guillerminas que le habían comprado para estrenar el día del nacimiento. ¿Pero si llegaron antes, *ellos*?, preguntó tímidamente la tía Beba. La madre ya le abotonaba el vestido por detrás, molesta con lo difícil que era. Al hospital, corrigió el Patano, feroz, al hospital habrán llegado.

Y Poliya salió temblando, con los ojos bajos, con ganas de llorar. (¡Si te ve el Patano!, me había dicho la tía Tota). Y solo ahora entendía lo que le había querido decir. Pero cuando se atrevió a alzar la vista, el Patano sacaba del bolsillo las llaves del auto y la tía Beba tomaba su piloto, se lo ponía y se lo miraba puesto, sacaba el escudito de la solapa, le daba aquí y allí unos chirlos, y de pronto, desesperada, se estrujó los dos bolsillos. ¡Ay no!, dijo. ¿Y ahora qué pasa?, perdió la paciencia el Patano. ¡El pastillero!, explicó la tía Beba, y el Patano se agarró la cabeza y puteó bajito.

¡Yo lo vi…!, gritó Poliya, Y antes de que nadie pudiera decirle nada, antes de poder ver la cara que ponía el Patano al verla así vestida, Poliya salía a la galería, ensartaba cada pie en una bota de goma y se ponía su capa. La madre salió tras ella, pero al ver a la tía Tota que estaba quieta ahí afuera se distrajo. ¡Bueno, ya pasó, Tota!, dijo Ida, esforzándose por hacer de impaciencia compasión. Porque Tota, que

hasta entonces miraba hacia la casa de los tanos… al ver a su cuñada se había echado a llorar como una nena. ¡Pero con este temporal, Ida!, rabiaba Tota. Andar sola por ahí… ¡Y a sus años, y con ese problema de piernas…! Bueno, ya paró de llover por lo menos, la consoló Ida, y Poliya vio que era cierto: tenía que apurarse. Y estos dos mierdas con auto y no son capaces de ir a buscarla…

*

Poliya se coló entre el cascarudo amarillo y el tanque, hizo equilibrio sobre la lomadita, corrió hasta el alambrado, lo alzó y pasó por abajo. El campo era un solo espejo enmarcado de árboles, arrugado por el viento, sucio aquí y allí de juncos zarandeados y de pequeñas islas de pasto; pero ella prefirió cruzarlo, inventándose camino, a arriesgarse a ir por la calle y cruzarse con esos forajidos. Nadie la miraba, desde la casa, no. ¿Pero cuánto esperarían para salir a gritarle que volviera, que ya tenían que irse? Y empezó a avanzar vacilando, saltando de piedra en piedra, de isla en isla, mirándose en los charcos como en pantallas de cine que la mostraban de abajo entre nubes y ramas… ¡como una loca, sí, con ese vestido negro de las locas, una loca que huía de Campamento y a la que el Patano, como siempre, terminaría descuartizando! (¿Pero estaba loca, la tía Beba? ¿Y las locas enloquecían cuando caían en el poder del Patano, o ya lo estaban desde antes…?). Poliya se paró, jadeando. Un proyectil blanco venía rozando el agua y cuando llegó junto a ella se convirtió en una garza que, de perfil, quietísima salvo por el ojo redondo y titilante, la miró desconfiada, como tratando de entenderla. Poliya tembló. La garza era lo único del mundo que no huía, lo único que veía más allá de sí mismo, parecía el director de escena de la revolución y la matanza. Yo no fui, se excusó Poliya, sin saber por qué lo decía, y siguió escapando, porque ahora sí desde la casa llegaban las voces de todos, que salían a la galería, a llamarla quizá. Yo no fui, se repetía, y pensó en Toni, en su trampera, en el pobre pájaro que había hecho morir. Algo explotó sin ruido a su costado —era un lapacho rosado, un enjambre de flores rosas sobre las ramas desnudas— ¿estaría ardiendo

Ensenada? ¿Eso quería decir?

Atrás de la ermita había olor a pis, un tarro de alquitrán y un palo hundido en el tarro: ¿y si estaban por aquí, los infames? ¿Si la encontraban, sola? Las ramas dejaban caer brazadas de agua cuando Poliya salió al escenario de la pelea. Vio el pastillero enseguida, en el hueco de una huella: lo recogió mirando a los lados como una ladrona, justo en el momento en el que un relámpago electrizó el aire y ella jadeando reculó y se sentó en el refugio, bajo la Virgen sin manos. Entre el rumor del trueno llegaban de la quinta voces de despedida, recomendaciones, pedidos, un ruido de puertas de auto que se abren y se cierran y de un motor forzado, que tarda en arrancar. No, no les había dicho a dónde iba. ¡Ay, que no se dieran cuenta de que estaba aquí…! Aunque qué feo era eso de dejarla sola a la tía Beba, sin el escudo de un chico. Porque después de esa declaración, después de que ella mintiera ante la policía, el Patano sería su dueño y se la llevaría de allí… Así capturaba él: haciendo cómplices. Cerró los ojos. Recordó el consejo de la Memé. Sí, el aire corría como un agua invisible, era fácil pensar que estaba en el océano, antes de cualquier naufragio; pero aquella garza blanca se le había quedado grabada en lo rojo de sus párpados y se posó en la proa, como anunciando América. Algo como un pico le rozó la mano. ¿Me das una?, dijo una voz. Poliya pegó un grito. Abrió los ojos.

Era Berto, el hijo de los tanos. Señalaba el pastillero que Poliya, del susto, había hecho caer, y que abierto sobre la tierra mostraba un montón de pastillas blancas. ¿Me das una?, se agachó Berto, sin dejar de mirarla. El miedo la enmudeció. ¡Pero no es golosina!, hubiera querido decir. Dame una, ordenó Berto y agarró una pastilla del piso y se la puso en la lengua. ¡Y entre el ruido de la lluvia se oyó claro el motor del cascarudo amarillo que llegaba a calle 7! ¡Ay!, rogó Poliya de pronto, ¡perdoname tía Beba, vení!

Ahora vos, dijo Berto, y le acercó un dedo rígido, embarrado, con una perla blanca en la punta. (Soy un hombre bueno que te compadece).

Pero ella hizo que no con la cabeza y pegó un salto y llegó a grandes zancadas al medio de la calle, al borde de aquel cráter que

quizá no tuviera fondo, que quizá llegara al otro lado del mundo.

¡Tía Beba!, quiso gritar, y hasta pensó en agitar los brazos, pero ya era muy tarde. ¡El escarabajo amarillo se alejaba por 7, llevándose a Beba y al Patano, tan parecidos, a ¿quiénes?

Eh, nena, vení, dijo Berto, con miedo. Poliya no contestó. Solo podía pensar en el auto que avanzaba hacia la ciudad que ya tenía otro nombre. El resto del secreto lo tendría que aprender viviendo.

TOLOSA-ENSENADA,
noviembre de 2013, noviembre de 2017

Cuaderno de bitácora

Este relato hila anécdotas que nos contaron de chicos. No las escribí para dejar una memoria, sino para desarmarla, encontrarle contradicciones, secretos y silencios. Y a poco de comenzado el libro, reparé en que ya nada se parecía a aquellas anécdotas ni a sus protagonistas salvo en algo mucho más profundo y verdadero…

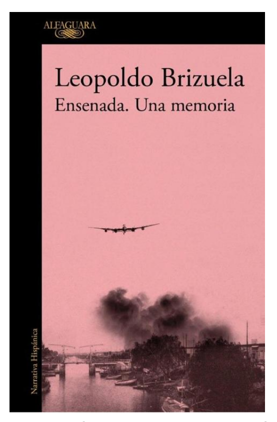
Así, nadie podría reconocer a gente de Ensenada en sus personajes salvo por “mera coincidencia”. Si a ciertos personajes les puse, es cierto, los nombres de dos o tres muertos queridos, fue solo a manera de homenaje; un intento de volver a decir y escuchar esos nombres cuando ya se pierden de la memoria de Ensenada.

Ernesto Goldar, Félix Luna, Roberto Baschetti, Isidoro Ruiz Moreno fueron los principales autores en que me apoyé para reconstruir los años peronistas y sobre todo, esos cuatro días de setiembre. Sin embargo, nada me inspiró más que la voz de doña María Roldán, obrera de los frigoríficos de Berisso y militante del laborismo primero y del justicialismo después, que el historiador Daniel James recogió en un libro inolvidable.

Aunque quizá en mí no hubo motivo más profundo que rescatar olores, sabores, voces del pasado; a cierta edad, nada como la memoria de los sentidos se parece al abrazo imposible. Los grandes poetas de Ensenada —Arnaldo Calveyra en su *Diario del Fumigador de Guardia* y Horacio Castillo en sus poemas “de ninguna parte” cuyas claves ensenadenses me confió en tantas charlas—; así como Nico Bohler —*mon semblable, mon frère*, que en un solo día captó el alma de aquel pueblo y me lo mostró de otra manera— son los tres grandes artistas que me ayudaron a ver.

Ariel Sánchez, Diego Galeano, Jorge Luis Peralta, Diego Manso, Julieta Obedman, Guillermo Schavelzon, me ayudaron con sus lecturas y su habitual entusiasmo. Pasé horas y horas escribiendo en el

café Teo Baldi, de la calle La Merced; también a la cordialidad de su dueño y sus parroquianos les debe mucho este libro.

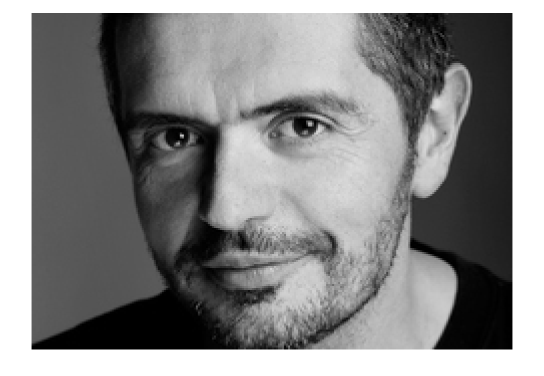


«¿Es la guerra civil?, preguntó Poliya a la tía Beba. Tota miró a su hermana con odio: ¡Mirá las cosas que le enseñás! Pero, por favor, ¿se callan?, ordenó Gogo. Quería oír a Ensenada.»

¿Qué es la memoria? ¿Cómo se reconstruye y cómo se cuenta? ¿Y cómo se relaciona con la identidad personal, familiar y hasta nacional? Quizás estas sean las preguntas que Leopoldo Brizuela se hizo a la hora de escribir esta maravillosa novela, que nos trae al presente la mitología de una niña que vivió los años del primer peronismo y su derrocamiento y proscripción. Poliya es esa niña que asiste, con inocencia y picardía, a la epopeya familiar que se inicia el 19 de septiembre de 1955, cuando la Marina amenaza con bombardear la refinería YPF de Ensenada, cerca de La Plata, si Perón no renuncia a la presidencia. Aquel éxodo, que dura apenas unos días, es narrado por múltiples voces —la propia Poliya, la tía Beba, Tota, Gogo, Toni— y por los abuelos, los vecinos, los obreros de la refinería, en un largo planosecuencia que resucita los sabores, los olores y los tonos de un pasado íntimo y a la vez colectivo.

Esta es, también, la historia de dos mujeres que, aun sabiendo que no

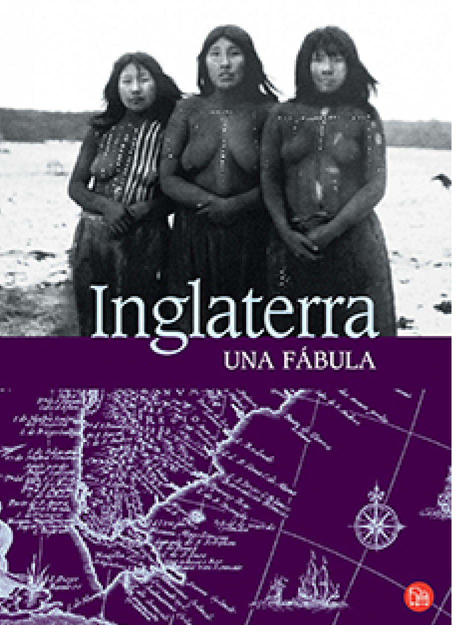
hay un lugar reservado para ellas, tratan de inventarse una vida distinta en un nuevo mundo conformado por culturas y costumbres de otros países que se amalgaman hasta consolidar una memoria, una identidad.

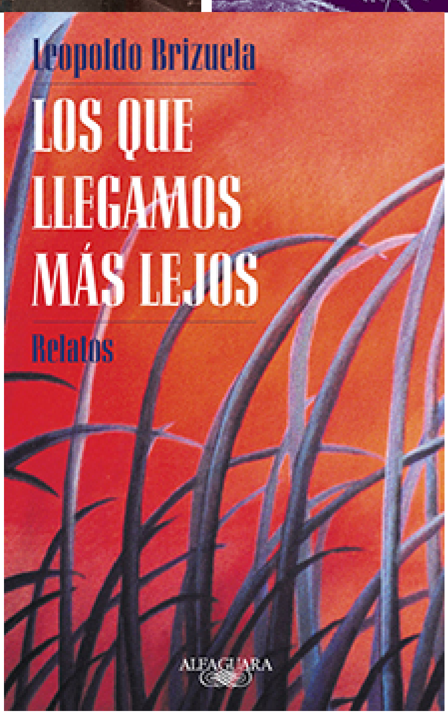


LEOPOLDO BRIZUELA

Nació en La Plata en 1963. Estudió Letras en la Universidad de La Plata. Narrador y traductor, es autor de novelas, cuentos y un libro de poesía. *Publicó Tejiendo agua* (Premio Fortabat 1985), *Fado* (1995), *Inglaterra. Una fábula* (Premio Clarín de Novela 1999 y Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires), *Los que llegamos más lejos* (2002, Premio Konex 2004 en la categoría Cuento), *Lisboa. Un melodrama* (finalista del Premio Rómulo Gallegos 2011) y *Una misma noche* (Premio Alfaguara de Novela 2012 y Premio Konex 2014 en la categoría Novela). Fue escritor residente del Banff Centre for Arts and Creativity, Canadá; del International Writing Program, de la Universidad de Iowa, Estados Unidos; y recibió un subsidio de la Fundación Calouste Gulbenkian de Lisboa para el estudio de la cultura portuguesa. Es colaborador habitual de suplementos literarios y coordina talleres de escritura creativa. Sus libros han sido traducidos al alemán, francés, italiano y portugués.







Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Brizuela, Leopoldo
Ensenada. Una memoria / Leopoldo Brizuela - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2018.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-485-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti
Fotografías: archivo personal del autor

Edición en formato digital: junio de 2018

Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-987-738-485-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice